

GRUPO DE MONTAÑEROS



VETUSTA

OVIEDO

MARZO

2018

n° 87

ESPECIAL



75 ANIVERSARIO

Tu punto
de partida

MONTAÑA
ESCALADA
SKI DE TRAVESIA
ESPELEO

CANA

c/ Marqués de Pidal, 22 • Telf. 985 25 58 34 • 33004 OVIEDO



*Una tentación, un regalo, un suspiro,
un hallazgo, un sentimiento, una promesa, una
declaración, un mordisco, una atracción,
una pasión prohibida, una sensación, una gran
sorpresa, un minuto de placer ...*

Y tú, ¿qué sientes al probarlas?

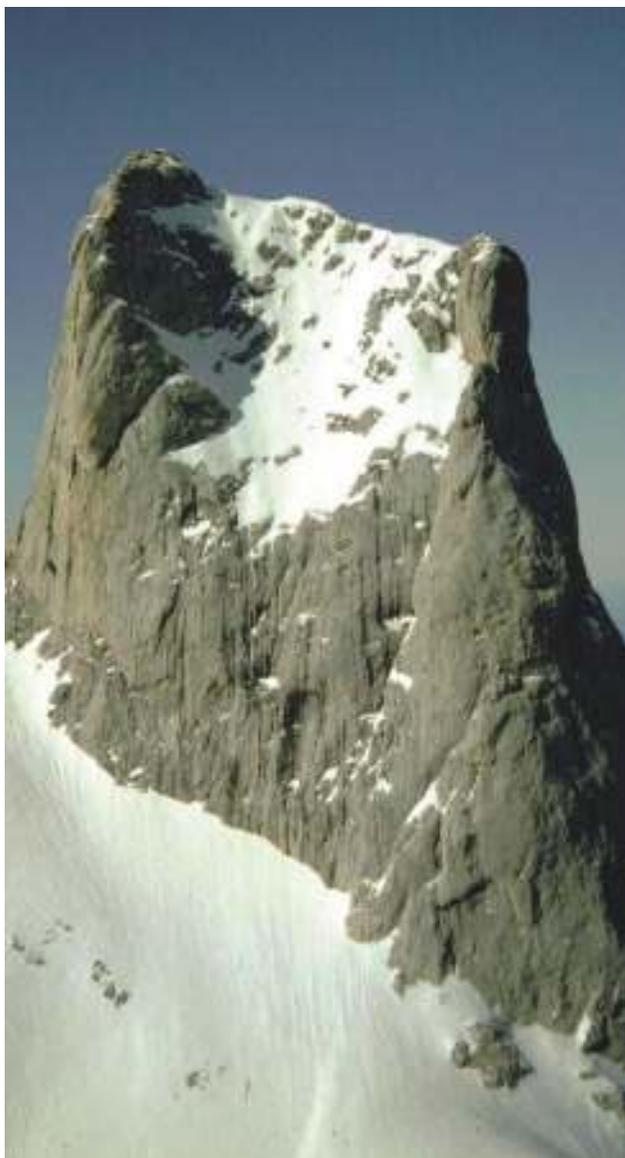


CONFITERIA



www.moscovitas.com

OVIEDO: San Brindusa, 12 T. 985 25 21 04 / Yabiscoque, 2 T. 985 25 40 27
MADRID: Nebra de Salazar, 15 Telefonos Juan Bravo T. 914 26 37 11



MARZO 2018

Foto portada:

Montañeros del Vetusta en la Vega de Retuerto hacia 1960

Edita:

Grupo de Montañeros Vetusta
Viaducto Marquina, 4 · 33004 oviedo
Teléfono 985 23 28 23

Coordinación:

Grupo de Montañeros Vetusta

Maquetación:

oh! digital

Impresión:

oh! digital

Dep. Legal: AS/148-1959

Editorial

página 5

Palabras Presidente de la FEMPA

página 7

Hablan los antiguos presidentes

página 8

El G.M. Vetusta se hace mayor

página 10

Un Grupo con solera

página 12

Picos de Europa:
En los abismos de Caín

página 16

Los Reyes Magos han llegado
a los Picos de Europa

página 29

El Grupo de Montañeros Vetusta
y los Reyes Magos

página 32

La Alcordanza

página 38

Un Rey en Vallemoru

página 40

Peña Santa de Castilla

página 46

Picu Urriellu en Invierno

página 48

La aventura de cinco asturianos
en el Monte Kenia

página 52

El Grupo Vetusta
y el Urriello

página 60

Bulnes de ayer a hoy

página 66

G. M. Vetusta 75 Aniversario
Trofeo "Chema Argüelles"

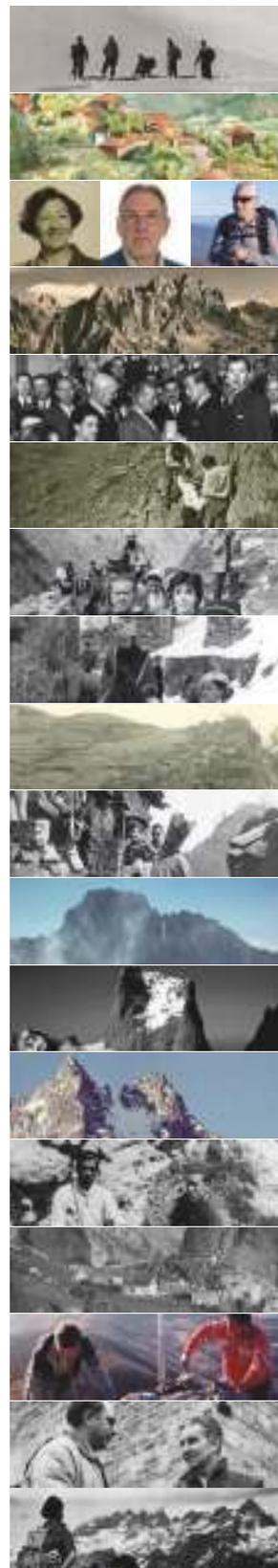
página 70

El porqué del trofeo
"Chema Argüelles"

página 72

Una carta

página 74



¿NECESITA UN AUTOCAR?

Con casi 40 años de experiencia, le ofrecemos un servicio de calidad con autocares y microbuses de lujo desde 16 a 55 plazas equipados con lo último en seguridad y comodidad.

Excursiones, Circuitos, Celebraciones, Escolares, Empresas...



¡CONSULTENOS!

Edificio Curin
La Belonga s/n
33193 Latores - Oviedo
Principado de Asturias

Tel. 985 274 849
Fax 985 258 590
www.curin.es
bus@curin.es



A todos los que han contribuido a llevar al G.M. Vetusta hasta esta cima...

¡Feliz 75 aniversario!

RESTAURANTE PUENTE VIDOSA



649 858 828 (Previa Reserva)

N-625 Desfiladero de los Beyos s/n
Vidosa 33558 - PONGA

MARTA URUÑUELA DE LA RICA AGENTE EXCLUSIVO MAPFRE FAMILIAR

Nº REGISTRO DGS Y FP: C073211385674F

TODO TIPO DE SEGUROS | HOGAR · AUTOS · COMUNIDADES · VIDA · ACCIDENTES · DECESOS
RESPONSABILIDAD CIVIL · EMPRESAS · COMERCIOS · ETC.

PIDEME PRESUPUESTO SIN COMPROMISO También a través de nuestra Web: <http://www.mapfre.com/oficinas/8204>



Delegación C/ Pablo Iglesias, 43
33205 Gijón
Contacto 985 336 187 / 696 320 706
E-mail munue@mapfre.com
Web <http://www.mapfre.com/oficinas/8204>



Nuestras especialidades:
Cachopo de Ternera •
Picadillo •
Huesos de Butiello •
Ternera Asturiana •
Lechazo de Castilla •
Entrecot de Buey •
Hamburguesas •

984 28 57 21

Paseo de la Florida, 25 - OVIEDO



El Grupo de Montañeros Vetusta, cumple 75 años. Se trata de una efeméride en la que es obligado volver la vista atrás, analizar de dónde se viene, valorar el momento actual y las expectativas de futuro.

En la década de los veinte del siglo pasado, incipientes colectivos ovetenses ya practicaban el montañismo: la Sociedad Alpinista Peñaubiña, las secciones de montaña del Orfeón Ovetense y Ateneo Popular, el Grupo Scout y la Sociedad Doce Alpina. Con la llegada del conflicto armado, que tantas vidas truncó, cesaron o desaparecieron las actividades socio-deportivas. Tras la contienda, los montañeros que sobrevivieron volvieron, poco a poco, a tomar contacto entre ellos y a ilusionarse con la recuperación de la actividad montañera organizada. Se fueron creando las condiciones para consumar la constitución del Grupo de Montañeros Vetusta, que tuvo lugar el 24 de marzo de 1943.

Sirva esta introducción para remarcar que en el cómputo de estos setenta y cinco años no se tiene en cuenta la actividad anterior de los pioneros aunque, puesto que muchos de los fundadores del Vetusta se iniciaron en el montañismo en los protoclubes enumerados más atrás, es indudable que los mismos forman parte de las raíces del G.M. Vetusta y que este es heredero y sucesor de aquellos.

Conmemoramos, pues, el aniversario de una entidad que no ha tenido variaciones en su razón social y que ha mantenido una actividad continua y sin lagunas a lo largo de setenta y cinco años. Estas premisas nos avalan para considerar al G.M. Vetusta como decano de los grupos de montaña de Asturias.

La idea-fuerza que aglutinó al núcleo fundador se recoge explícitamente en el acta fundacional: "propagar eficazmente la práctica montañera". Este principio sigue aún vigente en nuestros estatutos: "el fin social del G.M. Vetusta es el fomento y la práctica del montañismo".

Las claves para perdurar a lo largo de generaciones son simples: ser fiel a los orígenes y tener flexibilidad de adaptación al contexto social de cada momento. La per-

secución de un fin tan sencillo y esencial ha adoptado diferentes formas a lo largo del tiempo, pero manteniendo siempre la premisa original: la práctica de un montañismo colectivo responsable y seguro mediante el ejercicio de la solidaridad y la promoción del conocimiento, el respeto y la protección del medio natural y sus gentes.

En la actualidad, la sociedad asturiana se caracteriza por un envejecimiento progresivo, una tasa de natalidad muy baja, un nivel educativo cada vez más alto y una progresiva introducción, en todos los niveles sociales, de las nuevas tecnologías.

Los hábitos deportivos han ido cambiando y cada vez son más las personas que practican habitual o esporádicamente deportes. Los deportes en el medio natural suman el tercer lugar por número de practicantes. De ellos, las dos disciplinas más ejercitadas son el montañismo y el senderismo.

Actualmente, se dispone de tiempo de ocio, salud, formación, fácil acceso a la información, medios técnicos cada vez más asequibles y una red de comunicaciones que permite rápidos acercamientos al medio natural. Esta popularización y disponibilidad para la práctica de deportes de montaña ha incrementado el número de practicantes. Ahora bien, solo poco más del 20% de estos deportistas se federan. A ello se une un nuevo fenómeno: una buena porción lo hace a través de clubes virtuales o microclubes que, evidentemente, carecen de función social. Se trata de un escenario nuevo y totalmente diferente a aquel en el que se desarrollaron los pioneros y sus sucesores. Obviamente, con tal cambio social, no es baladí preguntarse qué presente y qué futuro tienen los grupos de montaña.

Este desarraigo ha traído consigo el individualismo, la gloria de lo efímero, la banalización del medio y en general de los deportes de montaña. Y, como efectos de la pérdida de valores, nos encontramos con la imposición de restricciones destinadas a la conservación del medio ambiente o con las polémicas tasas sobre los costes de los rescates.

La creación y el sostenimiento de colectivos organizados responde a una demanda social. La llama que prendió hace setenta y cinco años respondía, precisamente, a una necesidad social. Se sentía como necesaria la existencia de un aglutinante para la "propagación eficaz de la práctica montañera". Esta función social sigue plenamente vigente en la actualidad. Es más, con tanta concurrencia en la montaña, nunca ha sido tan necesaria. El ingente caudal de conocimientos y valores que atesoran los grupos de montaña debe estar al servicio de la sociedad.

Montañismo colectivo versus individualismo. Cooperación frente a competición. Convivencia intergeneracional. Formación de la mano de expertos. Información sobre rutas o vías facilitada por personas de carne y hueso, no por avatares digitales. Trabajo en pro de actividades seguras. Gestión de los riesgos. Respeto por el medio ambiente. Comprensión de la montaña con mayúsculas: geografía, geología, botánica, zoología, etnografía, arqueología, meteorología...

El Grupo de Montañeros Vetusta ofrece un espacio abierto de convivencia, en el que quienes sienten pasión por la montaña comparten conocimientos, vivencias y experiencias. Donde se ejerce la solidaridad en torno a fines y objetivos deportivos comunes. Donde se antepone lo colectivo a lo individual. Donde se persigue la protección y disfrute de los últimos territorios puros: ¡las montañas!



Unas palabras del Presidente de la FEMPA en el 75 Aniversario del G.M. Vetusta

Tengo ante mí el detalle (Picu Urriellu en piedra) que el G.M. Vetusta me otorgó en el setenta aniversario de la fundación del grupo de montaña y me parece increíble la velocidad en la que transcurre el tiempo. La expresión latina "tempus fugit" cobra totalmente su dimensión cuando volvemos la vista atrás. Han transcurrido cinco años en un soplo y anteriormente, desde 1943, los otros setenta. Sin proponérmelo te vienen a la memoria un sinnúmero de personas con las que pasaste momentos inolvidables de la vida, con los que transitaste por valles y montañas realizando a veces rutas increíbles por los más recónditos lugares de la naturaleza. No conocí a todos los pioneros que, hace ahora setenta y cinco años, con ilusión y entusiasmo, conformaron un colectivo que ha marcado la actividad montañera de la ciudad de Oviedo. Pero imagino su capacidad de superación y vitalidad deportiva, con una afición sin límites, para, aún careciendo de los medios más elementales de transporte, hacer recorridos históricos por las cumbres de nuestra Cordillera, por las siempre difíciles Ubiñas o por los vertiginosos Picos de Europa. Pensar que sacrificaban su bienestar urbano para realizar verdaderos esfuerzos e imaginación para acercarse solo al inicio de las rutas ya es impensable hoy en día, cuánto más ascendiendo luego a cumbres, o por travesías de bosques y zonas lejanas. El secreto de todo este despliegue de esfuerzo e ilusión pienso que hay que encontrarlo en el mismo lugar, que no es otro que el despliegue de unos valores humanos, hoy más difíciles de encontrar. El esfuerzo personal desarrollado en la misma actividad, la esperanza del éxito en lograr cumbre, la solidaridad con los compañeros, su apoyo y amistad, el compartir la aventura, el conocer la región en donde naciste y resides, amén de otras virtudes sociales que se producen de manera natural, eran suficiente aliciente para desear y buscar la actividad en la montaña y su atractivo.

Mi integración en la sociedad G.M. Vetusta, junto a mi familia, supuso un avance importante en el desarrollo de todos esos valores indicados. A la par, proporcionó sucesivos conocimientos en relación al entorno natural y campo de juego como es la montaña. En el G.M. Vetusta fuimos, domingo a domingo, descubriendo caminos y sendas que nos llevaban a toda clase de montañas, unas más asequibles que otras, pero sabiendo en todo momento que estabas seguro y arropado por el colectivo. En este sentido es destacable el papel jugado por los guías de las rutas programadas, personas responsables y conocedoras de los caminos a recorrer, lo mismo que

de los equipamientos necesarios en cada actividad. Aquí me vienen a la memoria personas inolvidables, guías hoy denominados "benévolos", que previamente y en pro de la seguridad colectiva recorrían las rutas por su cuenta y riesgo. Sin desmerecer a nadie de estas extraordinarias personas, sí quiero nombrar a Valentín Llorián, desgraciadamente ya desaparecido, que dejó en mí la referencia de lo que puede y debe ser un auténtico guía, pues, casi sin palabras, transmitía conocimientos y una ciega confianza en su persona, fuese la ruta que fuese. Recorridos por el hoy día Parque Natural de Ponga o Redes eran un lujo y un disfrute sin igual entre tantas maravillas como se ofrecían en la actividad del grupo. Quisiera personalizar en Valentín el agradecimiento personal y el de todos los que recorrimos y conocimos las montañas de Asturias hacia aquellos que, a lo largo de estos setenta y cinco años, han sido los responsables de tantas y tantas expediciones montañeras por la región, por el resto del país y por el extranjero.

Sin embargo, los tiempos cambian y poco a poco estamos asistiendo impotentes a la disgregación de los colectivos más veteranos y consolidados de la región. La gente se adapta con dificultad a las agrupaciones y cada vez más prefiere confiar en sus propios recursos, materiales modernos de orientación y equipamientos costosos y adentrarse en las montañas con nulos o mínimos conocimientos del medio natural. La escuela de formación en montaña que suponía salir con grupos consolidados y organizados se está perdiendo poco a poco en pro de salir de manera solitaria o en grupúsculos sin formación montañera alguna. Desde la FEMPA asistimos impotentes a este fenómeno en el que cada vez más crece la demanda de licencias federativas no adscritas a agrupaciones federadas, a pesar del recargo económico que conllevan. La mentalidad extendida entre estas personas es que son absolutamente autosuficientes para adentrarse en el medio natural, sea la época que sea, pues se reconocen inteligentes para utilizar los elementos técnicos de seguridad, la orografía, las rutas que señala el GPS, la ropa y calzado más actual y finalmente existe un número, el 112, que en cualquier caso "tiene la obligación de rescatarme".

Es una pena que los colectivos federados de montaña vayan paulatinamente perdiendo su tradicional papel educador en la iniciación al montañismo pues a la vez que se pierden las ventajas evidentes de los desplazamientos, de conocer rutas inéditas, culturas rurales, pueblos y aldeas, etnografía, geología, etc. etc., se pierden también los valores más apreciados como la amistad, el compañerismo, la información de los demás, la alegría de compartir esfuerzo y lograr la cumbre, la satisfacción de haber disfrutado de todo un conjunto de incentivos... En todo caso esperemos que este 75 Aniversario del G.M. Vetusta sea aliciente y motivo para perdurar al menos otros 75 años, pues estoy seguro que, más tarde o más pronto, el sentido común y la cordura llegará a esta nueva sociedad que nos toca vivir y sufrir.

¡Larga vida al G.M. Vetusta y mi felicitación a todos los socios y amigos!

En Oviedo, enero de 2018

Hablan los antiguos presidentes

Cinco de los actuales socios de nuestro Grupo comparten una singularidad y es la de haber sido presidentes del mismo. La Redacción les ha pedido que nos hablen de lo que significó el GMV en sus vidas. Uno de ellos, Juan Rionda (1999-2004), responde implícitamente en la página anterior, como Presidente de la FEMPA. Otro expresidente, Cayetano Rodríguez Arregui (1978-1984), no ha podido participar, pero todos recordamos cuánta dedicación, trabajo y cariño aportó Tano al Grupo, no solo durante su presidencia, sino a lo largo de toda su vida montañera. Los otros tres presidentes responden a continuación. Entre ellos está Tita, la primera mujer que presidió un grupo montañero en Asturias y la única que lo ha sido del Vetusta.

TITA GONZÁLEZ GONZÁLEZ (Enero 1991-Octubre 1999)



Pertenezco al Grupo de Montañeros Vetusta, de modo incondicional, desde hace unos sesenta años, y si alguien me preguntara por qué, le respondería que la vida social que me ofrece me ocupa unas cuantas horas a la semana y me proporciona una gran satisfacción. Pero añadiría más: le diría que la actividad montañera me ha llenado la vida.

Todo comenzó con una aventura en una Semana Santa en la que un grupo de cinco amigas, sin casi experiencia en la montaña, hicimos una excursión andando a los Lagos de Covadonga. Fueron cuatro días al final de los cuales, y como anécdota, diré que nos sobró un caldero de patatas...

Al regreso de aquella pequeña aventura ya traía dentro el gusanillo de la montaña junto con la decisión de no abandonarla, y el GMV fue el mejor lugar para conseguirlo. Desde entonces, sus socios entraron a formar parte de mi familia montañera.

El montañismo me dio la oportunidad de relacionarme y convivir con personas entrañables y también la de viajar por medio mundo, siempre con las montañas como objetivo, aunque conociendo a la vez otras culturas y otras geografías.

Sin embargo, las montañas que se han mantenido como una presencia constante en mi vida han sido otras más cercanas: los Picos de Europa. Y de las horas pasadas en ellos, el recuerdo más grato es el de la convivencia con los moradores de las majadas. Tuve la oportunidad de vivir una etapa en la que los pastores pasaban cuatro o cinco meses en los puertos con su familia y gracias a ello pude conocer y disfrutar de su humanidad y de su hospitalidad: tenían siempre la atención de ofrecer café, e incluso su cabaña, a todos los que se acercaban.

Aún conservo una fuerte relación con sus descendientes...

BERNARDO DE LA CUESTA RODRÍGUEZ (Mayo 2004-Abril 2013)



Cuando pienso en el Grupo de Montañeros Vetusta, pienso en la cantidad de buenas personas y excelentes compañeros de montaña con los que compartí cientos de rutas, intensas experiencias y momentos entrañables.

Mi “andadura” con el Grupo se inició allá por 1998, cuando me uní al viaje por los Parques Nacionales de EEUU que el Vetusta había programado. La experiencia fue tan buena que de ella resultó el estrecho vínculo con esta sociedad que mantengo hasta el día de hoy. Poco a poco fui conociendo a sus componentes, muchos de ellos con gran experiencia y veteranía, y fui integrándome en sus quehaceres. Al poco tiempo, y casi sin darme cuenta, ya formaba parte del equipo directivo, presidido en aquel momento por Juan Rionda, aportando junto a Fernando Nuño, mi compañero de fatigas, alguna excursión novedosa y sugiriendo pequeñas mejoras de organización. Tanto me involucré, que en mayo de 2004 me vi “empujado” a aceptar la Presidencia, un honor que viví con orgullo y enorme satisfacción durante los nueve años siguientes. Este periodo me dio la oportunidad de conocer el papel tan relevante que el GMV ha jugado en la historia del montañismo asturiano, una importancia que, ahora, durante los actos organizados para celebrar el 75 Aniversario, tendremos ocasión de recordar.

Los intensos veinte años de pertenencia al GMV me han permitido conocer a auténticas leyendas del montañismo, personas que, cuando solo disponían de medios rudimentarios, alcanzaron la excelencia en todos los aspectos: en conocimiento del medio, en experiencia y, sobre todo, en el ejercicio de la amistad. Si los quisiera enumerar, la lista sería tan larga que no cabría en esta revista y, aún llenándola, dejaría injustamente sin citar a muchos amigos que lo merecerían igualmente. Todos los que me conocéis adivinaréis fácilmente quienes son o han sido esas personas, excelentes compañeros de cualquier ruta. Una de ellas puedes ser tú, que lees esta breve reflexión sobre los afectos que el paso por el Grupo me ha regalado.

Espero que el 75 Aniversario sea el acicate que nos dé el impulso necesario para conquistar la siguiente cumbre: ¡el centenario! Y que, de este modo, el Vetusta pueda seguir engrosando la interesante y densa historia de la que ya hace gala.

JESÚS GONZÁLEZ LLAVONA (Abril 2013 – Abril 2017)



Después de seis años como Vicepresidente del Grupo, con Bernardo como Presidente, en marzo de 2013, animado por varios compañeros, y aquí quiero recordar especialmente a Valentín Llorián, decidí presentarme a las elecciones. En abril de ese mismo año fui nombrado Presidente.

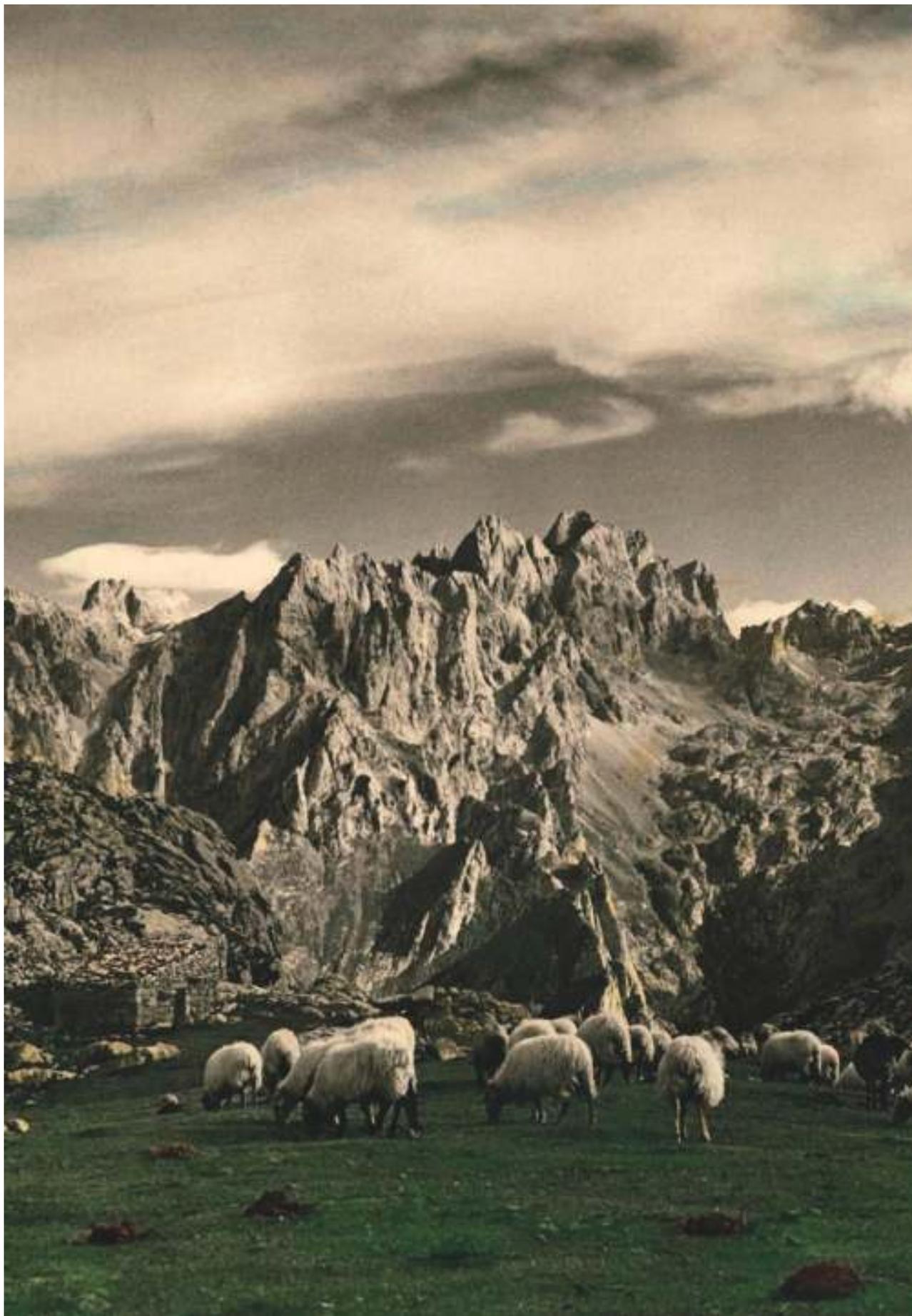
Acepté el puesto a pesar de saber que asumía una responsabilidad importante al suceder a un gran Presidente como fue Bernardo, y al enfrentarme al reto de mantener la intensa actividad desarrollada por el Grupo en campos tan diversos como la organización de excursiones (se sale todos los domingos) o las proyecciones de los jueves. Pero como no hace falta cambiar aquello que funciona bien, durante mis cuatro años de presidencia se siguió una política continuista, logrando mantener el ritmo de las excursiones semanales y la asistencia a las mismas, así como un alto nivel de calidad en las proyecciones de los jueves.

La gestión del Grupo llevaba implícita otra relevante labor: la edición de la Revista Vetusta, a la que otorgo gran importancia como vehículo de información para los socios (especialmente para los que no viven el día a día del Grupo) y como crónica o testimonio de las diversas etapas de nuestra historia; estimo que ambos objetivos fueron alcanzados.

Otro aspecto que deseo destacar es que durante este periodo se empezaron a aplicar los protocolos de seguridad del sistema MIDE y, previamente, varios de nuestros guías participaron en los cursos impartidos por la FEMPA. Gracias a ello, el Grupo Vetusta fue homologado por la Federación en Sistemas de Seguridad.

Finalmente, en el último año de mi mandato se afrontó una complicada tarea, ampliamente solicitada por los socios: acometer las obras de actualización y modernización del local social, instalaciones que, indudablemente, se habían quedado anticuadas.

Fueron cuatro años de duro trabajo e importante responsabilidad que quedaron ampliamente compensados con la gran satisfacción de trabajar para que otras personas puedan disfrutar de la naturaleza y de nuestras montañas.



El Grupo Vetusta se hace mayor

Carmen Ruiz Tilve

A medida que se alejaba la siniestra sombra del fuego, Oviedo, ciudad animosa, ensayaba el salir del fragor luchando por recuperar su vida cotidiana de siempre.

Volvieron las tertulias, muy ovetenses, y se recuperaron o se formaron de nuevo asociaciones cívicas que intentaban recuperar aspectos de la vida cotidiana perdida en esta gran ciudad que siempre había tenido buena memoria.

Oviedo abrió las puertas de cafés y de clubs para formar puntos de reunión en los que se recordaba y se mantenía, entre otros aspectos, el sentido del humor propio de esta tierra.

Entre las cosas de nueva creación estuvo el Grupo de Montañeros Vetusta, que sigue en buena salud tantos años después, pues nació en 1943. El Grupo Vetusta tuvo desde su fundación el valor del buen talante de sus componentes, de muy variada condición, que se servían siempre de su amor a la montaña y de todo lo que alrededor de este tema surgía.

El Grupo de Montañeros Vetusta fue creado por un grupo de amigos entusiastas de lo asturiano, que descubrían o redescubrían las montañas, frecuentemente en buena armonía con la fotografía, que también despuntaba entonces.

El grupo siempre gozó de buena salud, con socios en aumento y con el ánimo y la buena suerte de conseguir un local en propiedad, en Viaducto Marquina, en el que siguen.

La lista de socios sería interminable, una lista que comenzó con los 39 socios fundadores y a la que, con el

tiempo, se fueron añadiendo muchas generaciones más de amantes de la montaña, con un número creciente de mujeres que desempeñarían un papel muy activo.

¡ Larga vida al Grupo de Montañeros Vetusta !

Carmen Ruiz-Tilve es Cronista Oficial de Oviedo e hija de Francisco Ruiz Tilve, socio fundador del Vetusta y miembro de este club durante toda su vida.



1947. Varios montañeros y un pastor en la Vega de Ario, en los primeros momentos de un proyecto cuyo fruto fue la construcción del refugio. En la foto se reconoce a Luis Sela y Paco Ruiz Tilve (centro)

Vega de Ario



Un Grupo con solera

Carlos Barrio

Todo comenzó, cuentan, un quince de noviembre del año 1942, cuando unos cuantos ovetenses se reunieron en una confitería de la calle Jesús, al ladito mismo del Ayuntamiento, para homenajear a uno de sus conciudadanos, Horacio Rivero, que acababa de subir al Urriello. Casi cuarenta años después de que el Cainejo y el marqués hollasen por primera vez su cumbre, era, que se sepa, sólo el segundo ovetense en hacerlo, lo que, en estos tiempos en los que para subir al Naranjo cualquier día de verano hay que pedir la vez, nos puede permitir hacernos una idea de hasta qué punto esa ascensión era entonces una efemérides que merecía ser celebrada. A lo largo de esa reunión algunos de los asistentes, animados por tan estimulante compañía, decidieron constituir en Oviedo una sociedad montañera al estilo de las que ya había habido en la ciudad en los años anteriores a la guerra, y a las que más de uno de ellos había pertenecido.

No hay constancia documental de si lo que se les subió a la cabeza a la hora de tomar esa decisión tan complicada de poner en práctica fue el chocolate caliente o hubo algo más, pero en cualquier caso ya no había vuelta

atrás. Unos días después el propio Horacio Rivero, Francisco Alonso, Francisco Ruiz Tilve y Juan José Collado se reunieron en la farmacia de este último para ir dando forma al asunto. Arduas proezas burocráticas fueron necesarias para constituir esa pretendida sociedad. A las autoridades del momento no les terminaba de convencer que la gente se reuniese, fuese para lo que fuese: rojos y masones acechaban por todas partes, y nunca se sabía en qué podía acabar la cosa. Francisco Alonso, apoderado del Banco Herrero y que antes de la guerra había sido presidente de la sección de montaña del Orfeón Ovetense, sabía, fijo, con quién había que hablar, y aprovechando un viaje a Madrid, que tampoco en aquellas fechas sería lo mismo que ahora, consiguió que la autoridad competente permitiese la constitución del Grupo, al amparo de la ya

Homenaje a Horacio Rivero. Francisco Alonso, que meses más tarde se convertiría en el primer presidente del GMV, es quien le entrega la medalla. Al otro lado de Rivero, de perfil, vemos a Celso Gómez Argüelles



1968. Juan José Collado, socio fundador del Vetusta, pronuncia una conferencia sobre la historia del Grupo con motivo del 25 Aniversario de su fundación

existente Sociedad Deportiva Vetusta, del sector futbolero, y le nombrase como su primer presidente. De esta manera, con la primera Junta Directiva del Grupo debidamente nombrada por la Delegación Nacional de Deportes (dependiente de la Falange) y ratificada por la Federación Española de Montañismo, el gobernador civil de Oviedo autorizó la celebración, el veinticuatro de marzo de 1943, de la Junta General Constituyente, que a su vez constituye el motivo tanto de estas líneas como de que este año andemos de celebración. Lo dicho, una proeza burocrática. Asistieron a esa junta treinta y nueve socios fundadores, la

1943. Socios del recién fundado GMV al pie de la cara este del Naranjo. Atrás, mirando hacia la izquierda de la imagen, Francisco Alonso, primer presidente del Grupo



mayor parte de los cuales ya habían sido socios o del susodicho Orfeón Ovetense o de la Sociedad Peñaubiña, y que ya son unos cuantos más de los que vienen hoy en día a cualquiera de nuestras Asambleas Generales. El Grupo de Montañeros Vetusta estaba en marcha.

Resulta muy difícil hacerse una idea del ambiente y el funcionamiento del Grupo durante los primeros años de su existencia. No queda ya nadie que nos lo pueda contar ni, que sepamos, que haya dejado nada escrito. Documentos sí que hay, un montón, pero los documentos siempre cuentan una historia muy fría. Quede dicho lo primero que la Sociedad Deportiva Vetusta, en un principio paraguas "sine qua non" para que el Grupo hubiese podido existir, desapareció en fecha tan temprana como 1945 al integrarse en el Real Oviedo, sin que eso, a lo que parece, supusiese problema alguno para que el Grupo continuase volando con sus propias alas. Los designios de la burocracia siempre han sido inescrutables. Leyendo los documentos que hay sobre la actividad del Grupo en esos años, lo que más llama la atención es su vitalidad. Parece bastante evidente que en Oviedo, y en Asturias en general, tenía que haber una importante tradición montañera, y que en esos un tanto tenebrosos años, en los que no sólo no había internet sino que por no haber no había ni tele, la gente estaba al acecho de cualquier cosa que les permitiese salir de la monotonía cotidiana. A finales de ese mismo año de 1943 el grupo tenía ya una sede social, en la calle Melquíades Álvarez, y más de trescientos

tos socios, una cifra que, aunque con sus altibajos, se ha mantenido sorprendentemente estable a lo largo de sus setenta y cinco años de existencia. Los nombres de algunos de esos socios han de resultar por fuerza conocidos a cualquier asturiano interesado por la montaña. Por poner un ejemplo, Lueje fue uno de los socios fundadores, el número veinte.

Centrado desde un principio en las actividades relacionadas con la montaña, que eran su razón de ser, y aparte de las que sus socios pudieran llevar a cabo por cuenta propia, cada uno como buenamente podía, el Grupo organizó desde el mismo año de su fundación un "concurso de alturas" (un trofeo de montaña basado en "tantos metros de desnivel subes, tanto vales") y las excursiones colectivas que a lo largo de toda su historia han constituido su principal actividad. Dentro de lo que las difíciles condiciones del momento permitían. Hoy día, cuando uno puede, madrugando, dormir en su propia cama, subir al Torrecerredo y estar de vuelta en casa a la hora de cenar, no resulta fácil hacerse una idea del lío que tenía que ser organizar una excursión colectiva a Picos en las décadas de los cuarenta o los cincuenta del siglo pasado. Y no bastaba con organizarla, luego había que tener suerte. Es difícil hoy, a tantos años vista, no sonreír al leer en las memorias del Grupo que tal o cual excursión tuvo que ser suspendida porque... no había gasóleo para los autobuses, pero en su momento debió de hacer bien poca gracia.

Pese a estar esencialmente centrado en la actividad montañera resulta del todo evidente, leyendo los documentos que poseemos, que el Grupo de Montañeros Vetusta se convirtió pronto en una entidad de relevancia dentro de lo que podríamos llamar la vida cultural y deportiva de Oviedo. Organizó, o colaboró en la organización, de viajes a la nieve, concursos de fotografía... incluso de eventos que hoy consideraríamos tan alejados de la actividad de un grupo de montaña como una carrera pedestre o una subida ciclista al Naranco. Cuando en 1945 se abrió de nuevo el refugio de Vegarredonda (el antiguo, no el actual) fue el Vetusta el encargado de organizar los actos y agasajar a todos los próceres que asistieron a ellos, tarea que no se le encomendaría, y menos en aquellos años, a cualquiera; y años después sería también el Grupo el principal valedor, y el encargado durante décadas, del refugio de Ario. Probablemente no fuese ajena a ese auge social la personalidad del segundo presidente del Grupo, Jesús Quintanal y Ruiz de Mendarozqueta, que se hizo cargo de él en 1945. Era un importante cargo de la Caja de Ahorros y, seguro, una persona bien relacionada. Él fue también quien consiguió que esa entidad cediese al Grupo un local en un edificio de su propiedad en la Plaza de la Escandalera, que fue la sede social del Vetusta desde 1948 hasta que en 1955 fue derribado para construir el que actualmente alberga la oficina principal de esa entidad. Bueno, de Liberbank.



1993, el Grupo Vetusta cumple 50 años. El Ayuntamiento de Oviedo se suma a la celebración bautizando una plaza de la ciudad como "Plaza Montañeros Vetusta". En la foto, un momento del acto en el que se descubrió la placa

Se hizo, con todo, lo que se pudo. La primera excursión, al Mirador de El Fito, tuvo lugar el veintisiete de junio de 1943, y asistieron a ella ochenta y cuatro personas. Luego se fue a la Vega de Enol, a Urriello, a Peña Ubiña... La memoria del año 1946 resalta que, solucionados en parte los problemas de combustible de años anteriores, se pudieron llevar a cabo nada menos que siete excursiones. Y económicamente el año se cerró con el escandaloso beneficio de doscientas setenta y cuatro pesetas y cincuenta y cinco céntimos.

En los años sesenta se fue produciendo en el Grupo un importante relevo generacional, y comenzaron a aparecer entre sus socios muchos de aquellos que llevarían a costas la carga de su funcionamiento durante las tres o cuatro décadas siguientes. Nuevas caras, y también una marcada evolución de la situación de la sociedad asturiana en general, significaron nuevas ideas, y el Grupo fue poco a poco convirtiéndose en aquél que conoceríamos los que nos incorporamos a él un par de décadas después. Y nosotros, a la hora de escribir estas líneas, también podemos cambiar de forma de trabajar. Ya quedan entre los socios actuales algunos que nos puede contar las cosas, así que se acabó la ingrata tarea de escudriñar actas.

La situación había mejorado lo suficiente como para que las excursiones colectivas de los domingos, que tantos problemas habían dado quince o veinte años atrás,

podiesen ya en la década de 1960 llevarse a cabo, sin mayores novedades, un par de veces al mes. No mucho después, en los años setenta, ya había salidas todos los domingos, y los calendarios eran muy similares a los actuales. En otro orden de cosas, el Grupo organizó en noviembre de 1962 la proyección, en el local de la Caja de Ahorros, de la película de la expedición española a los Alpes del Perú, la primera expedición del montañismo español al otro lado del mar océano. Todo un acontecimiento, que quizá tuviese algo que ver con el nacimiento de los "jueves montañeros", germen de nuestras actuales proyecciones. Un jueves al mes cuando menos un importante número de socios se reunían para charlar, intercambiar información sobre rutas, etc. Raro era el jueves que no venía alguno de ellos con un carrete de diapositivas recién recogido, que no les quedaba más remedio que ver a aquellos que no conseguían escaquearse a tiempo... Aunque sólo a finales de los setenta, cuando Fernando Collía se hizo de cargo de ellas para no dejarlas hasta hace apenas dos o tres años, las proyecciones tomaron el formato que ha sido habitual hasta la llegada de la fotografía digital, y se comenzaron a ofrecer proyecciones sobre montañas como los Alpes, los Andes o el Himalaya, algo mucho más valorado, por menos habitual, en aquellas fechas que hoy en día. Todo este asunto de las proyecciones, como el funcionamiento del Grupo en general, resultó mucho más fluido a raíz de que en 1984 el Vetusta se hiciese con el local social del que disfrutamos en la actualidad, adquirido gracias a las aportaciones económicas, en muchos casos a fondo perdido, de un buen número de sus socios. Hasta entonces y desde 1955, durante casi tres décadas, el Vetusta había andado de local alquilado en local alquilado, con la incertidumbre que eso siempre supone.

Si el párrafo anterior se ha centrado en excursiones colectivas y proyecciones de diapositivas es porque esas son hoy en día las dos actividades más relevantes del Grupo. Pero en las décadas que fueron del 1960 al 2010, antes de que la revolución informática le diese un buen tiento a nuestro Grupo como a casi todo, se llevaron a cabo de forma habitual un buen número de actividades más, que no han conseguido sobrevivir hasta nuestros días. Algunas de ellas hoy en día no tendrían sentido, pero en su momento no solamente lo tuvieron sino que seguro que supusieron una importante labor social ¿Quién no se ha fijado, en las paredes de nuestro local, en los barbudos Reyes Magos que a lomos de caballerías y en medio de la nieve llevan sus regalos a los niños de sabe Dios qué aldea perdida en la montaña? Esa foto es del año 1965: los Reyes del Vetusta visitaron diferentes lugares de la geografía asturiana de forma ininterrumpida desde 1960 hasta 1974.

Otras sí que seguirían teniendo sentido, pero han desaparecido al no haber encontrado el necesario relevo generacional aquellos que las organizaban y participaban en ellas. El Vetusta no sólo asistió siempre a los campamentos nacionales y regionales, sino que durante una larga época organizó los suyos propios, en las fechas del puente de Covadonga. Los primeros en 1965 y 1966, en Pedroveya; el último, ya entrado el siglo XXI, en el 2003, en Vegacervera. Y desde el año 1991, en el que un nutrido grupo de socios decidimos poner la guinda a nuestras andanzas por las montañas asturianas con una ascensión al Aneto, hasta el 2012, en el que volviendo a nuestros orígenes fuimos a contemplar el vértice del Pirineo desde las montañas del Valle de Arán, no hubo mes de julio que

el grupo no organizase una salida veraniega que, aparte de a Pirineos o Alpes, nos ha llevado a lugares tan alejados como los parques nacionales del oeste de los Estados Unidos, o tan exóticos como las montañas de los países de allende el Telón de Acero. Aprovechando que los rojos no sólo habían dejado de serlo sino que además, mientras no se pusiesen al día, salían muy baratos ¡Quién le iba a decir a nuestros socios fundadores que acabaríamos en Polonia, siguiendo los pasos de un guía que hablaba español con un acento digno de Fidel!

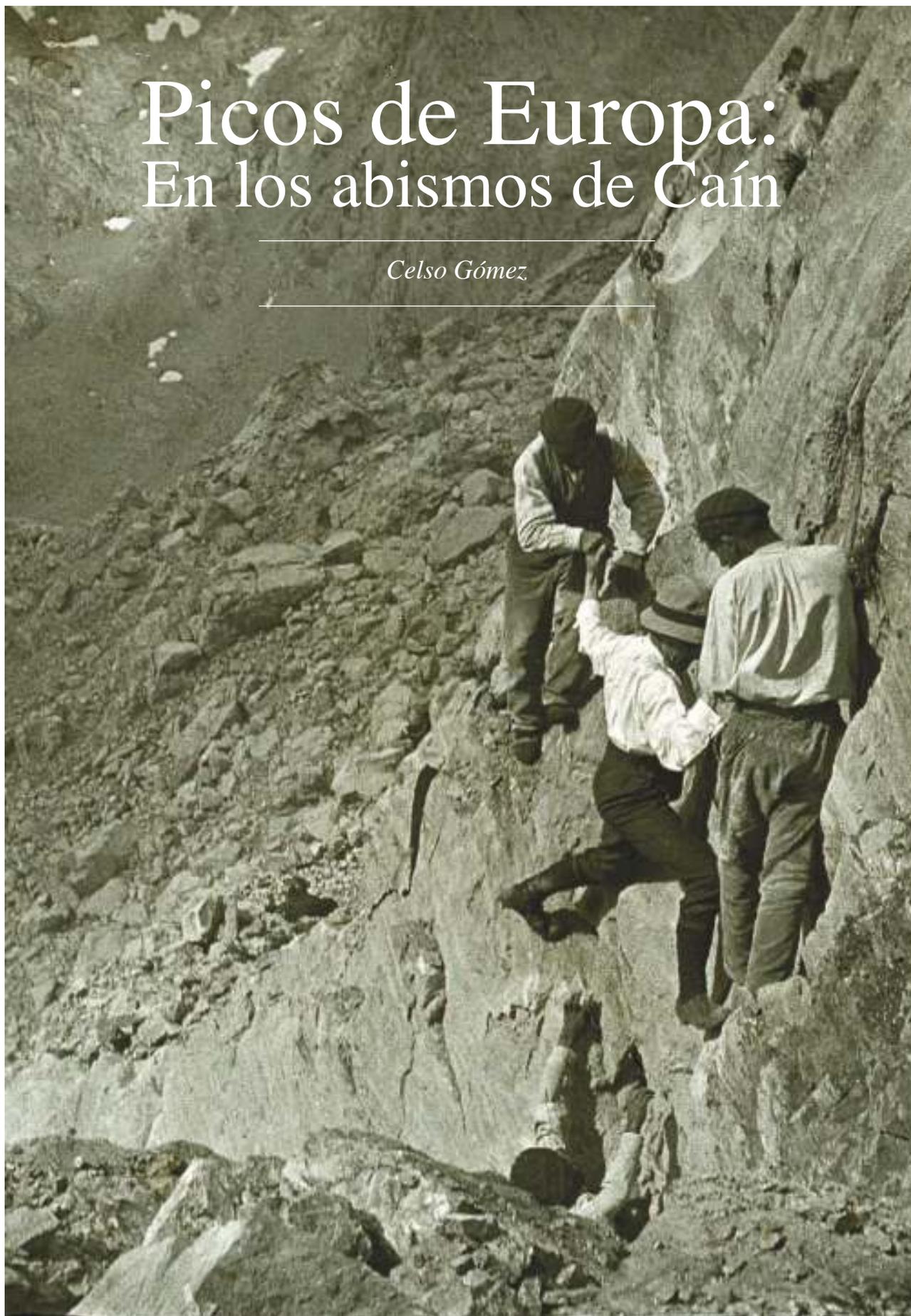
En fin, hoy en día, después de setenta y cinco años de vida, el Grupo de Montañeros Vetusta tiene sus problemas, como todos los grupos de montaña, y una pujanza menor de la que tuvo hace una veintena de años. Si en los primeros tiempos de su existencia la falta de actividades en las que entretener el ocio colaboró sin duda a su rápido crecimiento, hoy tiene que luchar contra la gran abundancia de ellas; la gente joven que se siente atraída por el montañismo, que hace unas décadas se apuntaba a los grupos de montaña porque "si no, ¿cómo voy a ir?" y se integraba en la vida de éstos, hoy no tiene más que bajarse el track de internet... Y algunos más. Los superará, qué duda cabe, como durante su ya larga existencia ha superado otros. Pero eso ya será otra historia, y nos la contarán los que hayan de encargarse de los actos del centenario.

2016. Colectiva del Grupo de Montañeros Vetusta a la Torre de Santa María



Picos de Europa: En los abismos de Caín

Celso Gómez



Este artículo fue publicado en 1921 en los números 91 y 92 de la Revista Peñalara. Su autor, un ovetense que fue socio fundador del Vetusta, cuenta con lenguaje fluido y preciso una aventura impresionante: la que él y otros osados vivieron en el otoño de 1920, cuando realizaban una marcha de Covadonga a Caín que a punto estuvo de acabar en tragedia. El lector, que se sorprenderá al conocer qué itinerarios podían imaginar hace casi un siglo estos hombres de ciudad (alguno de ellos, poco avezado a la montaña), quedará atrapado por la gran fuerza narrativa del relato, un viaje en el tiempo que permite recrear la atmósfera que se vivía en Caín y en el desfiladero en la época en la que estaba en construcción la conducción de agua para el salto de la central de Poncebos

Invitados por un amigo de Gijón para hacer una excursión a los Picos de Europa, salimos J. Santillán y yo por el tren de Infiesto el sábado 30 de octubre, a las cuatro de la tarde. La expedición era tentadora: se pernoctaría en Covadonga, se pasaría por los lagos del Enol, la elevada vega de Ario en la falda de Peña Santa, el pueblo misterioso de Caín, el algo más conocido de Bulnes y regresaríamos dando la vuelta por Cabrales. Sin embargo, hubimos de tener alguna vacilación antes de asociarnos porque, tratándose de un viaje largo y difícil en este tiempo, juzgábamos conveniente conocer previamente los arrestos y preparación de los demás expedicionarios; aparte de que el estado atmosférico tampoco era muy franco.

Favorablemente resueltas nuestras dudas, resolvimos aceptar la invitación. Rápidamente ultimamos detalles, preparamos vituallas caseras y tenderas, requisamos linternas, planos, aparatos métricos, alpenstocks, sacos alpinos, etc., etc., y a la hora convenida nos presentamos en la estación, en donde ya nos esperaban los compañeros de Gijón. Presentaciones y examen general. Con nuestro invitante A. Kartel -ingeniero extranjero residente en Gijón- viene otro extranjero, W. Weimster, y los jóvenes gijoneses F. Valdés, M. Ballesteros y J. Chicote.

Su indumentaria es un tanto deficiente para la empresa que van a acometer. Los de Oviedo vamos con todas las armas, paraguas inclusive: capa ligera semi-impermeable semi de abrigo; buenas bandas, mejores botas, fuertes palos de 1,40 con férreo recatón y magnífico saco, en el cual, con alguna ropa de repuesto, van víveres, placas fotográficas y otros adminículos propios del caso. Llevamos también prismáticos, Veráscopo, podómetro, mapas y gráficos de anteriores excursiones y papel y lápiz para las anotaciones que han de ser base del de ésta.

En Covadonga

Sin novedad relatable hasta aquí. Vamos poniendo a nuestros compañeros en antecedentes del terreno: la



Celso Gómez en Pajares, vistiendo su característica capa

mala tierra que vamos a visitar. Como suponíamos, por experiencia ya adquirida, no encontramos facilidades turísticas en el "histórico lugar". Sólo se atiende allí a lo histórico y religioso, con sus correspondientes derivaciones económicas. Por casualidad damos con un paisano de La Riera llamado Pedro, que tiene una casería con ganado antes de llegar a Enol, y se compromete a llevarnos la impedimenta en su burra hasta Bufarrera: siempre será un alivio apreciable. Por cierto que, al ajustar el servicio, puso más precio a la burra que a él. ¡Aún hay clases! Al acostarnos oteamos el firmamento con desconfianza: está orbayando.

En marcha

Domingo. Todo el mundo está en pie a las seis. Llega Pedro, puntual (cosa rara), y a las siete en punto (cosa más rara aún por ser la hora prefijada) empezamos a subir por la carretera, libres de todo peso, que delegamos en el borrico; Santillán delega asimismo su paraguas en Pedro; el mío, de corta estatura, lo llevo colgado en una percha axilar de mi invención. La mañana está caliente y el cielo nuboso. De vez en cuando damos vuelta para contemplar a Covadonga: el valle está cubierto por la niebla blanca,

Fotografía de Celso Gómez. Muséu del Pueblu d'Asturies

sobre la cual emerge, mejor diríamos que flota, la basílica: hacemos unas fotografías.

En el kilómetro 5,5, a 740 metros de altitud (ya hemos subido 500 desde Covadonga), dejamos la carretera para subir un buen camino de atajo, hace años construido por la Compañía de las Minas de Bufarrera para bajar el mineral y que hoy está sustituido por un cable aéreo de 10 kilómetros de longitud. Empieza a llover, pero no hacemos caso. Alcanzamos a unas mujeres con sendos borricos que suben al mercado dominical de las Minas. Arrecia la lluvia y mi paraguas me protege; Santillán se moja porque el paisano que le trae el suyo se ha rezagado al pasar por su casería.

Atravesamos la empantanada vega de Comeya (900 metros) y llegamos a los lavaderos del mineral a las nueve y cuarenta, en donde nos alcanza Pedro. Atacamos un empinado sendero, "El Escalero", sobre el cual pasan rozando los calderos del transporte aéreo que sirven de ejercicios acrobáticos a algunos de los concurrentes y llegamos a las diez y tres cuartos a los casetones de las minas en Bufarrera (1.200 metros).

De Bufarrera a Ario

A 100 metros a la derecha, un poco más bajo, tenemos el lago de La Ercina, separado del Enol -que no vemos- por una pequeña loma. Hacia el Sur, entre las nubes y con los blancos adornos de las nieves perpetuas, se eleva el macizo de las Peñas Santas a unos 2.500 metros de altura. Vuelve a llover y entramos en una mal surtida cantina, en donde tomamos un pisolabis y abordamos la importante cuestión del guía que necesitamos para ir a Caín, por Ario. Difícil solución; sólo hay una mujer, de las

vendedoras del mercado, que sabe el camino, pero se resiste a abandonar a otra su mercancía, no obstante las seguridades que le damos de que de todos modos se gana el dinero. Nos presentan entonces un cabraliego llamado Antonio que asegura conocer el paso, aunque mejor si fuésemos por los puertos de Ostón para bajar al "Beyo" de Caín, hacia Culiembro, punto intermedio de Caín a Camarmeña; en Culiembro podríamos tomar la senda para Caín, o iríamos -sería lo mejor- por el canal del Salto, si el agua lo permitía. Aquí se imponen algunas explicaciones. "Beyo" es la hendidura, la garganta por donde se mete el río Cares, entre Valdeón (León) y Cabrales (Asturias), y más particularmente entre Caín y Camarmeña. Este "Beyo" es mucho más abrupto e imponente que el tan renombrado del Sella entre Ponga y Sajambre, yendo por la carretera de Arriondas a Sahagún, llamada también "de los Beyos" y "del Pontón"; y desde luego lo es muchísimo más que el de La Ermita, las Foces del Río Aller, de Caso, de Somiedo, las Peñas Juntas de Caranga, las de La Florida de Tineo y tantas más que abundan en esta provincia y son otros tantos monumentos venerables de su belleza.

Quien no lo haya visto, apenas si puede imaginárselo: a ambos lados del río se elevan vertiginosamente los escarpes de los macizos principales de los Picos de Europa, que son "Los Urrieles", por la derecha, y "Peña Santa",

Otra fotografía de Celso Gómez de la misma colección del Muséu del Pueblu d'Asturies. En ella figuran estos datos: "Río Dobra y Valle de Angón, Amieva (1920)"



por la izquierda; por el fondo de un tajazo angosto y profundísimo que los separa va el Cares, rompiendo al chocar con las peñas el lúgubre silencio del tenebroso callejón.

Pues en la pared izquierda de este pasadizo ha abierto la Electra de Viesgo, robando el espacio a la roca, un canal de 10 kilómetros de largo para un salto de agua que tiene la presa de toma en Caín y la caída en Camarmeña; más de cien túneles fueron necesarios para la obra; el agua cae al final en un salto de 230 metros, que, a razón de 6.000 litros por segundo, producirá la enorme fuerza de 14.000 caballos.

La obra es verdaderamente ciclópea; quien como nosotros pudo ver el paraje cuando apenas había comenzado, no acierta a creer que pudo hacerse aquello allí, por donde solamente unos raros ejemplares de la raza, los Cainejos, y algunos rebecos se atrevían a pasar. Hubo de preceder a los trabajos la aportación de la fuerza eléctrica que la misma Empresa tiene en La Ermida, a unos 25 kilómetros, y la talla de una senda que ni con su misma estrechez pudo librarse de tal cual túnel, ni del constante zig-zagueo vertical por la ladera peñascosa.

Pues bien, a esta senda, o al canal, en Culiembro, habremos de bajar si seguimos la ruta de Ostón que nos indica el cabraliego, que, si más larga de recorrer que la de Ario, será más conocida. Por ella optamos, pues, y rompemos a andar a las once y media, cargando algunos sacos sobre los hombros del cabraliego y de un mozalbe gallego que al efecto requisamos.

El camino es un sendero fácil, que después de atravesar al cuarto de hora la majada de Belbín (1.115) eleva poco a poco su pendiente. El guía, que va observando alternativamente el cielo y las alturas de Ario, que se divisan por la derecha, se decide a proponernos el paso por este puerto, confiando en que la niebla -temible enemigo del caminante en la montaña- no amenaza presentarse. Aceptamos la variación y a las doce y media pasamos a la vera de la majada de La Redondiella (1.250). El joven Chicote inicia la idea de comer y se toma en consideración para cuando lleguemos a una fuente. El camino se va poniendo más pendiente y peñascoso. A las dos nos sentamos a comer, aun sin fuente: estamos a 1.570 metros de altura, a 6 kilómetros de Bufarrera y a 17 de Covadonga. Como se ve, vamos muy retrasados; ya lo pagaremos más tarde.

A los dos y media reanudamos la marcha y continuamos subiendo lentamente hacia la collada del Jito -divisoria de las cuencas del Cares y del Sella- cuyos 1.700 metros doblamos antes de las tres; diez minutos más y estamos en la majada de Ario. Aquí nos falla uno de los éxitos de la excursión por culpa de las nubes: nos contentaremos con el recuerdo de otra en que nos fue permitido contemplar el maravilloso panorama de Los Urrieles levantándose frente a nosotros del lado de allá del río. Con dificultad percibimos ahora hacia el SO el macizo de Peña Santa medio envuelto entre las nubes. La vega de Ario pone una mancha verde en aquella alta meseta de caliza, un momento horizontal. Reina allí la más absoluta soledad: los pastores han descendido al valle hace más de un mes y no pueden deleitarnos esta vez con la leche exquisita de sus ganados.

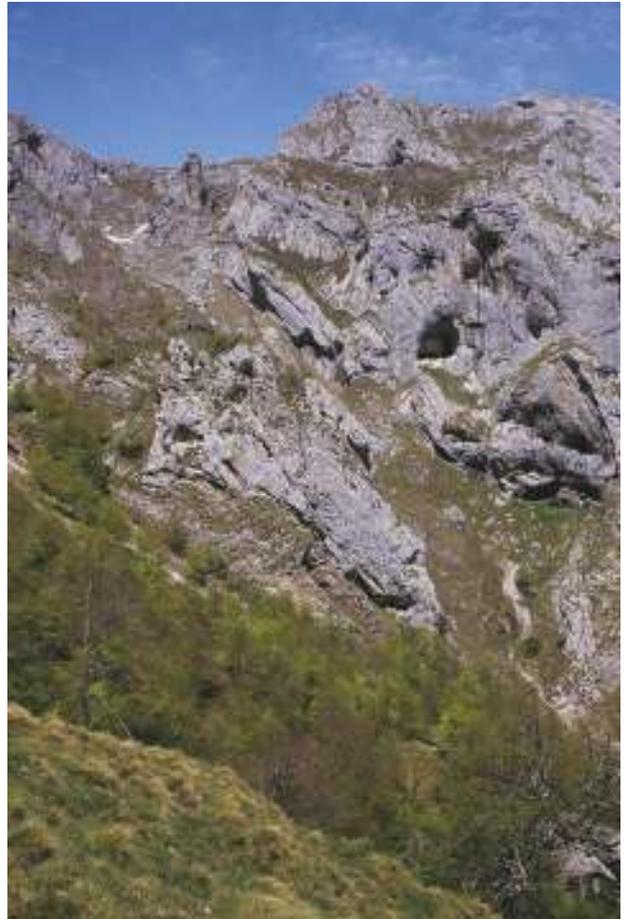
La Canal de Trea

Un poco más allá, a las tres y cuarenta, doblamos la collada de La Arenera (1.560), en donde se abre bajo nuestros pies la tenebrosa Canal de Trea, valle estrecho

y pendiente, al principio, barranco larguísimo, después, de 1.100 metros de desnivel y sólo 2.000 de longitud que cae casi perpendicular sobre el Cares. Nuestro guía el cabraliego nos asegura que ya no tenemos pérdida, pues no hay otro camino a seguir más que el barranco; y se despidió de nosotros para regresar con su acólito a Bufarrera.

Ya solos los siete, empezamos a descollarnos por la pendiente: es tan rápida y el sendero tan difícil que, no obstante los palos que nos ayudan muy eficazmente, tenemos que agarrarnos con frecuencia a la peña o a las matas que en sus rincones nacen. El penoso descenso no puede acelerarse y cada cien metros verticales nos llevan un cuarto de hora. Todos nos quejamos de sed, pues desde Bufarrera, ni aún para comer hemos encontrado una gota de agua. De vez en cuando piedras desprendidas por alguno de nosotros saltan barranco abajo pasando al ras de las cabezas de los que van delante.

Seguimos bajando con breves descansos. Un gráfico, a modo de perfil longitudinal de otra excursión hecha a la inversa, nos indica que a la altura de 900 metros debemos encontrar un poste con una tosca tabla indicadora del punto en que hay que salir de la canal, por la derecha, y tomar un sendero que, remontándose al collado del Torno (1.000), desciende sobre Caín (505) a los 4 kilómetros y hacia al Sur.



Parte alta de la Canal de Trea vista desde el Colláu Torno



Vista del Colláu Torno (iluminado por el sol) desde Cuarroble, punto de la Canal de Trea del que parte el sendero que llega al collado

Cuando el barómetro se acerca a aquella altura, examinamos con cuidado la ladera derecha en busca de la guía, que nos es absolutamente necesaria para salir de la canal, porque son ya las cinco de la tarde y nos va a coger la noche allí. Pasamos de los 900 metros, pero nada hemos encontrado. (Después supimos que la había destruido por el verano un pastor de Ario).

Obscurece. Incertidumbre

A los 850 metros tomamos por una especie de sendero que sale de la canal, pero que a los pocos minutos se enfila hacia abajo y desaparece entre las breñas de un monte. Decidimos encarrilarnos nuevamente en la canal, pues, además, acabamos de oír el rumor de un arroyo en su fondo. Empieza a oscurecer. Ballesteros y yo damos con el agua y nos saciamos con avidez; los otros, un poco más abajo, ya no la encuentran porque se ha sumido bajo el lecho pedregoso.

Acordamos, ya en plena oscuridad, seguir a todo trance por la canal abajo, que se ha convertido en una torrentera angosta, actualmente en seco porque el agua se ha trabajado un paso subterráneo. Empiezan a lucir las linternas de bolsillo.

En la ratonera

El descenso se hace muy laborioso, el barranco se va apretando cada vez más y las laderas son dos paredes de rechas y muy juntas; el suelo, además de muy pendiente, está formado por peñascos desprendidos de lo alto, que, semejantes a peldaños informes y dislocados, nos obligan a arrastrarnos con todo el cuerpo.

Todos vamos preocupados y nadie habla más que lo preciso para dar o pedir ayuda o luz. De pronto, los que van en cabeza piden más luz y se detienen; es que el peñascal desaparece para caer en un liso de caliza sobre el río que se oye tronar en lo profundo. Se aportan linternas de acetileno muy potentes que comprueban la imposibilidad de descolgarse por allí; serían precisas cuerdas que no tenemos. (En Caín supimos, días después, que en aquel mismo sitio se había desgraciado hacia poco un temerario llamado "El Paramés").

Desilusionados ante aquella puerta que se nos cierra, resolvemos retroceder, es decir, ascender por la torrentera, no sabremos hasta dónde pero no es cosa de quedar cogidos en aquella ratonera. Son las siete y media de la noche.

Cambio de rumbo. Para arriba otra vez

La subida es más fastidiosa aún que la bajada; frecuentemente tenemos que tirar unos de otros para salvar aquellos escalones. Oímos un murmullo de agua, y a la luz de una linterna descubrimos un pequeño hilo que asoma debajo de una piedra grande; lo aprovechamos para beber y para reponer las linternas de acetileno. A la vez,

aunque sin hambre, sacamos de los sacos algunos frugales alimentos y los ingerimos. La parada, bastante larga, nos hace sentir frío; en un minuto me pongo el chaleco que llevo en el saco y unos gruesos papeles que refuerzan el abrigo al pecho y a la espalda; me calzo los guantes, ajusto la capa y la capucha y termino la faena con la satisfacción del que ha hecho todo lo que podría para prevenirse contra un peligro inminente.

Empieza a llover otra vez, cuando a las ocho o nueve de la noche reanudamos la marcha por la chimenea arriba. Al cabo de unos minutos se abre la pared de la izquierda y salimos del barranco por un terreno de monte todo mojado por la lluvia. Con la obsesión de alcanzar todavía el sendero que pasa por el collado del Torno, vamos subiendo hacia la izquierda y separándonos del fondo de la canal. Chicote va por cuanto vale midiendo el suelo a cada paso, y una vez que se nos tumba resuelto a no seguir, tenemos que coaccionarlo para que reaccione. Los pies y los palos son insuficientes para sostenernos y preparar por aquella ladera que se nos pone más pendiente cuanto más subimos, y tenemos que agarrarnos con las manos al cerro mojado, especie de hierba áspera y larga que allí abunda.

La noche. Sobre el precipicio

Hacemos alto, un alto impuesto por la imposibilidad de seguir subiendo; el suelo se nos acaba repentinamente en una cortadura de la peña que cae a plomo del otro lado a una altura que ni con todas las linternas podemos medir. Lo que sí vemos bien, que estamos colocados a lo largo de una arista peñascosa que no permite paso alguno. Hay quien propone volver a desandar lo andado bajando otra vez a la canal, pero no se acepta, pues sobre que no se resuelve nada, es muy aventurado bajar en la obscuridad una pendiente tan rápida y resbaladiza, y se acuerda aguantar la noche allí. Son las diez y estamos a 750 metros.

Cada cual trata de acomodarse lo mejor que puede; los menos confiados se separan del alto de la cornisa y toman posición, a pie medianamente firme, al lado de un arbolucho sobre el cerro mojado; pasarán la noche golpeando el suelo con los pies para combatir el frío. Santillán y Chicote se quedan en lo alto, éste sobre la peña al borde del precipicio; aquél de pie a su lado vigilándole y cubriendo a los dos con el paraguas. Valdés y yo nos acurrucamos al pie de una losa que nos ofrece un pequeño socaire; el sitio está completamente seco y relativamente abrigado, y sería el mejor de todos si no fuese que está separado de la caída por un plano inclinado hacia fuera de medio metro escaso de ancho que invita a deslizarse. ¡Infeliz del que se duerma allí! Estamos espalda con espalda y aseguramos la posición con el palo que nos sirve de almanaque cuando cansamos de contenernos con un pie apoyado en un arbusto medio seco.

Al principio se habla de grupo a grupo y nos recomendamos el movimiento constante y el no dormirnos. Empiezo a observar que mi vecino Valdés es atacado por el sueño y hago los imposibles por distraerlo hablándole de mil cosas y refiriéndole otras aventuras; es inútil; sus incoherencias revelan que se duerme, luchando desesperadamente entre el sueño y el miedo de caer, hasta que por fin se marcha para con los del árbol, dejándome sólo en mi refugio y más espacio para instalarme con cierta comodidad que me tienta a dormir.

Van pasando las horas; ya no se oyen más que las voces de alerta que de cuando en cuando nos damos mutuamente. No siento mucho frío, pero pienso en que alguno puede coger una enfermedad y en cómo podremos salir mañana del laberinto.

Cesa algún momento de llover, sale la luna y baña las cumbres nevadas de los Urrieles, dándonos una nota de amenidad con aquel fantástico espectáculo.

Vuelve a llover, y así nos aproximamos a la madrugada, la hora más peligrosa.

Otro día. Vuelta a caminar. Nevando

Amanece al fin; alguna ráfaga de viento frío anuncia que se recrudece el temporal, y a las siete, cuando ya se ve bastante, con una luz esmerilada por la niebla matutina, formamos consejo y emprendemos la marcha en la nueva jornada, después de hacer constar con satisfacción que la noche no ha hecho ningún estrago en la gente. En un segundo comemos cualquier cosa, un poco de chocolate, a modo de desayuno. Descendemos con mucho cuidado del canto que nos prestó asilo, entre frecuentes resbalones y tal cual caída benigna sobre el suelo, siem-



"Bosque de la Canal de Trea, Picos de Europa. 26 de marzo de 1921". Colección Celso Gómez, Muséu del Pueblu d'Asturies. La fecha, posterior a los hechos que se narran en el artículo, prueba que el autor regresó a la zona meses más tarde; el tiempo soleado y seco que se aprecia en la imagen corrobora que la fotografía fue tomada en una ocasión distinta a la del relato

pre mojado. Volvemos a trepar por las piedras del fondo de la canal, y a las ocho salimos definitivamente -ya era hora- de aquel barranco que tan fatal pudo habernos sido.

Vamos ganando altura hacia donde suponemos que está el collado del Torno, paso obligado para Caín; la lluvia se cambia en nieve, y la temperatura enfría considerablemente. A las ocho y media pasamos al lado de una cueva (920) en cuyos alrededores vemos unos montones de



Vista de la parte baja de Valrubiellu desde El Robledal (vertiente opuesta del río Cares). Los excursionistas, tras pasar la noche en la parte baja de Trea (a la derecha), tuvieron que remontar de nuevo la pendiente en busca del Colláu Torno. El relato dice: “vadeamos en columna india, por lo más cimero, el valle estrecho que forma la canal de Valrubiello, en el que brotan bayas y tilos”



La Canal de La Teja vista desde El Robledal

carbón de leña. (Después supimos que se llamaba “del Tombo del Escudillero” y separa la Canal de Trea de la de Valrubiello, que ahora cruzaremos). Penetramos en la oquedad medio protegida por un cierre varetado que nos hubiera brindado espléndido alojamiento durante la noche. Arrecia la nevada; el suelo se salpica de manchas blancas. Vadeamos en columna india, por lo más cimero, el valle estrecho que forma la canal de Valrubiello, en el que brotan bayas y tilos. La salida se nos presenta muy difícil; hay que trepar bravamente por entre el cerro medio cubierto de nieve, que nace entre las peñas resbalosas que afloran de trecho en trecho.

El accidente

Delante, un poco más altos, vamos Valdés, Ballesteros y yo. Santillán, Kartel y Weimster nos vienen a la zaga. Los del pelotón de cabeza logramos alcanzar la muesca que corona la altura y aprovechamos el descanso para investigar el rumbo que hemos de seguir así que lleguen los otros.

En esto, un estruendo como de árboles que se desploman o tierras que se desprenden resuena durante unos segundos hacia donde vienen los compañeros; todos quedamos suspensos y sin atrevernos a dar una voz, temerosos de saber que haya ocurrido un accidente. ¿Se habrán caído? ¿Serán piedras que, removidas por ellos, hubiesen bajado en avalancha por el barranco?

Ya no se oye nada, todo volvió a quedar en el mismo silencio de antes. A los dos o tres minutos aparece Santillán, que cogiéndose a las últimas matas del terreno, pálido y premioso, nos dice que Kartel y Weimster se han caído juntos. Nos refiere que los había visto vacilar momentos antes, indecisos ante la dificultad del escalamiento; que prosiguieron al ver que los primeros ya estábamos arriba; que a Weimster le falló en un momento decisivo la presa que hacía con una mano en una mata cubierta de nieve; que hizo un esfuerzo desesperado para sujetarse hincando la barba en la tierra; que Kartel quiso sostenerlo, pero que, al fin, los dos resbalaron por la rápida pendiente. No sabe cómo acabó el trágico accidente, porque no tuvo valor para ver más y ocultó la cara contra la tierra.



Una mirada a la Canal de La Teja tras cruzar el crestón de calizas por el Colláu Torno

El breve relato nos llena de angustia. Damos voces que son contestadas confusamente por una de las víctimas. Me destaco hacia donde éstas están, y con infinitas precauciones voy bajando hacia ellas por la pared, que aquí es la peña. Llego a la vista de los dos amigos, y veo a Weimster encaramado todavía en un árbol que, completamente horizontal, tiene su raíz en un resalto de la ladera; quedó suspendido a 10 ó 12 metros de altura sobre Kartel, que yace inmóvil sobre el suelo, cabeza abajo. No ha perdido el conocimiento, y contesta débilmente a mis preguntas; no sangra -al menos no lo nota-, pero siente dolores agudísimos en todo el lado derecho del cuerpo, especialmente en el hombro y en la cadera; penosamente puede cambiar su postura y se sienta completamente encogido sobre la hierba, sosteniéndose la cabeza con las manos. (Días después no recordaba ninguno de estos detalles).

Weimster ha sido más afortunado; sólo ha sufrido el contronazo con el árbol salvador; del golpe, el saco que llevaba a la espalda le saltó por encima de la cabeza y le quedó colgado sobre un hombro.

Rápidamente tomamos una resolución: otro vendrá conmigo e intentaremos a toda costa llegar a Caín para mandar socorro. Los demás quedarán acompañando al herido y procurarán ganar la cueva del Escudillero para ponerse al abrigo de la nieve y del frío.

A Caín a todo trance

Así lo hacemos: Santillán y Chicote vienen conmigo; Valdés y Ballesteros vuelven a reunirse con los caídos, y esperarán nuestro auxilio que tardará en llegar tres o cuatro horas. Así les prometemos por darles esperanza, pues en realidad no sabemos cuándo nosotros mismos podremos llegar a Caín, ni por dónde. Son las diez, y el altímetro acusa 850 metros.

Empezamos subiendo peña arriba, siempre atraídos por el ansiado collado del Torno, en donde contamos encontrar el único sendero que conduce al pueblo. Apenas hay vegetación; nieva copiosamente, más cuanto más subimos. Nadie habla, pensamos en los otros que abajo quedarán luchando entre la esperanza y la incertidumbre de nuestro socorro.

A los 950 metros nos asomamos por una muesca de la peña sobre un inmenso anfiteatro, cuya pared semi-circular se eleva inaccesible hasta desvanecerse en la opalinidad de la nieve, que cae tupida e incesante; "el Nidal del Águila" supimos después que aquello se llamaba.

No nos atrevemos a seguir subiendo, y cambiamos radicalmente de rumbo; nos descolgaremos resueltamente hasta dar en la senda o en el canal del Salto, y si tenemos la suerte de que no lleve mucha agua, él nos conducirá hasta Caín. Pero hay mucho que bajar desde donde estamos, y no sabemos si caeremos en otra trampa como la de la Canal de Trea o nos cortará el paso alguna llambria inexpugnable, faltos como estamos de la más pequeña cuerda. Afortunadamente tenemos muchas horas de día por delante y no habrá de ponérsenos todo tan negro. Y así resuelto, comenzamos una bajada tan difícil y penosa en la mayor parte de su trayecto, que sólo la falta de ninguna otra solución nos hace proseguir.

No es cosa de detallar cada una de las dificultades que tenemos que vencer: aquí nos arrastramos sentados -y aun de espalda- sobre la peña o el cerro; allá tenemos que juntar los esfuerzos de los tres para ir bajando uno a



La Pasada Cuarroble. El sendero hacia el collado, escasamente definido, se pierde al poco

uno; más allá los palos de unos sirven de peldaños para otros. Las suelas de goma de Chicote, que en la hierba mojada son tan resbaladizas, le resultan utilísimas sobre la peña. El agua y el barro nos traspasan hasta la ropa interior. Damos vista a un trozo de canal que hace una ese en el fondo, pero no apreciamos el agua que lleva. Voces que damos se pierden en el silencio del paraje.

A los 700 metros de altura divisamos del lado de allá de un barranco una cueva cerrada por unos maderos, y un poco más abajo una chabola que indudablemente presta o prestó servicio a los obreros del canal. Nos sentimos al final del éxito: si logramos entrar en el barranco habremos asegurado nuestra llegada al pueblo. Media hora después, a la una, tomábamos posesión de la chabola (600 metros), magnífico dormitorio que hubiera sido para la noche anterior. Seguimos por un sendero que nos desciende con relativa velocidad; aquel pisar seguro y firme, ya casi olvidado por nuestros pies, nos redobla la energía. Dominamos, ya muy cerca el canal, con una cantidad de agua que no podemos calcular bien, pero que sabemos que no nos cortará el paso.

Una última dificultad, una barranquera mojada y descompuesta que nos hace arrastrarnos una vez más, y damos en el muro del canal. Estamos en pleno "beyo", en plena garganta del Cares.

Por el canal

A falta de la senda, que por allí no da señales de vida, bajamos al cauce mismo del canal por unos peldaños de hierro empotrados al efecto en la pared; el agua nos cubre hasta los tobillos. Es la una y media y estamos a 470 metros de altura.

Chapoteando por el agua caminamos más en el túnel que a cielo abierto durante media hora. Otra escalerilla de hierro como la de antes nos permite subir sobre la pared de la izquierda y seguir por encima con cuidado de no resbalar, porque caeríamos al río, hasta que damos con la senda que por abajo sube a ponerse al costado del canal.

Un poco más allá, a la vuelta de un recodo, la senda está cortada por un abundante desagüe del canal; pero todo está previsto: una escalerilla de piedra de 20 ó 30

peldaños nos eleva otra vez sobre la paredilla, por la cual vierte el agua; la pared está convenientemente dispuesta para el aliviadero por medio de unas cuantas muescas un poco más bajas que la coronación por las cuales pasa el agua, de suerte que andamos por encima sin mojarnos.

La senda entra inmediatamente en un túnel paralelo a otro, por donde va el canal. A la salida del túnel, cuando aún nos falta media hora para llegar al pueblo, nos encontramos con dos hombres, uno de los cuales, Hipólito, es antiguo conocido de otras excursiones: son guardas del canal que van de servicio. Les referimos lo que nos ha sucedido, con los mayores detalles, del punto en donde nuestros amigos esperan; y como es gente valiente y servicial, subirán por la otra cara del corte, en la que hay un sitio "La Tránvia" que domina aquella parte del "beyo" y desde donde procurarán comunicarse a voces con los nuestros.

Llegada a Caín

Son las dos y media cuando entramos en Caín. Nos dirigimos antes de nada a casa del Presidente del pueblo -el tío Agustín- para que con su autoridad nos ayude a mandar socorro a nuestros amigos; pero no está en el pueblo y vamos a la posada que nos darán, como otras veces, la tía María o su hijo José, el guarda del coto de caza del Rey. Nos alojamos en casa de aquélla, que tiene camas bastantes, y allí encontramos a José, que se ofrece desde el primer momento a organizar el socorro. Él, con Amador, irá por abajo por el canal, en donde Hipólito podrá ya darle indicaciones aproximadas. Salvador y Agapito irán por arriba, por el collado del Torno; y malo será que entre unos y otros no den con los naufragos. Entretanto, nosotros nos metemos en la cocina, y ayudados por una jarra de vino nos vamos despojando de la ropa mojada, mientras la tía María sube a prepararnos las camas. Su hija Piedad, moza de veinte años, buena y trabajadora, arrima unos leños al fuego que nos desentumece y consuela. Un baño de pies en agua bien caliente y dos botellas de ella dentro de la cama, nos producen un legítimo desagravio de todo lo pasado. Ya en la cama, una espesa y sabrosa sopa de ajo, con un par de huevos dentro, todo a la más alta temperatura que podemos soportar, hacen subir de punto nuestra admiración por el ama de la casa, que nos atiende con la mayor solicitud.

Una noche bien diferente de la otra

Cuando vamos a entregarnos al sueño que nos acecha -y que a Chicote no le dio tiempo para tomar una taza de café que le llevaban- sale José con sus hombres a la busca de los nuestros; van todos por abajo, pues el collado no les inspira mucha confianza con el mal tiempo que hace y a la hora que es.

Esta evocación nos vuelve a la triste situación que el pobre Kartel quedó allá en la peña y nos amarga un poco la felicidad; pero no tenemos más remedio que caer profundamente dormidos.

Serán las siete cuando nos despierta la tía María para decirnos que comunicaban por teléfono los guardas del canal, diciendo que habían sido encontrados nuestros compañeros en el mismo sitio del accidente; que José había cargado a espaldas con el herido y con ayuda de los otros lo había bajado hasta una cueva en la que pasarían todos la noche bien abrigados y con un buen fuego. Aquella agradable noticia nos produce un sentimiento de

caridad que nos redime del remordimiento que, en cierto modo, nos ocasiona la desigual situación en que unos y otros nos encontramos en aquel momento.

Una hora más tarde volvemos a ser despertados por Ballesteros y Valdés, que prefirieron venir andando de noche por el agua del canal -como nosotros-, acompañados de Agapito y Salvador. Nos confirman lo dicho por los guardas, y añaden que Kartel está muy débil y completamente entumecido por tantas horas de frío y de quietud: los otros se pasaron todo el día tiritando, aunque procurando dar calor al herido y protegerlo de la nieve. Ya desconfiaban de recibir nuestro socorro cuando oyeron las primeras voces -eran las de Hipólito-, que les devolvieron la esperanza.

Volvimos a dormirnos -esta vez definitivamente- hasta mañana, y los recién llegados realizan, a su vez, las faenas precursoras que nosotros hemos hecho, y se duermen inmediatamente.

Tardamos en levantarnos al día siguiente, pues nuestra ropa no está aun bien seca, especialmente la interior, que fue preciso lavar durante la noche.

Salen para la cueva otros dos mozos, Tito y Facio, con algunas provisiones y para ayudar a traer al herido, que no sabemos cómo se van a arreglar, aunque confiamos en los arrestos de José y sus paisanos.

Me levanto el primero y bajo a medio vestir a la cocina, en donde cuelgan del techo multitud de prendas de vestir, mezcladas con bandas, sacos y estuches. No está allí toda nuestra impedimenta, porque no había sitio y hubo de repartirla por otras casas del pueblo. Lo más atrasado en secar son las botas que, aunque estuvieron toda la noche en las inmediaciones del hogar, aun siguen bastante húmedas; me ocupo de ellas. Entretanto yo me las arreglo con unos gruesos calcetines de lana, que me sirven de escarpines.

Viene a comunicarnos el tío Juan, encargado de la Compañía del Salto, que le han dicho por teléfono desde la oficina de Bárcena que nos preste el auxilio que necesitamos: agradecemos esta atención que tanto es de estimar allí.

En general, todo el pequeño pueblo está muy solícito con nosotros, y sólo hemos notado la zorronería del Presidente, que por cierto no disfruta de un gran respeto entre los vecinos; parece que no será reelegido para el alto cargo. Nos explican que esta Presidencia equivale a la Alcaldía de Barrio (Pedáneo), si bien el cargo se provee a propuesta de los vecinos; pero, por lo visto, en aquél régimen patriarcal también hay sus intrigas: estamos en España.

A David, el Benjamín de la casa -un mocoso de diez años-, se le van los ojos tras una sirena que brilla entre otros cuantos chismes; se la regalamos, y el hombre loco de alegría, se va saltando a la calle y no cesa de silbar, en toda la mañana. La tía María será quien más habrá de agradecer el donativo, porque en todo momento sabrá por donde anda el rapaz... con tal que no la pierda o se la quiten enseñuida.

El tiempo sigue malo: llueve copiosamente y sopla un viento frío; no se puede salir de la cocina, que es el mejor sitio de la casa. Queremos que vaya un propio a buscar al médico de Valdeón (12 kilómetros río arriba) para cuando venga el herido, pero nos dicen que está muy difícil pasar, porque en Posada (1.000 metros) estará nevando a todo nevar, en vista de lo cual desistimos por ahora.



Vista de la Canal de Trea (derecha) y el bosque de Los Plagamones desde el Cuetu del Trave. A la izquierda son visibles los dos barrios de Caín. Un relieve intrincado de crestones y canales separa Trea de Caín

A la una nos sirven la comida en una mesa que en un segundo se levanta delante de nuestro asiento, mejor dicho, que se baja, porque es el mismo respaldo del escaño en que estamos sentados frente al fuego, y que por encima de nuestras cabezas, que agachamos todo lo posible, pasa a ocupar posición horizontal propia de toda mesa de comer. Es un tablón de 2 metros por 0,40. El menú es sencillo pero apetitoso: unas patatas guisadas un tanto picantillas, un cocido de garbanzos, chorizo y cecina de rebeco, queso del nuestro y miel. El pan anda escaso y, por reservarlo para Kartel, comemos con boroña; en cambio abunda el vino, y como somos agradecidos llenamos los vasos con frecuencia.

Llega el herido

Cuando acabamos de comer avisan que llega la comitiva que conduce al herido, y salimos a esperarla a la puerta; el aspecto del silencioso cortejo nos impresiona, nos causa el efecto de la procesión del Entierro que tantas veces hemos visto en nuestra infancia. Sobre unas angarillas; toscamente hechas con árboles del monte, y a hombros de Amador, Tito, Facio y otro mozo, viene el pobre Kartel. Su rostro exangüe es el de un moribundo; cubre su cabeza una especie de capucha, que talmente parece un hábito mortuario.

El momento es interesante de conservar, y a toda prisa disparo el veráscope: el infeliz al ver aquella profanación cierra los ojos con pena. Rápidamente ayudamos a los porteadores a bajar su carga; nos lleva algún tiempo des-

atar al herido, pues tuvieron que hacerlo fuertemente para que no se les cayese de la improvisada camilla, porque la faena de bajarlo desde la cueva al canal fue de empeño, aun contando con la ayuda eficazísima de Hipólito y Lorenzo; con frecuencia hubo que ponerlo en posición vertical, como quien baja un baúl de lo alto de un automóvil de línea; pero no hay nada imposible -en este punto- para aquellos Cainejos que, calzados de madreñas, son capaces de bajar por la pared de la catedral con un rebeco a la espalda.

En una silla lo subimos a la habitación donde ya tenía preparada una buena cama -dicen que fue la que ocupó el Rey en una cacería- y a la vez que le animamos con palabras de afecto y esperanza, le quitamos la ropa que se mojó al pasar por los túneles del canal, le secamos y le vestimos una camisa que nos facilitan en la casa. Trae los pies como el mármol, con llagas producidas por el frío, y apenas se da cuenta de que se los bañamos con agua tan caliente que mis manos no pueden resistir, y ya en la cama, Weimster le da unas fricciones de aguardiente que completan esta primera cura.

Después de un breve descanso le servimos una sopa muy caliente con un par de huevos, que le sabe a gloria, porque se le ve al hombre que se anima, y exclama: "Esto fué lo que me faltó". Son las primeras palabras que pronuncia, aparte de algún débil quejido que el dolor le arrancó en la faena precedente. Y después de decirnos que no quiere que se llame al médico de Valdeón, le dejamos solo para que duerma tranquilo y bajamos todos para la cocina, en donde Weimster se ocupa de sí mismo, se calienta y come también con avidez para ir a acostarse cerca de Kartel.

Comunicándonos con el mundo

Aprovechando el reiterado ofrecimiento del personal de la Compañía del Salto, calzo unas madreñas, requiero el paraguas y voy a la casa en donde está el teléfono: hablo con la gente de la oficina, que se interesa por nosotros, y transmito varios despachos para Oviedo y Gijón que ellos se encargan de reexpedir por medio de su central de Santander.

El resto de la tarde transcurre sin novedad; de vez en cuando subimos a cuidar al herido, que no rebulle. Por la noche se plantea el problema del dormitorio para los siete: en un tendejón -que habrá sido cuadrá seguramente-, perteneciente a una hermana de la tía María, tenemos tres camas, a ellas vamos Santillán, Valdés y yo: la estancia no es tentadora, tiene el piso de terreno y las paredes sin revocar, dejando entrar el aire por tal cual rendija; caen varias goteras -porque hay que decir que no cesó de llover en todo el día-. Valdés pone mano en una de las camas y retrocede asustado: un enjambre de fieras de alcoba sale a la defensa y se le echa encima, causándole en una pantorrilla una lesión de la que brota una gruesa perla de sangre. Decidimos volver a la posada principal sin atrevernos a continuar la exploración. Uno nos dice que la causa de aquella población flotante es una manta que está doblada sobre la cama de marras, pero Valdés se ha escamado y por nada del mundo se acostará en ella. Al fin, decide dormir con Ballesteros, y Santillán y yo volvemos a nuestro dormitorio. Lo primero que hacemos es meter con la mayor precaución la manta dentro de la cama; después examinamos cautelosamente a la luz de la linterna las otras dos, sin encontrar el menor vestigio

de la invasión acusada por Valdés. Nos tranquilizamos y acostamos con bastante confianza: después de todo, peor noche fue la que pasamos en la peña, por muy libres que hubiéramos estado de parásitos.

El siguiente día se presenta más franco y resolvemos aprovecharlo para marchar, después de convenir en que no hacemos falta allí; bastará que quede Weimster acompañando a Kartel, bien asistido como está por la gente de la casa; además, Kartel ha mejorado notablemente de aspecto, y aunque no sabemos fijamente qué clase de lesión tiene en el brazo, lo de la cadera y las heladuras de los pies no parecen tener graves consecuencias.

Nos despedimos de toda aquella buena gente; damos un fuerte apretón de manos a Weimster y otro -menos fuerte, por si acaso- al herido, prometiéndoles ocuparnos de preparar en Arenas o en Bárcena su viaje, que no sabemos cómo va a ser, y a las once y media salimos acompañados por Antonio, uno de los hijos mozos de la tía María.

Las obras del salto y el camino del infierno

Al principio recorremos el mismo camino que trajimos el otro día, pero como no llevamos mucha prisa, podemos detenernos unos momentos para examinar las obras del Salto: en el mismo punto en que comienza el "Beyo", es decir, en que las peñas de los lados se han juntado para no dejar más que la grieta tortuosa por la que se encallejona el río, se ha construido una presa de 6 a 8 metros de altura que hará derivar el agua por el canal, que, ya en túnel, arranca por la peña de la izquierda; el remanso ha inundado ambas orillas y forma una lámina en la que se reflejan las paredes verticales de la boca del "Beyo", un sencillo puente de cemento cruza el río pocos metros más abajo de la presa y nos enfilamos por un camino estrecho, abierto en trompa en la roca, que nos va conduciendo entre el río y el canal, por ahora invisible.

La obscuridad, el estruendo del agua del río, el de los aliviaderos del canal y el de las cascadas que se desprenden de las alturas, nos estremece en aquel lóbrego desfiladero: ¡éste sí que es el camino del infierno!

Río y canal desembocan a un tiempo en sendos túneles paralelos al llegar al punto del desagüe, que vierte por encima de la paredilla y que nos cierra el paso, como ya nos lo cerró el otro día: tenemos que volver a pasar, sobre la albardilla, pero el agua, rebosante, nos llega hasta el tobillo y tenemos que mojarnos, cuidando de que el agua, que vierte con fuerza, no nos empuje los pies hacia fuera.

Media hora más allá se acaba el camino horizontal y, si no hemos de meternos por los túneles del canal -que lleva 15 ó 20 centímetros de agua-, habremos de pasar a la orilla derecha por el puente de Trascámara, (440 metros). Así lo hacemos y acometemos inmediatamente una áspera subida que nos eleva en veinte minutos; hasta La Tránvia (605), el punto más estratégico y dominante de aquella parte del "Beyo". Tenemos en frente el teatro de nuestras operaciones de los pasados días: la Canal de Trea, que contemplamos con todo respeto, cuyos últimos 100 metros se precipitan vertiginosamente sobre el río... ¡y pensar que quisimos bajar por allí en plena noche!... un poco más de audacia y a estas horas estaríamos haciendo compañía al Paramés, que, pagó la suya con la vida; la peña a que estuvimos encadenados toda la eterna noche del domingo, el canto del Torno debajo del cual ocurrió el desgraciado accidente, y, en fin, la cueva donde las víctimas pasaron la siguiente noche. Todo lo tenemos delante.

Se imponen, y hacemos unas fotografías conmemorativas.

Ahora tenemos que bajar todo lo que subimos; y por un sendero que a veces es una verdadera escalerilla, descendemos sobre el puente de Trea (460), por el que pasamos de nuevo a la ladera izquierda, no sin cierta zozobra, por lo frágil que vemos aquel puentecillo de cemento que forma un arco fino y esbelto a 40 metros sobre el río.

Otra vez nos tienta el canal a seguir por él, pero es mucha el agua que lleva y preferimos todavía el piso seco: atacamos resueltamente la roca, escalándola, deslizándonos por ella y volviendo a escalar y descender hasta que, a las dos, llegamos a Culiembro, en donde el canal está casi seco. Esta vez no vacilamos, y por él nos metemos, pasando túneles y más túneles con el agua que, poco a poco, llega a darnos por las rodillas. Todo lo sufrimos por llegar pronto a Arenas, pues tememos que nos coja la noche.

En La Viña salimos del canal y con gusto volvemos a trepar en seco. Comemos a las tres sentados en la roca al sol, y poco después empezamos a encontrar cuadrillas de obreros del canal. Este está aquí del todo seco y por él vamos ahora cómodamente cruzando con recuas de caballerías cargadas de cemento para la obra. En los collados de Pregüeles pasamos un túnel larguísimo, tras el cual abandonamos el canal para bajar a Bárcenas (265), adonde llegamos a las cinco. En la cantina tomamos un refresco y dejamos a Antonio, que se queda con su hermano el cantinero. Al despedirnos del leal muchacho nos pide por favor que le escribamos: se lo prometemos.

Entramos un momento en las oficinas de la Empresa a dar las gracias por sus atenciones, y pasando al pie de la Central en construcción, de donde saldrá muy pronto la fuerza eléctrica para Santander y Bilbao, atravesamos otra vez el Cares por un puente recién construido por la Compañía (230) en sustitución, bien lamentable por cierto, del románico y pintoresco de Poncebos. Aún nos espera la nueva carretera que, a los 6 kilómetros, nos pone en Arenas (145 metros). Son las seis y tres cuartos de la noche. El podómetro acusa 21 kilómetros de recorrido en la jornada y el cronómetro siete horas de tiempo invertido. Esta es la mejor descripción de lo que es aquella comarca, con razón llamada la mala tierra, que acabamos de dejar: no puede haberla peor.

En Arenas

Nos acomodamos en la confortable fonda "Los Picos de Europa" de los hermanos Morán, en cuyo bien surtido comercio nos proveemos de zapatillas o alpargatas, mientras ponemos a secar las botas que traemos empapadas.

Después de cenar recibimos la visita de uno de los principales funcionarios de la Empresa del Salto; le recomendamos mucho que procure facilitar el transporte del herido que queda en Caín: a fuer de persona amable y servicial promete complacernos.

De Arenas a Oviedo

Al siguiente día tomamos asiento en un autobús, que sale a las siete y media para Arriendas, cargado de gente; 38 kilómetros que recorremos en dos horas y media, en donde tenemos que esperar el tren de Santander, que pasa a las dos, y a las cinco nos despedimos en la estación de Oviedo de Valdés, Ballesteros y Chicote, que han de continuar para Gijón por el Norte. Santillán y yo tomamos un coche, que nos lleva a nuestras casas, rindiendo viaje. Es el jueves.

Epílogo

Dos palabras más para decir algo de los que quedaron en Caín. El viernes bajaron a Arenas; la Compañía facilitó el funcionamiento de un bote del servicio del canal, por el que se hizo la conducción en una buena parte del trayecto, y un camión para el transporte desde Bárcena hasta Arenas. Aun así, los conocidos Cainejos tuvieron ocasión de repetir proezas como las que ya antes hemos referido. Dos días más tarde un automóvil los trajo a Gijón.

Kartel tuvo que sufrir una dolorosa operación, a pesar del cloroformo, para reducir una luxación que sufrió su hombro derecho. Cuando escribimos estas líneas, a las cinco semanas del accidente, aun no dispone libremente del brazo ni puede salir de su casa por el estado de sus pies.

Y aquí acaba nuestra narración: pecará de pesada o de excesivamente prolija, pero no de exagerada, ni menos de inexacta; a la prueba nos remitimos e invitamos a quien quiera contrastarla a que vaya a dar una vuelta por aquella tierra en esta época, con mal tiempo y sin práctico que le guíe, ni médico que le cure. ¿Que esto es una imprudencia? Que lo sea: como en este país no se puede escarmentar en cabeza ajena en materia de montañismo, porque no hay un alma que lo practique, no hay más remedio que aprender a costa propia. Después de todo, es el mejor procedimiento para que no se olviden nunca las lecciones.

Apéndice de la Revista Vetusta

Una posible interpretación

La narración de Celso Gómez posee tantos detalles descriptivos que nos hemos arriesgado a hacer un intento de reconstrucción de ese dramático descenso de Ario a Caín. En la siguiente fotografía mostramos la hipótesis que nos parece más probable sobre los movimientos realizados por el grupo en aquellos días de 1920, sin perjuicio de que otras interpretaciones sean posibles. La línea amarilla representa el itinerario que deberían haber seguido por el El Torno y Hierbas Altas (o, alternativamente, descendiendo hasta el Puente Trea) y la blanca corresponde a nuestra interpretación de lo que realmente ocurrió.



Unas palabras sobre

Celso Gómez Argüelles

Para situar al lector en la figura del autor del artículo que acaban de leer, nos remitimos al breve perfil biográfico que hace pocos años se publicó en la página web del Muséu del Pueblu d'Asturies con motivo de la presentación al público de una formidable colección de fotografías estereoscópicas suyas: "Celso Gómez Argüelles Nació en 1880 en Oviedo y aquí vivió siempre hasta su fallecimiento hacia 1960. Su padre era de la Vega del Pas, en la provincia de Santander, y su madre de Tineo, en el occidente de Asturias. Se licenció en Derecho en la Universidad de Oviedo y trabajó como procurador. Fue administrador de algunas empresas, como la Sociedad Eléctrica de Cangas del Narcea. En los años veinte perteneció al Partido Reformista liderado por Melquiades Álvarez, donde se integró en la burguesía más liberal y republicana. Fue diputado provincial por el distrito de Luarca-Castropol entre 1915 y 1924 (...). Está considerado como uno de los padres del montañismo asturiano y como uno de los 'descubridores' de los Picos de Europa. (...)".

Por nuestra parte debemos añadir que Celso Gómez, antes de la Guerra Civil, había sido miembro de la Sociedad Peñaubiña, de la que llegó a ser Presidente Honorario. En 1942 asistió a la reunión organizada para celebrar la subida al Naranjo de Horacio Rivero, ocasión en la que cuajó la idea de crear una nueva agrupación montañera (véase la fotografía de la página 12) y en 1943 fue uno de los 39 socios fundadores del G. M. Vetusta, club en el que permaneció hasta su fallecimiento. Su presencia en las alturas no pasaba desapercibida, como revela el siguiente párrafo del libro "Rutas de montaña. 50 años de historia y montañismo del Grupo de Montañeros Vetusta, 1943-1993", publicado con motivo del 50 Aniversario de nuestra sociedad: "Hacía sus excursiones envuelto en una amplia capa en cuyo reverso portaba multitud de admini-



Autorretrato de Celso Gómez (1911). Muséu del Pueblu d'Asturies

culos más o menos necesarios: cordones para las botas, bramantes, botones, agujas enhebradas con hilo adecuado, tijeras, alambre, alicates y cosas por el estilo. Parece que llegó a diseñar y utilizar una percha axilar sujeta al pecho y hombros, que le permitía andar con el paraguas abierto dejando las manos libres". Como ven, era un personaje peculiar.

Del artículo original hemos respetado su ortografía, corrigiendo únicamente algunos errores que parecen debidos al linotipista. Fue publicado sin fotografías; las tres fotos de montaña de Celso Gómez que figuran en él nos han sido cedidas amablemente por el Muséu del Pueblu d'Asturies, y solo una de ellas, la del bosque de la Canal de Trea, corresponde al lugar en el que se vivieron los hechos relatados. Sin embargo, esta foto fue tomada en marzo de 1921 (el dato aparece junto a la fotografía original), fecha posterior a la de la aventura, ocurrida entre el 30 de octubre y el 3 de noviembre del año anterior. Es un dato interesante, porque prueba que, casi cinco meses después de aquella dura experiencia, Celso Gómez volvió a Trea. Quizá lo hizo movido por el afán de averiguar cómo y dónde habían cometido los errores, un empeño, el de regresar a reconocer el terreno, que habría estado acorde con el fuerte y resuelto carácter que parece deducirse de su escrito.



Los Reyes llegan a Bulnes

Los Reyes Magos han llegado a los Picos de Europa

José Manuel Diego Carcedo

Artículo publicado el 8 de enero de 1960 en “La Nueva España” de Oviedo. Lo firma Diego Carcedo, por entonces un joven becario que comenzaba a hacer carrera en el periodismo. En él se cuenta la inolvidable experiencia que dos días antes habían vivido en la aldea de Bulnes tanto los montañeros y los habitantes del pueblo como el propio reportero. Además del título que encabeza el artículo, el periódico insertó estos otros titulares: “Montañeros del Grupo Vetusta han sido portadores de la ilusión hecha realidad al pueblo de Bulnes. Treinta y tres niños, cuyas edades oscilan entre los doce años y tres meses, han sido obsequiados con juguetes”.

El río Bulnes, de nítidas aguas azulverdes, pequeño –como un río de Nacimiento–, corre despreocupado, alegre y cantarín entre las rocas. En sus breves remansos se halla el Olimpo de las “xanas”; por su ladera derecha, muchos metros por encima de su lecho de piedras, se desliza, desafiando, las leyes de la gravedad, la senda que conduce al pueblo.

Hace frío en la mañana; la niebla gris y opaca oculta las crestas escarpadas de los picos inaccesibles.

Un vientecillo suave y juguetón, se entretiene con los mantos reales de sus majestades. Las cabalgatas que han venido desde Oriente, a través de las montañas nevadas, llanuras esteparias y desiertos interminables, bajo el signo de un sol abrasador, conscientes de su misión, apresuran la marcha a través de la más difícil senda que han visto, camino de Bulnes. En vanguardia y a retaguardia, unos cuarenta montañeses del Grupo Vetusta, de Oviedo, forman el cortejo real.

El camino es difícil, imposible a veces para el periodista, poco o nada habituado a estos lances, de no ser la ayuda voluntaria y eficaz de estos montañeros de la capital del Principado, esforzados paladines de nuestro raquítico deporte de altura; las caballerías jadeantes no se detienen; los montañeros se toman aliento y siguen adelante, porque saben que allá entre los picos, allá en Bulnes, treinta y tres niños esperan. De esto nos da buen ejemplo el impropriadamente llamado sexo débil. Y el periodista, que es joven, que todo el camino ha venido admirando la belleza de esta representación femenina en el grupo, se siente ahora más admirado si cabe, un poco herido en su dignidad de hombre al comprobar cómo las “Venus” marchan en cabeza mientras él “exprime” sus energías para

poder mantenerse el último de la caravana.

Por fin, después de dos horas de camino agotador, el heraldo hace sonar la trompeta. Allí, muy cerca, invisible aún, está el pueblo. Se hace alto. Es necesario dar un poco de descanso a las caballerías. Pero éste dura poco. Gaspar, que marcha en el centro del cortejo, mira al cielo, se atusa la barba y dice:

- Vamos. Los niños ya estarán esperando. No podemos detenernos.

Adelante, pues. El heraldo hace sonar la trompeta de nuevo y la caravana se pone en marcha.

No se equivocaba Su Majestad. A la entrada del pueblo, los niños, acompañados del señor cura párroco, de los señores maestros y de los vecinos del pueblo, esperaban impacientes la llegada de los generosos Reyes Magos, a quienes saludaron con un emotivo y cariñoso villancico compuesto ex profeso por la señora maestra. Sus Majestades, emocionados como todos los presentes, saludaron a los niños que tan fervientemente salieron a recibirlos.

Una anchura un poco mayor de la garganta deja sitio al pueblo cerrado por las montañas, en cuyas cumbres anidan las águilas, únicos seres de la creación a quienes no están vedadas. Las casas, pequeñas y sin pintar, se

Repartiendo felicidad. En la fotografía, a la izquierda, con una prenda colgada del brazo, se reconoce a Alfonso Martínez.



dispersan sin orientación fija en un corto radio, entre las rocas. Los prados, la mancha verde oscura que festonea las montañas aparecen agostados y desnudos. Las ovejas, puntos blancos dispersos en la sierra, se confunden con el blanco calizo de las rocas.

La ermita, chica y arreglada, se hallaba adornada con ramas de tejo. En la misa, oficiada por el señor cura párroco, ocuparon un sitio de honor Sus Majestades, a quienes en todo momento daban escolta los montañeros. Aquélla no pudo resultar más emotiva. A lo largo de ella, el coro del grupo entonó varios villancicos al Niño Jesús y a los Reyes Magos. Al terminar se procedió a la adoración del Niño, mientras se entonaba por todos los asistentes el "Noche de Paz".

Terminada la misa, don Luis Sela, presidente del grupo de montañeros, expuso con unas sencillas palabras las gestiones realizadas por aquél acerca de Sus Majestades para acudir, de día, a Bulnes, exhortando a los niños a ser buenos, condición impuesta por SS.MM. para ello.

A estas palabras contestó acto seguido el joven cura párroco, don José Fernández Fernández, visiblemente emocionado, quien dio las gracias a los Reyes así como a los montañeros, haciendo ver a los vecinos la generosidad de éstos e incitándolos a prestarles en todo momento ayuda.

Momentos después, Sus Majestades procedieron al reparto de juguetes entre los niños y niñas del pueblo. Y así, cada uno, fue recogiendo su lote, compuesto por tres valiosos juguetes – cocinillas, muñecas, camiones, caballos, carros, pelotas, etc. – de acuerdo con la edad y el sexo; sus paquetes de "revoltijo" y su paquete de cultura; formado por libros, plumas, lápices, goma, regla,

etcétera.

El acto fue muy emotivo, no solo para los niños, sino, también, para los mayores. Los viejos, con sus "corizas" los hombres y con sus pañuelos negros en la cabeza las mujeres, permanecían silenciosos; de vez en cuando, de sus ojos se desprendían lágrimas que recorrían el rostro rugoso y curtido por los años, el trabajo y la vida mísera que la orografía de su pueblo les hace llevar. Los jóvenes, desde un alto, apoyados en gruesos bastones, contemplaban impávidos y emocionados la escena que jamás habían soñado.

Cada vez que un niño salía a recoger sus regalos, los otros aplaudían emocionadísimos, saltaban de contento y corrían a ver qué les había tocado. Cuando los paquetes eran abiertos, los gritos de:

- ¡Ooh!
- ¡Mira!
- ¡Qué guapu!

Confundíanse con el fragor sordo y monótono de las aguas que se precipitaban desde la montaña.

Terminado el reparto, los niños, auxiliados de sus padres, se dirigieron con sus regalos a casa. Era la hora de comer, pero yo estoy seguro de que nadie lo hizo. La emoción se lo impedía.

Bueno, los montañeros, si. La jornada había sido larga y el aire de Bulnes, impregnado de aromas de queso, había despertado el apetito entre los jóvenes – los que no en edad, en espíritu y entusiasmo – que cumplen lo más difícil del mandato divino: Dominar la creación.





El Grupo de Montañeros Vetusta y los Reyes Magos

Juan-León Quirós

A lo largo de los 75 años de existencia del Grupo de Montañeros Vetusta, han sido múltiples las iniciativas llevadas a cabo, especialmente salidas montañeras, tanto individuales como colectivas. Pero hoy queremos destacar las actividades sociales tales como Exposiciones de Fotografías, Belén de Cumbres, el "Amagüestu" (o "magüestu"), los Campamentos Sociales, los de San Bernardo de Mentón, los Jueves Montañeros, Los Reyes en La Montaña y otras más, muchas de ellas organizadas por comisiones específicas, que muestran la creatividad y la gran vitalidad participativa de sus socios así como el espíritu que impregna y marca la impronta del Grupo. Aquí y ahora, queremos referirnos, monográficamente, a la actividad denominada "Los Reyes en La Montaña".

Era diciembre de 1959 cuando un grupo de vetustos formaron una comisión denominada "El Día de Reyes para los Niños de Bulnes", que arrancó bajo la presidencia de Luis Sela, con Julián Martín Arroyo como promotor y Paco Ruiz Tilve, Santos Corcovado, su esposa Conchita, los hermanos José Antonio y Adolfo Corrales, su primo Pedro Corrales, Julio Lorenzana, Mariano de la Fuente, Ángel Antolín, Paco Soto, Tita González, Maruja Muñoz, Manolito Collado y Chema Argüelles como miembros de la misma.

En la Circular nº 3 de diciembre de 1959, "El Boletín", la Comisión anuncia su propósito y hace un llamamiento a todos los vetustos solicitando su colaboración mediante la donación de juguetes, ya que "es posible que entre los juguetes de tus hijos haya alguno del que tu pequeño esté cansado y abandonado en algún rincón y no preste servicio alguno. ¿Que no tienes juguetes? Unas pesetas, según tus posibilidades, no importa sean muchas ó pocas,



Entrada del Rey en Valle de Lago (Somiedo, 1961)

La ilusión llega a Tuiza (1961)



“¿Será para mí?” (Lindes, 1962)

las que sean, harán realidad nuestro propósito”. Toda una declaración de intenciones de la nueva Comisión, tanto para el presente como para el futuro.

La Circular nº 4 (enero de 1960) informa de la visita realizada a Bulnes el día de Reyes para llevar los juguetes a los 46 niños del pueblo y dice que “la descarga de los voluminosos paquetes con papel azul y etiqueta personal que las monturas reales portaban se hizo a la vista de los niños que emocionados esperaban con ansiedad el momento de recibirlos”. Y añade que “antes se oyó la Santa Misa en la iglesia de Bulnes”. Continúa el escrito relatando que, seguidamente, “se procedió al reparto de juguetes, dirigiendo unas palabras a los niños nuestro Presidente D. Luis Sela y el Sr. Cura Párroco, así como el Sr. Alcalde de Bulnes”.

En aquel momento estaba ocurriendo un acontecimiento histórico, pues era la primera vez que un grupo de montañeros llevaba juguetes a los Niños de la Montaña, iniciativa secundada posteriormente por otros grupos de montaña asturianos.

En el año 1960 se acababa de fundar la Delegación del Grupo Vetusta en Pola de Siero, cuya primera Junta Directiva estuvo compuesta por los siguientes socios: Presidente, Valentín Llorián Helguera; Secretario, Juan-León Quirós Álvarez; Tesorero, José María Quirós Rodríguez; Vocales, Cesáreo Fernández Viso, Ulpiano García Rodríguez, José Díaz Menéndez, Humberto Vallina Miranda y Gabino Expósito Suárez. La entrada de estos vetustos polesos en el Grupo trajo consigo su incorporación a la Comisión de Reyes antes citada, a la que aportaron aspectos

En un escenario impresionante, la caravana llega a Porley (Cangas de Narcea, 1965)



singulares como fue la recogida, entre las gentes de La Pola, de juguetes con pequeñas averías o en mal estado, pero susceptibles de ser reparados.

Muy pronto, en el mes de noviembre del mismo año, se formaron los primeros equipos de trabajo dedicados a madera, cerrajería, mecánica, chapa y pintura, a los que seguirían los que, con el tiempo, se estimasen necesarios.

Los nuevos vetustos polesos artesanos, que hoy llamaríamos aficionados al bricolaje, dedicaban las tardes (y parte de las noches) de los fines de semana de noviembre y diciembre a desarrollar y mejorar sus habilidades manuales dentro de un clima de hermandad, alegría y gran satisfacción. Pusieron todo su empeño, y aún más, en la tarea, y lo hacían con entusiasmo pensando en los destinatarios de aquel esfuerzo, que no eran otros que los niños de las montañas de Asturias.

Una vez dados los últimos toques de pintura, y tras su correspondiente proceso de secado, los regalos eran empaquetados con todo primor y cariño, como verdaderos regalos de Reyes que eran, y etiquetados con el nombre de cada uno de sus pequeños destinatarios. Llegado este momento, los vetustos polesos artesanos, sonrientes, gozosos y satisfechos, contemplaban felices el resultado de los encargos recibidos por los Reyes Magos.

Tales secuencias, desarrolladas por los vetustos polesos artesanos, se fueron repitiendo cada temporada desde 1960 a 1974, el periodo en el que, casi sin excepción, cada 6 de enero se puso en marcha la caravana de "Los Reyes en la Montaña".



En el camino de Sotres (1966)

Un descanso de los porteadores (Pedroveya, 1967)





¡En marcha! (Inguanzo, 1970)

En las Circulares del Vetusta, disponibles en nuestra página web (<http://www.gmvetusta.es>), se pueden encontrar los textos completos de las diversas reseñas elaboradas en cada ocasión, así como las notas editadas por el Grupo. De los datos contenidos en estas crónicas se deduce que fueron 13 los años en los que se organizaron caravanas de Reyes, consiguiendo llevar regalos a más de 60 pueblos y a un número de niños que superó el millar.

Cuando el objetivo lo constituían varios pueblos cercanos, los niños (y adultos) de los alrededores se concentraban en uno de ellos, donde tenía lugar el reparto. Los pueblos que recibieron obsequios de los Reyes fueron:

- 1960: Bulnes.
- 1961: Valle de Lago, Tuiza, Vallemoro.
- 1962: Cortes, Lindes, Fresnedo. Las Llanas, El Corral.
- 1963: Gamedo, Remis.
- 1964: Casielles, Viboli, Biamón, Cándano.
- 1965: Porley, Luarnes, Valliciello, Parada, La Nisal.
- 1966: Sotres.
- 1967: Pedroveya, La Robellada, Dosango.
- 1968: Veigas, El Escobio, La Felguera, Villarín, La Llamera, Arbeyales, Saliencia.
- 1969: Tuña y pueblos de los alrededores.
- 1972: Bulnes.
- 1973: Sobrefoz, Abiegos, Cadenava.
- 1974: Campiello, Urria, Taja.

Antes de finalizar, queremos tener un emocionado recuerdo para El Rey por antonomasia, Julián Martín Arroyo, alma y vida de las 13 ediciones de "Los Reyes en la Montaña" y trasladarle, allá donde esté, en nombre de todos cuantos hemos colaborado y participado en la mismas, nuestro merecido homenaje y sentido agradecimiento por tan ingente y meritoria labor. Como recuerdo a Julián, que nunca olvidaremos, queremos reproducir su escrito de despedida que, a modo de legado, y bajo el título "Reyes", fue publicado en la Circular nº 116 del mes de octubre de 1973, página 8.

"Durante 15 años vengo solicitando de ti un donativo y tu apoyo para la campaña de "Reyes en la Montaña". Siempre respondiendo como los buenos, y este año que se cumplen los tres lustros no me defraudaréis, o por lo menos yo así lo espero, vendiendo y comprando lotería, dando donativos, y con tu ayuda personal, yo sé que los hay que hacen todo, otros algo menos, pero al fin todos arrimáis el hombro. Este año se llevarán los Reyes a Taja, Urria y Campiello, todos ellos del Concejo de Teverga y que ya conocéis por visitarlos cuando vamos por el Acebo.

Quiero haceros un pequeño resumen de lo hecho en estos años: se repartieron juguetes a 1.052 niños; se visitaron 62 pueblos; se entregaron 57 paquetes de Navidad a Pastores, Guardas de los refugios y Parque Nacional, así como confraternizar con los pueblos, invitándoles en sus casas y en los establecimientos, nueva modalidad de convivir con los que en sus cabañas nos obsequian y por último tableros para exposiciones al Grupo.

Quiero dar las gracias a las casas comerciales que con su ayuda durante todos estos años, han aumentado los regalos a estos niños, no los nombro por ser ese su deseo. También deseo destacar a la delegación de Pola de Siero que nunca nos olvidó, y a otros muchos socios y no socios que no nombro por no quedar mal al dejar alguno en el tintero (bolígrafo).

Diréis que a qué viene todo esto y os lo diré. Después de terminada esta campaña abdicó, ¿en quién? En uno que tenga ganas de trabajar, tener y pasar muchos sinsabores y un gran amor a nuestro Grupo.

Vengan valientes y a ver si batís el récord. El Rey.”

Miembros de la Comisión de Reyes, gritemos todos juntos: ¡Vivan los Reyes en la Montaña!

Vetustos polesos artesanos:

**Juan-León Quirós, José María Quirós,
Cesáreo Fernández, Ulpiano García,
Humberto Vallina, Gabino Expósito
Cayetano Rodríguez**

*Once años después de la primera vez, los Reyes llegan de nuevo a
Bulnes (1972)*





La Alcordanza

Mary González

Las excursiones de montaña realizadas por los socios del Grupo de Montañeros Vetusta no siempre han tenido un carácter deportivo, en muchas ocasiones se complementaban con actos de índole humanitaria. Uno de ellos fue el reparto de juguetes a los niños, realizado durante varios años en muchos pueblos de montaña, coincidiendo con la festividad del día de Reyes Magos. Se recogían juguetes y se preparaba una humilde cabalgata para asombro de niños y mayores, que nunca habían visto nada parecido.

A medida que la población infantil fue disminuyendo y mejorando el poder adquisitivo de las familias, se sustituyó esta actividad por convivencias con los pastores celebradas en diversos pueblos. Entre estos actos humanitarios figura el que es motivo de este relato.

A comienzos de la década de los sesenta se vivía con el azote de una enfermedad viral, la poliomielitis, enfermedad infecciosa grave que afecta al sistema nervioso y que deja secuelas con gran discapacidad. La incidencia de esta enfermedad es más frecuente en la población infantil, por lo que llegó a conocerse con los nombres de polio y parálisis infantil. En 1964, al fin, se probó una vacuna muy eficaz, la Sabin trivalente, de fácil aplicación, ya que era y es bebible, facilitando con este formato la ingesta para el consumo infantil.

La OMS lanzó una campaña de gran repercusión en los medios de comunicación, tanto para países desarrollados, como para los que estaban en vías de desarrollo, entre ellos España. La propuesta consistía en que ningún niño quedara sin vacunar y su finalidad era erradicar la enfermedad, algo que finalmente se consiguió.

Pero para lograrlo fue necesario superar algunas dificultades, entre ellas la de la accesibilidad, ya que en Asturias quedaban aún muchos pueblos sin carreteras. Este era el caso del pueblo de Valle Moro, en Ponga, situado a una distancia considerable de la carretera más cercana, lo que suponía unas seis horas de desplazamiento a pie.

Es aquí donde, sin pensárselo mucho, cinco jóvenes

montañeros del Grupo (Moncha, Patro, Tita, Mary y Valentín) deciden participar en esta interesante campaña, gestionan la adquisición de las vacunas, y se dirigen a Taranes (Ponga) para acceder desde este pueblo a Valle Moro.

El acercamiento resultó largo y frío por la nieve, pero se superó con alegría. Sin embargo, lo peor faltaba, quedaba por pasar. La pretensión por parte de cinco jóvenes montañeros, a los que nadie conocía, de llegar a un pueblo y, sin ninguna acreditación, pretender dar una ampolla para que se la bebieran los niños del lugar, un producto desconocido, como desconocidas eran las personas que irrumpieron de improviso en el pueblo, resultó poco menos que surrealista para aquellos habitantes.

Romper la barrera de la desconfianza y la tensión creada por el desconocimiento y la falta de información que existía, obliga a tomar una rápida y unánime decisión: hay que tomar la vacuna al mismo tiempo que los niños. Y así se hizo. De ese modo se eliminaron las barreras, se rompió el hielo, se creó un clima de confianza y se consiguió vacunar a NUEVE niños de aquel recóndito y precioso pueblo.

El regreso se hizo sin efectos secundarios por la ingesta de la vacuna, y se llegó a casa con optimismo y buenas vibraciones.



Vallemoru, 1961

Un Rey en Vallemoru

Mercedes Griñón



Es 5 de enero de 2018, víspera de Reyes. Hace ya tiempo que no vivo la emoción de esta noche pues mis hijas, mis niñas, hace años que volaron hacia Oriente, Sur y Occidente... Llevo días hurgando en los recovecos de diferentes armarios del local social, desempolvando carpetas y archivadores atiborrados de documentos, álbumes repletos de fotos y recortes de prensa que, otras manos y en otros momentos, se preocuparon de conservar.

Entre las fotos de la campaña Vetusta de Reyes de enero de 1961 aparece un apretado conjunto de cuartillas: manuscritas, con cuidada y ya anticuada caligrafía unas, mecanografiadas otras. Las primeras son cartas firmadas por el maestro y un vecino de una aldea perdida de Ponga: Vallemoru (Valle del Moro, como escriben ellos entonces). Las segundas, cartas y listados redactados por algunos de nuestros socios. Leerlas y viajar en el tiempo es todo uno, pues resulta fácil "ver" lo que reflejan. Y comienza el asombro.

Me asombra la idea de un grupo de montañeros de llevar ilusión, en la misma mañana de Reyes, a los escasos niños de un pueblín tan lejano y aislado. Me asombra la anticipada y cuidadosa preparación de todos los detalles y la ejecución del proyecto, salvando para ello las dificultades de comunicación y accesos propias de la época, e incluso las meteorológicas del momento. Como también me asombra la esforzada colaboración, desde el pueblo, de dos hombres: el vecino Ángel Priede y el maestro particular Melquiades Vega.

Pero no es solo esto. En aquella mañana del 6 de enero del 61 salieron tres comitivas vetustas de Reyes: las de Melchor y Gaspar, con los socios de Avilés y Oviedo, llegaron hasta Valle de Lago (Somiedo) y Tuiza (Lena), respectivamente, mientras que la organizada por los compañeros de Pola de Siero acompañó a Baltasar ¡cómo no!... a Vallemoru.

Y a medida que leo, revivo, en la distancia, aquella emoción olvidada.

Será una mezcla de aquel asombro y esta emoción... la que me lleve a sacar a la luz esta pequeña (!) historia.

En la primera carta, de fecha 23 de octubre de 1960, el presidente de la recién creada delegación del GMV en Pola de Siero, comunica a sus compañeros el nuevo proyecto de Reyes. De ella entresaco estas frases:

“...nuestro Grupo, continuando la hermosa tradición iniciada el año pasado en Bulnes, se dispone a llevar un poco de felicidad y alegría, en forma de Reyes Magos, a los niños de remotos poblados de nuestra región que en algunas ocasiones hemos visitado con motivo de excursiones montañeras y en donde, dicho sea de paso, siempre hemos contado con la franca y generosa hospitalidad de sus humildes habitantes. Los niños de aquellos pueblos no saben, seguramente, lo que es disfrutar de un juguete, y muchos de ellos, aunque sus padres se afanan trabajando duramente, están mal vestidos y alimentados [...] creemos que cumpliremos con nuestra condición de buenos cristianos y montañeros auténticos si organizamos una sencilla cabalgata de Reyes, y llevamos a estos pequeñuelos unos regalos que aunque modestos en su valor material, tendrán sin duda contenido amplio de ilusiones [...] ha sido señalada a esta Delegación la visita a Vallemoro (Ponga), lugar de grato recuerdo para muchos de nosotros. Si deseas contribuir, tu aportación puede consistir en: juguetes, prendas de vestir (aunque esté usado) o pequeñas cantidades de dinero [...] Si te es posible, te rogamos que nos acompañes ese día, disfrutando de una excursión que te resultará agradable en todos los aspectos.”

En la misma fecha se escribe desde Oviedo una carta a D. Ángel Priede -Valle del Moro- para

“...que de una manera muy confidencial nos remita con la mayor urgencia posible, una relación de todos los niños y niñas habitantes de ese pueblo, de los comprendidos hasta los doce años, diciendo nombres de los padres y la edad del niño o niña”

El 30 del mismo mes escribirá el Sr. Priede la respuesta, aportando los datos de los únicos nueve chavales (dos niñas y siete niños) menores de los 12 años indicados. Con ellos se confecciona el 5 de noviembre un listado mecanografiado sobre el que más tarde, y posiblemente ya en Pola de Siero, se escribirá a mano y en color rojo la relación de regalos (cuentos, juguetes, material escolar, prendas de vestir...) asignados a cada niño.

Según el detalle de ingresos y gastos realizado con posterioridad, parte de los regalos se compraron nuevos con los donativos recogidos. Los demás, de segunda mano, fueron reparados, puestos a punto, arreglados y distribuidos en paquetes de regalo por los propios socios.

El 30 de noviembre Ángel Priede redacta una carta de presentación del maestro del pueblo en la que comenta:

“Cumpliendo instrucciones de Usted, en la última entrevista que tuvimos, cúpleme manifestarle, que el Maestro particular de este pueblo ya está en funciones y se llama Don Melquiades Vega Álvarez, natural del Concejo de Caso cuyo Municipio al igual que este pueblo y muchos más de Caso, informaron favorablemente, de su conducta y actividades; fue el maestro que le tocó inaugurar las escuelas de Tarna en Caso, el 8 de Marzo de 1959, ante la presidencia del Excmo. Señor Gobernador Civil de la provincia y otras distinguidas Autoridades...”

Con fecha 25 de diciembre se le escribe de nuevo exponiéndole los detalles del plan del día de Reyes:

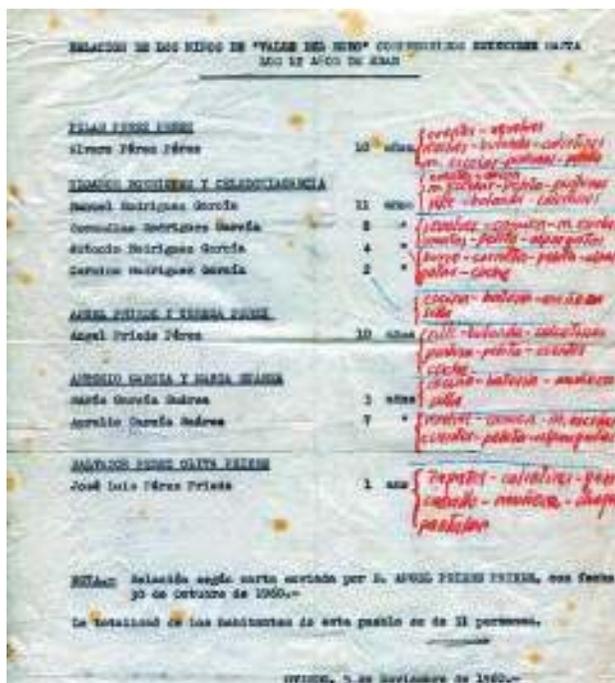
“CABALLERÍAS. Necesitaríamos que de ese pueblo nos envíen DOS caballerías para el transporte de paquetes, de tal manera que a nuestro regreso podían quedarse en el pueblo las mismas, pues como es natural para volver no nos harían falta [...] La hora de salida de Tarnes será a las ocho de la mañana del día 6 de Enero, de manera que a ser posible procure que las caballerías estén listas para esa hora.

MISA Y REPARTO DE JUGUETES. En principio nuestro pensamiento es oír misa en ésa, estamos haciendo gestiones y seguramente irá un sacerdote con nosotros, por lo que pueden arreglar un poquito la capilla. Una vez terminado el oír la Santa Misa, y en el lugar más conveniente, se efectuará el reparto de juguetes y golosinas [...] si llolviese creo que el mejor sitio sería la capillita. Iremos llueva o no, de modo y manera que mientras se pueda pasar llegaremos a ese pueblo que tan cordialmente nos recibió en la noche del 1º de Mayo pasado”.

El 2 de enero Ángel Priede y el maestro Melquiades Vega firman conjuntamente la carta de respuesta, en la que entre otras cosas dicen:

“Referente a su contenido cúpleme manifestarle que el día 5 por la tarde estará una comisión de padres de familia para recibir en Tarnes a la Delegación de la Institución lamentando en lo infinito el no poder enviar caballerías a causa de la gran cantidad de nieve que hay desde la collada Llués a la collada Tarnes. Como verá es una fuerza mayor [...] si esa comisión se decidiese a venir a pie en parte del camino y otra en esquíes pues no vemos por nuestra parte otros medios de locomoción.

En nombre mío, en el del Señor Maestro, en el de los padres de familia, en el del Alcalde de Barrio, en el de los



Niños y pueblo en general; les exponemos que no hallamos frases para corresponder y agradecer las muchas atenciones a que somos deudores los hijos de un pueblo ignorado por todos menos por Dios nuestro Señor y en su nombre por el Bienaventurado Grupo de Montañeros "Vetusta". Cuya vida, salud y suerte guarde Dios muchos años; para alivio, provecho honra y satisfacción de un pueblo ubicado en un desierto e ignorado del general sentir de la mano del hombre".

En la excursión del 6 de enero participarían los montañeros que figuran en la relación adjunta, en la que se indica incluso el asiento asignado a cada uno en el autobús.

El por entonces joven periodista Diego Carcedo, natural de Corao (Cangas de Onís), acompañó a los vetustos en su día de Reyes en Vallemoru (y repetiría con entusiasmo en ocasiones posteriores). De varios de sus artículos publicados entonces en La Nueva España, acompaño algunos datos más:

GRUPO DE MONTAÑEROS "VETUSTA"
RELACION DE POLA DE SIERO

-----oficio-----

RELACION nominal de las expedicionistas que se trasladaron a TALARAN (Valle Moro), y expresan el nº de asiento de cada uno de ellas

1.- AUGUSTO ABR	19.- SANTIAGO BERNIZO
2.- T. A. B. O.	20.- FERNANDEZ OGBIA
3.- FELIPE	21.- LEONARDO PIRAO
4.- ESTELA (ARROVIANA)	22.- ESTELITA BUCIA
5.-	23.- FELIX BACON
6.- JOSE TORRES	24.-
7.-	25.- JUAN VILLO
8.-	26.- ROSA VALDEA
9.- GARCIA (DELEPORCO)	27.- DOMINGO OLIVERA
10.- TALARAN	28.- DE LUIS (DE LUIS)
11.- LINDO OCHOA	29.- DE V. VILLO
12.-	30.- ANTON DE VILLO
13.- JOAQUIN MARIA BARRERA	31.- FERNANDO
14.- GERARDO BARRERA	32.- DOMINGO BARRERA
15.- EMILIO CALDEIRA	33.- DOMINGO BARRERA
16.- ALBERTO	34.-
17.- SANTIAGO FIGUEROA	35.- JUAN DIEGO FIGEROA
18.- CLARA STARBURO	36.- MARCELA GRAZIA
37.- JUAN ANTONIO FIGEROA	

Reyes 1961

"Empresa original y bonita la de los montañeros de Oviedo, dejando ese día los zapatos puestos y saliendo de puntillas para acompañar a Baltasar al Valle del Moro, donde este verano un grupo de excursionistas se perdió al echárseles la noche encima y donde en ese pueblo recibieron una inolvidable prueba de hospitalidad, especialmente de los nueve niños que allí viven [...] Saldrá un autocar de Pola de Siero con montañeros a las cinco y media de la madrugada del día 6. La víspera, es decir, el día cinco por la noche, un reducido grupo irá a dormir a Taranas, para preparar la llegada de uno de los tres Reyes Magos".

"Caía un agua menuda y fría en la mañana, cuando el

viernes en su amanecida saludaba a Sus Majestades los Reyes Magos de Oriente un grupo de esforzados montañeros del Vetusta. Por encima, la nieve caída durante la noche ponía un manto blanco al cordal cantábrico, por delante se extendía el camino difícil e inseguro del Valle del Moro [...] Nueve niños esperaban impacientes la marcha forzada de los paladines de la ilusión [...] al frente Ángel Priede, el esforzado pongueto que supo llevarnos hasta las primeras casas del poblado".

"Fueron cinco horas muy largas de caminar entre la nieve que en algunos puntos sobrepasaba el metro de espesor [...] luego la hondonada oscura y cenagosa, de nuevo el camino pino y difícil de la subida [...] mientras llueve abajo, nieva en lo alto, y sopla el viento frío y húmedo. Nadie se queja [...] gritos de emoción cuando en un recodo se avistan las casas míseras de la aldea, chicas, oscuras, agazapadas bajo los repliegues del terreno y al socaire de las rocas, techadas casi siempre con tablas de troncos hendidos [...] Los niños esperan. Y con ellos los mayores, que visten la ropa del día de la fiesta. Al frente Melquiades Vega Álvarez, el hombre que vive para enseñar; un hombre gracias al cual, desde hace muchos años, Valle del Moro no ha dado al mundo ni un solo analfabeto".

"Van pasando los niños a recoger los camiones y los trenes, los aviones y las pelotas, los lápices y los libros, las bufandas y los guantes, los calcetines y las alpargatas, las muñecas y las cocinas y todas esas chucherías que por primera vez en la historia conocían los pequeños habitantes de una aldea asturiana [...] Primero las mujeres y después los hombres, todos van recogiendo paquetes de golosinas y cajas de cigarros, terminando el reparto con una bandeja de pasteles para cada familia, y un paquete de regalos que fue entregado al maestro para los alumnos más aplicados".

Sigue lloviendo. Volvemos por un camino diferente [...] ahora son piedras; luego un desfiladero impresionante, después el río turbio, impetuoso, que hay que vadear. El agua nos llega hasta por encima de las rodillas. Los hombres pasan a las mujeres. La mojadura es completa. Hubo varios chapuzones en el río. Uno, de verdadero peligro, al caerse una muchacha. Pero la oportunidad y el arrojo de un hombre, nuestro guía Ángel Priede, que se tiró al agua para salvarla, puso un final feliz a la labor realizada por los montañeros del Grupo Vetusta de Oviedo y su filial de Pola de Siero. Fue una jornada inolvidable. Maltrecho y agotado después de tan dura prueba, el cronista ruega sepan disculpar su torpeza a la hora de escribirla".



El siguiente día, 7 de enero, Don Melquiades, el maestro, escribe una carta al Grupo de Montañeros. Al final, tras su firma, añade la siguiente...

"Nota: Como un imperioso deber de gratitud, por el rasgo generoso de esa digna Institución, y en nombre de este pueblo, envío esta pequeña "Recitación", anheland

do sea examinada con detenimiento, por si procede su publicación".

No se publicó entonces en la Circular de Vetusta la "Recitación" de Don Melquiades. Pasados 57 años, y tras examinarla con detenimiento, creo que sí procede hoy su publicación (literal):



*“Desde Valle del Moro. Taranés”
“Recuerdo Histórico”*

Por Melquiades Vega Álvarez

Escalando las montañas, por sitios inaccesibles, y con la lluvia y el viento que parecía un imposible, llegaron los Montañeros del Vetusta, escoltando a nuestro Rey, su Majestad Baltasar, a traernos los Regalos, de su muy divina ley, a nuestro pueblo natal.

Del mismo modo, que aquellos conquistadores de América, que luchaban con el páramo, con las fiebres y las fieras; así nuestros montañeros, todos a una subieron por nuestras abruptas montañas, sin reparar en la nieve, en el lodo y en el agua, conquistaron un desierto que se llama Valle del Moro, para unirlo con honor a nuestra querida España. Aquí hay minas de cobre, de hierro, plomo y carbón, sin contar con la madera, que abunda en comparación, con las selvas más frondosas, que tiene cualquier nación. También hay un salto de agua, obra de naturaleza, una riqueza ignorada, que está muerta en esta tierra; todo por falta de amor a la patria y la bandera y por no tener Señor, una triste carretera.

Y para mayor honor de esta digna Obra magna, comparo yo al Sacerdote que honraba la Cabalgata a aquel padre de los Indios, el que en vida se llamaba nuestro mayor protector, Bartolomé de las Casas; cuya gloria tanto honró a nuestra querida patria, que por su persuasión y amor, tan solo él conquistó, más almas y más terrenos, que todos los demás juntos con preparativos bélicos, para unir a la corona de nuestra querida patria. No quisiera terminar sin hacer una alusión, de esas bellas compañeras, que honraban la expedición, con el fervor y grandeza de Agustina de Aragón. Para que no falte nada, en esta visita grata, vinieron corresponsales, tanto de La Voz de Asturias como de La Nueva España, directores incolumnes (sic) del pedestal de la patria.

Montañeros que sembraron el honor y la grandeza, no se olviden de este pueblo que los ama con fervor y con sincera entereza.

El valor de estos titanes no tiene comparación, que subieron por Taranés y bajaron por Semeldón. Estos grandes campeones de un espíritu inmortal son descendientes del Cid, Don Rodrigo de Vivar.

Para que no falte nada las gracias vamos a dar, ante inmensos sacrificios que hubieron de realizar, por traerles los Regalos a los vecinos de un pueblo que se encuentra ubicado en tan solitario sitio donde el debe no se ignora y el haber siempre faltó, en ausencia de la patria que nunca nos conoció, con éstos, y no con otros, nuestro deber es estar, éstos vienen a traer y otros vienen a llevar”.

Firmado:

*El Maestro particular de Valle del Moro
Taranés-Ponga Enero 7 de 1961*

Pocos días después, vuelve a publicar Diego Carcedo otro artículo sobre el maestro de Vallemoru. Este le ha enviado una carta, y en ella le habla de su vida:

“Una vida que comenzó hace más de 65 años en una aldea de Caso y que transcurrió de pueblo en pueblo, de caserío en caserío, de aldea en aldea. (...) Apenas si hace cuatro meses que llegó a Vallemoru. Vino por caminos difíciles (...) después de muchas horas. Tuvieron que ir a buscarlo los vecinos, él solo no se atreve. Una tarde llegó a la aldea, agotado tras el largo viaje, montado en un burro que le llevaron. Y empezó a enseñar. Sin encerados. Sin libretas. Casi sin libros. Pero los niños aprenden. Poco a poco, sentados en troncos de hayas y en piedras, fueron conociendo las letras, los números... las reglas sociales que un día emplearán por esos mundos (...). Regentó escuelas en Belerda, Bezanes, Pendones, Tarna, Orlé y otras

muchas de carácter puramente particular. En los cuatro meses que lleva en Vallemoru ha ganado dos mil pesetas. Son quinientas y la comida lo que le pagan al mes. Y desde entonces no salió de allí. En marzo volverá a su casa de Caso; los vecinos tendrán que ir a llevarle. Y marcha confiando en volver. Será dentro de varios años, cuando otros niños precisen de sus servicios. Y él volverá”.

¿Habrás vuelto Don Melquiades?

Me dicen que hace ya tiempo que en Vallemoru reina el silencio...

Don Melquiades con sus alumnos



Peña Santa de Castilla

Cayetano Rodríguez Arregui



Breve crónica publicada por nuestro compañero Tano en la Circular nº 56 de Agosto-Septiembre de 1964. En ella cuenta una escalada a Peña Santa formando cordada con Anselmo, otro recordado compañero del Grupo. Aunque fue realizada casi al final de la primavera, la nieve constituyó la mayor dificultad. El texto no aporta muchos detalles acerca de las vías seguidas, pero parece probable que ascendieran por la vía del Ojal y descendieran por la Canal Ancha.

Aún me parece imposible poder estar escribiendo este relato, sentado cómodamente en mi casa. Esta jornada en Peña Santa de Castilla fue lo más duro que hasta ahora he vivido en mi vida montañera. La verdad es que no soy demasiado veterano, pero sí lo suficiente como para recordar alguna efemérides hartamente comprometida. Sin embargo, ninguna como esta.

Mi amigo Víctor Anselmo venía importunándome hacía tiempo para que le acompañase a Peña Santa. De-seaba subirla antes de irse a pasar el verano en Monte la Reina. El día de la Ascensión nos pareció bueno para llevar a cabo la salida y allá nos fuimos. La verdad es que yo no las tenía todas conmigo, como suele decirse. Había estado en Picos el domingo anterior y sabía que era mucha la nieve allí existente. Mas, debido a la insistencia machacona de mi compañero, accedí a ello.

Salimos el miércoles a media tarde, en moto. Bueno, lo de siempre. Fallamos de bujía, etc., etc. Total que hasta las doce y cuarto de la noche no llegamos a Vega Redonda. Una cena rápida y a dormir. A las cuatro de la mañana sesión extraordinaria a cargo de un ratón, que logra despertarnos. Por lo visto, quería participar en algún concurso de Gallina Blanca, ya que se llevaba a su madriguera, arrastrándolo por el suelo, un sobre de sopa, que habíamos dejado sobre la cocinilla. Pillado in fraganti, huye a su escondite y no vuelve a molestarnos más, o al menos no nos enteramos. A las seis de la mañana ya estamos en pie, preparando el desayuno. Y a las siete en punto abandonamos el refugio. El día no puede ser mejor. Llampá Cimera tiene mucha nieve, que ya no nos abandonaría el resto del día. Por suerte no está demasiado blanda y se camina con relativa facilidad. La visibilidad es tan buena que nos detenemos de vez en cuando a contemplar el paisaje y sacar fotografías.

A las diez llegamos a la base. No me muestro muy partidario de subir, porque la nieve cubre buena parte de la ladera y sobre todo casi toda la vía central de ascenso de la cara norte. Se lo comunico a Víctor Anselmo que sufre una clara desilusión. Se le advierte un gran empeño en subirla por la citada cara. Elijo la chimenea de la derecha por considerarla más asequible y emprendemos la ascensión. Vuelve mi amigo a la carga y entonces, decidido a que compruebe por sí mismo la dureza de lo que pretende, cambio de ruta y prosigo por el centro, convencido, desde luego, de que pronto tendríamos que dar la vuelta. Las dificultades son enormes. Encontramos en nuestro camino muchas placas de hielo y se hace necesaria la talla de escalones. A mitad de camino parece que mi camarada está plenamente convencido de quién tenía razón. Pero entonces soy yo el que decide seguir por allí. La nieve ofrece seguridad y, aunque con dificultad grande, puede avanzarse. Hay un momento en que mi avance se ve interrumpido. No encuentro salida. Durante diez minutos busco una presa que me sirva para salir de aquel atolladero y al fin con ciertos apurillos puedo salir de aquella ratonera. Procuro trepar por la roca siempre que puedo, aun a costa de derivar un poco. Al fin, a las cinco y cuarto de la tarde coronamos la cima, si bien un poco a la derecha de donde se halla el buzón; al que no intentamos llegar. Tenemos por medio una placa enorme de nieve helada y salvarla nos hubiese llevado mucho tiempo, del que ya no disponíamos. Aún teníamos que bajar y además se veía aparecer la siempre inquietante niebla. En realidad el ob-

jetivo, que era coronar Peña Santa, estaba cumplido.

Acuciados por la amenaza de niebla, iniciamos el descenso, pero no por el centro, sino por la izquierda. El primer tramo no ofrece dificultad mayor. Luego nos metemos a un nevero empinadísimo, cuyo final es un paso estrecho y a la salida del mismo un talud impresionante y casi extraplomado. Nos pegamos a la roca y derivamos hacia la izquierda en busca de una chimenea que advertimos. La cosa se pone fea. Aquella única salida es hartamente comprometida. Hacia la mitad, aproximadamente, las presas para manos y pies desaparecen por completo y, por si fuera poco, la vía se estrecha y adquiere un extraplomado acentuadísimo. Parece que hay que desandar el camino y retornar a la cumbre para elegir otra bajada. Mis cavilaciones para hallar una solución de emergencia las interrumpe la expresión jubilosa de Víctor Anselmo: ¡una clavija! Efectivamente. Allí, a la altura del hombro, está clavada una estupenda clavija de rappel. ¡Gracias, desconocido amigo, que tuviste la feliz idea de colocarla allí. No te puedes imaginar lo que te lo agradecemos! Comprobamos la solidez, golpeándola con una roca. Está segura. No obstante, aseguro a mi amigo, por si acaso. Baja en un corto y rápido rappel y yo le sigo al poco rato. Al fin nos vemos sobre un nevero que conduce a la base. Nuestra alegría es desbordante. Sin embargo, no descuidamos las precauciones y ello evita que mi compañero rueda ladera abajo al pisar sobre una placa de hielo. Todo se redujo a un corto resbalón y el pequeño susto correspondiente. La cuerda, bien usada, solucionó el resto.

La niebla cubre ya el Jou Santu. Aceleramos el paso y, ya abajo, iniciamos una carrera, solo interrumpida en las subidas, que nos pone a las puertas del refugio a las ocho en punto. La visibilidad casi nula no representó obstáculo. Las huellas dejadas en la nieve al subir, nos guiaron con toda perfección. Fue una suerte.

Al cabo de otra hora de rápida marcha nos presentamos en el refugio de Enol. Lluve. La bajada de los Lagos es otra pequeña odisea. Apenas se ve y hay que usar el freno con demasiada frecuencia, por lo que no tarda en fallar. Es el alto de la "Huesera". Pie a tierra. Mi amigo se encarga de llevar la moto y yo cargo con las dos mochilas. A golpe de calcetín, arribamos a Covadonga a las once y media de la noche.

Calados hasta los huesos, sin probar bocado desde el desayuno y tras diecisiete horas de laboriosa andadura, ya podéis imaginaros nuestro estado. De pena. Decidimos quedarnos en Covadonga. Por cenar unos huevos fritos y unas chuletas de carne de ternera. No había más. No eran horas propicias para encontrar preparada una mejor cena en la Hospedería del Peregrino. Aún nos quedó humor para contemplar en la Televisión unos combates de boxeo. Luego caímos en la cama con tal gana que me parece que ya íbamos dormidos por el aire.

Para los que ya subisteis a Peña Santa es fácil haceros una idea de lo que representó esta subida, con sólo tener en cuenta que desde la base misma a la cumbre, empleamos siete horas y cuarto, sin descansar un instante. Hacerla con nieve me ha parecido durísimo. Ignoro si alguno del Grupo lo ha realizado. Pero si alguno piensa intentarlo, le advierto desde ahora que vaya bien preparado. Es difícil. El uso de la cuerda se precisa de modo continuo así como el del piolet. No está tampoco de más llevar alguna clavija. Luego un poco de decisión y ya está.

Y eso ha sido todo, compañeros. Hasta la próxima.



Aspecto invernal de la pared sur del Urriellu

Picu Urriellu en invierno

Cayetano Rodríguez Arregui

Crónica de nuestro compañero Tano sobre la invernal al Urriellu realizada el 19 de enero de 1964 por Carmina Suárez y Jaime Álvarez, socios del Grupo, en compañía de Epifanio. Fue publicada en la Circular nº 53 del mes de mayo de 1964

Gracias a la gran amistad que me une a Carmina y Jaime, pude sacarles de su natural reserva y enterarme de los pormenores de una de sus últimas salidas, de gran relieve. Escalar el Naranjo de Bulnes en pleno mes de enero no es una bagatela precisamente. Y si otras escaladas de bastante menos envergadura se airean, a bombo y platillo, recargadas en muchos casos de un sensacionalismo barato, que perjudica notablemente la limpia trayectoria del montañismo bueno, no vamos a dejarnos ganar la partida, cruzados de brazos. Por eso quiero que os enteréis de esta hazaña, que sí es de las que merecen comentario.

No es raro que Jaime soñase a menudo con el "Picu". En la pared, frente a su cama, tiene una fotografía, de gran tamaño, que lo representa. Su vista continua fue lo que le movió a escogerlo para la escalada, a pesar del respeto que le infunde; sobre todo a partir de la pequeña peripección que en sus paredes le ocurrió el pasado octubre. Omito los detalles, porque de todos son ya conocidos. Casi ni comenta con los amigos la idea. Teme escucharles el que desista de su locura, pues seguro que así lo catalogarían. Sin más, prepara cuidadosamente el equipo y material necesarios para los dos, pues, naturalmente, no puede falta a su lado la decidida y extraordinaria Carmina, un tanto enfurruñada, porque hasta la última hora no se había admitido su participación en la empresa.

Con enorme optimismo deseando que el tiempo continuase como hasta entonces, salen el 18 de enero para hacer noche en Bulnes. Hasta Poncebos les lleva la vetera-

nísima moto de Jaime, que ya debe saberse de memoria todas las retorcidas carreteras de montaña de Asturias. En casa de Sara, que es la de todos los montañeros españoles y extranjeros que visitan los Picos, pues su hospitalidad es internacional, saludan a viejos conocidos.

- ¿Van al Picu?

Carmina complace su curiosidad y deja tras de sí caras perplejas. Nadie lo cree. Preguntan por Epifanio. Está arriba, les responden. Con un "hasta luego" se despiden y salen a buen paso. No hace falta. Es temprano. Sin embargo, el deseo de verse con el gran amigo Epifanio les acucia y hace acelerar su andar. A pesar de haber tratado poco a este singular bulniego, el formar con él cordada para escalar la cara norte de la Aguja de los Martínez, les unió en la amistad para siempre.

Empapados de sudor, por la prisa y el peso de las mochilas, sorprenden a las gentes de Bulnes, poco acostumbrados a ver por aquellas épocas a "turistas", apelativo común con el que señalan a todo visitante forastero. La acogida, como siempre. Estos buenísimos bulniegos no saben hacerlo de otra manera. Ya se sabe; lo primero la taza de café, luego tienes que comer, si no quieres verles

Escaladores en la cumbre



enfadarse y, por último, en el colmo de la amabilidad, son capaces de irse a dormir al pajar con tal de cederte hasta su propia cama. ¡Qué magnífica es esta gente!

La esposa de Epifanio adivina pronto, con su intuición femenina, el motivo del viaje, sobre todo en cuanto ve aquel despliegue de material. Huelga decir que considera inútil la tentativa. Subir al Picu en aquella fecha es imposible. ¡Cualquiera le convence de lo contrario! Teme por su esposo, como cada vez que nos ve llegar en su busca, con las cuerdas a la espalda. Se queda más tranquila cuando Jaime le asegura que sólo quiere echarle un vistazo de cerca, para ver cómo está en invierno.

(A partir de aquí, Tano deja paso al relato del propio Jaime)

“Advertimos claramente el respeto instintivo que estas gentes le tienen a la nieve. La enorme seguridad con que se desenvuelven sobre la roca, se convierte en vacilante duda al pisar sobre la nieve. En realidad, no es que les falte valor, sino técnica y material adecuado para moverse sobre ella. Dejo todo preparado y nos acostamos, deseando ver ya el nuevo día para acometer la empresa.

Siete de la mañana. Un sorbo de café caliente y andando. El termómetro señala cero grados. Pasa una nube negra que deja caer unas gotas frías, pero no lo suficiente como para enfriar nuestros ánimos. Solo Epifanio arruga el entrecejo y suelta un “¡malo!” que indica ligera contrariedad. Como contrapunto, avivamos el ritmo en el andar para sacudirnos el frío mañanero. Tres grados bajo cero por Balcosín y al fondo el Naranjo, iluminado ya por el sol. Manchas de nieve en los canalizos. La canal de Camburero, tan dura como siempre. En las cabañas reponemos fuerzas, en condiciones, porque me pilla la hora. La nieve cubre ya todo a nuestro alrededor. Cruzamos el canalón del Jou Lluengu y lo remontamos por la izquierda. Las otras partes están impracticables. Flanqueamos las torres de Carnizoso. La canal de la Celada ofrece un aspecto impresionante a causa de la nieve acumulada. Hay que calzarse los crampones. Son cerca de las doce y nieva suavemente, aunque cesa pronto. ¡Zas! Crampón que se me rompe y se va canal abajo. Por fortuna frena pronto. Casi

dos horas de camino Celada arriba y al fin en el Jou Tras el Picu. Sudamos a pesar del frío intenso. ¡Qué subidita!

Epifanio, con esa facilidad tan suya, trepa ya hacia la primera plataforma. Le sigo y Carmina hace de farolillo rojo. Encuentro dificultades en la ascensión, debido a las botas, que resultan inadecuadas. Un resbalón de vez en cuando me pone en estado de alerta continuo. No hay temor. Voy bien asegurado. Ya en la cuarta plataforma observamos una niebla densa que avanza hacia nosotros desde el sur. Tapa pronto la Torre del Oso y los demás picos que tenemos enfrente. Esto y los cuatro grados bajo cero que marca el termómetro nos inquieta un poco. Pero hacemos de tripas corazón proseguimos. Paso a primero de cuerda, por desenvolverme mejor en la nieve. Hasta aquí todo ha sido relativamente normal; no obstante, ahora echamos de menos el material dejado en la base. Solo veinte metros para pisar la cumbre. Pero en medio una placa de hielo que nos infunde respeto acentuado. La atacamos con un pitón largo por todo auxilio, en caso de resbalar. Poco a poco y con muchas precauciones logramos remontar el difícil paso y nos fundimos en un estrecho abrazo sobre la cima. Cuatro de la tarde. La emoción del momento es intensa, queda recortada por el pensamiento de lo que nos espera para descender. Tarjetas, firmas y abajo. Enorme precaución hasta llegar a la primera clavija, a la que despojamos del hielo para iniciar el “rappel”. Dirige Epifanio. Con cuatro nos basta para llegar abajo. ¡Qué ganas teníamos! Entonces sí que damos rienda suelta a la emoción. A Carmina se le escapan las lágrimas. ¡Eterno femenino!

El fulgor de la nieve es suficiente para descender por la Celada. Cuando entramos en Bulnes es noche cerrada. Allí culminaban trece horas de laborioso empeño puesto en la hazaña. El triunfo endulzaba todos los sinsabores pasados en la jornada”.

Y así, de manera tan sencilla y concisa termina Jaime su relato. Yo no quiero añadir nada. El hecho tiene quilates de sobra para resaltar por sí mismo. Me limito a transcribirlo, pues de lo contrario, dada la sencillez y modestia de esta pareja simpática de infatigables montañeros, no hubiese llegado a vosotros.





CUIDAREMOS DE LA SALUD

BUCODENTAL

de toda la familia



González Tuñón

Centro Estomatológico

Con este equipo saldrás ganando!

¡FINANCIACIÓN A SU MEDIDA! Cardenal Cienfuegos, 8, Oviedo. T. 985 25.77 75 / 985 96 61 34 www.centrogt.com



La aventura de cinco asturianos en la conquista del Monte Kenia

La Nueva España

En agosto de 1985, una expedición del GM Vetusta formada por cinco escaladores emprendió viaje a Kenia con la intención de abordar importantes vías de hielo y roca en la cima principal del país, el Monte Kenia, de 5.199 m de altura. Los éxitos logrados fueron grandes y de ellos se hizo eco la prensa local. Hoy queremos recordar dos artículos publicados en “La Nueva España” del 10 de noviembre de 1985 que reproducimos acompañados de imágenes facilitadas por los componentes de la expedición. Como detalle anecdótico, hay que mencionar que algunos tramos de la famosa vía de hielo que escalaron, el Corredor del Diamante, se desmoronaron o fundieron posteriormente, por lo que desde principios de los 2000 esta ruta se considera inescalable en sus condiciones originales. Además del Corredor, los expedicionarios lograron hacer la Scott-Braithwaite, la Easten Grove, y la vía Chouinard al Mitget Pack. Sus actividades llegaron a oídos del Club Alpino Keniata (integrado principalmente por residentes británicos), quienes transmitieron al equipo asturiano su cordial felicitación. El reportaje publicado en La Nueva España hace 32 años comenzaba con unas palabras de introducción del propio del periódico que reproducimos igualmente aquí.

Pared sur del Monte Kenia, con sus dos cimas. El Corredor del Diamante es la gran línea de hielo que desciende desde el collado entre ambas cumbres

Un rebaño de cebras corriendo libres por la sabana; una tribu de guerreros masais armados con sus lanzas son algunas de las imágenes de los spots publicitarios con que se muestra a los occidentales la cara más visible de Kenia. Sin embargo, este país africano, exótico y atractivo, es mucho más que todo eso, porque este es un país complejo, encrucijada de culturas que le han dado un carácter especial, clave de su atractivo.

Recientemente, hace algunas semanas, cinco montañeros asturianos –uno de ellos por afecto– han logrado el reto de coronar el monte Kenia, en el que se produce la curiosa situación de que mientras la cara sur se encuentra en condiciones invernales, la norte vive clima primaveral dentro del período de la temporada seca, de junio a octubre, mientras que el fenómeno contrario se produce entre las Navidades y marzo. El monte Kenia tiene dos cumbres diferenciadas: Batian, de 5.199 metros, y Nelion, de 5.166, separadas por una enorme grieta glaciar, denominada “Corredor del Diamante”.

El grupo expedicionario asturiano al monte Kenia estuvo compuesto por los siguientes montañeros: Eduardo Martínez, 22 años; Alberto Cabrero, 30 años; Jorge Malgor, 21 años; Robin Walker, inglés residente en Oviedo, 31 años, y Miguel Ángel Andrados, 34 años. Ellos han logrado una importante hazaña y, como recuerdo de su ascensión, dejaron en la cima una bandera de Asturias. Ahora, recién llegados a casa, han escrito su aventura africana, tanto desde la vertiente técnico-deportiva como desde la puramente turística, si es que puede hablarse de turismo en una expedición de este tipo. El relato de la aventura puramente viajera ha sido realizado por Robin Walker en castellano, lo que añade atractivo a la narración, a la que hemos respetado la frescura de la espontaneidad del montañero inglés afincado en Oviedo.

Primeras impresiones

Robin Walker

¿Cómo empezar? Con un viaje tan largo y una aventura tan completa, se me hace difícil. Podría hacerlo con el viaje en autocar a Bilbao pero todo el mundo sabe ya lo penoso que es. Podría hacerlo con el vuelo y nuestra corta, aunque agradable estancia en Londres: Big Ben, Trafalgar Square, el pub y la cerveza inglesa que tanto gustó a Eduardo.

Podría empezar en cualquiera de estos sitios, pero no lo haré porque, para mí por lo menos, la cosa no comenzó de verdad hasta estar en Nairobi; o más bien hasta subir a la furgoneta que nos llevaría al pueblo de Naru Moru y, en última instancia, al Parque Nacional de Monte Kenia. La furgoneta la contratamos en lo que fue una pequeña aventura en sí. El lunes por la mañana bajamos a la ciudad Miguel y yo en busca de una empresa de transportes dispuesta a cubrir los 200 kilómetros que nos separaban del Monte Kenia. Encontramos una calle donde se concentraban taxis y “matatus”, una especie de transporte público de corta y media distancia cuya competencia se basa en

ver cuántos pasajeros se puede meter en cada furgoneta sin que esta reviente. La calle, Accra Road, no era como las otras de la moderna zona central de Nairobi. Notamos el cambio nada más entrar, pero hasta llegar al final no nos dimos cuenta en qué consistía la diferencia. Sin querer, habíamos entrado en un área exclusivamente africana. Por allí no solían pasar los blancos.

Adornados como árboles de Navidad, con cámaras y toda esa impedimenta obligatoria del turista, encajábamos allí como los Reyes Magos en Semana Santa. Todo el mundo parecía mirarnos, unos asomados por las ventanillas de los coches, otros sentados en los parachoques de sus vehículos y muchos apoyados en las puertas y columnas de las tienduchas que nos rodeaban. Tuve la sensación de ser el primer blanco en pasar por allí en 10 años. Eché una mirada rápida a Miguel. Su expresión de asombro me confirmaba que él tampoco se encontraba cómodo.

Razonamos la situación y, sin hacer nada que pudiera centrar la atención aún más en nosotros, dimos la vuelta y bajamos por el mismísimo centro de la calle, aguantando como podíamos las terribles ganas que teníamos de echar a correr. El mismo día por la tarde, volvimos desprovistos de los adornos del turismo y respaldados por los otros miembros de la expedición. En lo que fue una instructiva y entretenida sesión de regateo, contratamos un vehículo,

Alberto, Eduardo y Jorge a punto de comenzar el viaje





Robin y Alberto ante la montaña

quedando con el conductor en que nos recogiera en el YMCA (Young Men's Christian Association) al día siguiente a las 9 de la mañana. El resto del día pasó en un caos de mochilas, comida y material de escalada: los 250 kilos que teníamos que subir a la montaña para abastecer nuestra estancia.

Los viajes en avión siempre han resultado algo fantásticos para mí. El hecho de cruzar medio mundo sin esfuerzo alguno me hace difícil asimilar la realidad de un vuelo aunque, por supuesto, supe nada más bajar del avión en Nairobi que ya no estaba en España: el mar de caras negras no te deja otra interpretación. No obstante, los cuatro días en la capital keniana poco hicieron para convencerme de que participaba en una expedición montañera y, sólo cuando llegó John, nuestro conductor, sentí por primera vez esas ligeras cosquillas en el estómago que me suelen indicar que se acerca algo emocionante.

John llegó temprano al YMCA, cosa que no volvió a producirse durante toda nuestra estancia en África donde, a nuestro ver, el concepto de "mañana" se ha desarrollado hasta extremos que oscilan entre lo frustrante y lo desesperante. Llegó temprano pero en seguida habíamos metido las mochilas, los petates y una amplia gama de cajas de cartón en la parte trasera de la furgoneta. Nos había salido bien el negocio el día anterior porque nos habían mandado su mejor vehículo, un Nissan, y su mejor conductor.

Cuando por fin todo estaba listo, sacamos algunas fotos del grupo, nos despedimos de los otros españoles que había en el YMCA, subimos al Nissan y John lo puso en marcha.

Era un día perfecto y fuimos rápidamente dejando atrás los barrios y las afueras de la ciudad con sus casas tipo chalet tan obviamente inglés en origen. Pasamos cerca del cuartel general del Ejército y pasábamos al lado de las obras para la nueva autopista al norte cuando, de repente, subiendo la cumbre de una loma, vimos por primera vez la montaña que tanto nos obsesionaba. En ese momento más de 150 kilómetros nos separaban de la doble cumbre del monte Kenia, pero eso no podía impedir que viésemos con toda claridad la montaña entera, con sus nieves y rocas, sus crestas y cimas. Se elevaba por encima de los valles y llanuras que la rodeaban de forma majestuosa, y la gran pluma blanca de nubes que la adornaban al oeste sólo servía para aumentar su esplendor. Sacamos fotos, pero fue inútil porque no hay máquina inventada capaz de captar momentos como aquel y, después de varios intentos con filtros y teleobjetivos, nos dimos por vencidos y emprendimos el viaje de nuevo.

Conducir por Kenia es un gran arte. Las carreteras han sido buenas pero ya no lo son en su mayoría. Los bordes han sufrido más que el centro y se caracterizan más por sus baches y reparaciones que por cualquier otra cosa. Esto da lugar a un estilo de conducir que tiene en gran aprecio la franja de carretera buena a cada lado de la raya central, lo cual no tiene mayor importancia cuando el tuyo es el único vehículo en ruta. De hecho pasamos ratos agradables rodando por el centro del asfalto. Las dificultades surgen cuando se presentan otros coches y, especialmente, cuando viajan en sentido contrario. Si el



La pared este del Monte Kenia



Abrados en la vía Scott-Braithwaite



otro es más pequeño no hay problema y sigues sin cambio alguno, pero cuando ese otro vehículo es un autocar o camión, parece prudente apartarse. El arte del que habló antes consiste en cómo se efectúa la maniobra. Normalmente se hace con una serie de gestos exagerados con el volante, los cuales, por supuesto, se llevan a cabo en el último momento. El resultado es verte primero morir bajo las ruedas del camión, para acto seguido morir por segunda vez cuando tu coche se lanza al barro al ceder terreno.

Por último, una serie de maniobras desesperadas devuelven el vehículo a tierra firme y puedes seguir con el viaje. Como se ve claramente, en realidad no pasa nada y, después de tres horas de viaje, interrumpido solo por alguna que otra excursión campestre, llegamos al pueblo de Naru Moru.

Hay que decir que si no fuera por el Monte Kenia, Naru Moru no tendría ninguna importancia, situada como está entre Nyeri y Nanyuki, dos centros comerciales de cierta categoría. Es más, si no fuera por los enormes carteles anunciando la entrada al Parque Nacional, sería muy fácil pasar al lado del pequeño pueblo sin darte cuenta de que existe. Las pocas construcciones que hay se esparcen por una llanura seca y desolada; las más pobres, de adobe con techos de paja; otras, de madera al borde de la carretera; las centrales e importantes, de ladrillo y chapa oxidada. De los pórticos de algunos edificios cuelgan una

Jorge en la vía Easten Grove de la cara este



variedad de viejas placas de acero ofreciendo una serie de productos nacionales e internacionales como zapatos, bolígrafos y aspirinas. Están hechas en el más puro estilo de los años 50, pero los letreros pintados más arriba en las paredes, anunciando servicios como "Gasolinera de Turistas", "Hotel de Turistas" y "Hotel y Carnicería de Turistas" (¡!), indican que esta gente se ha puesto al día.

Por desgracia y a juzgar por el triste espectáculo que presenta el conjunto, sus aspiraciones al dinero fácil del turismo no se han visto realizadas y después de comer el plato único del restaurante (¡de turista!) pasamos al lujo del Naru Moru River Lodge. La guía nos indicaba que allí era posible alquilar los porteadores y vehículos todo terreno necesarios para efectuar el último tramo motorizado del viaje. Reinaba otro ambiente en el "River Lodge", todo limpio, todo ordenado y todo carísimo.

El corredor del diamante

José Alberto Cabrero

Hace algunos años que escuché, por primera vez, hablar del Monte Kenia, con su impresionante corredor de hielo de cascadas verticales, y trataba de imaginarme cómo sería su escalada. Ahora ya lo conozco y puedo hablar de él y de su corredor. ¡El sueño se hizo realidad!

Todos nos imaginamos África como un país lleno de misterio y aventuras, con sus selvas repletas de animales y con sus gentes y culturas pintorescas. Después de un año entero de preparativos buscando subvenciones y patrocinadores para poder realizar esta aventura, recopilamos una información muy completa del Monte Kenia: sus características, su clima, sus dificultades, sus itinerarios, etc., y una vez allí, comprobamos que su singular belleza, alzada en solitario en una inmensa sabana, completamente rodeada de selva y, en su cara Sur, atravesada por el famoso Corredor del Diamante, a pesar de resultarnos familiar, no dejaba de sorprendernos y admirarnos.

Nos planteamos la actividad del Corredor del Diamante por ser una de las escaladas más interesantes en hielo. A pesar de los datos que teníamos, la dificultad de esta escalada no se podía precisar con exactitud, pues al ser un itinerario en hielo sus condiciones cambian todos los años. Nosotros tuvimos suerte, por encontrarlo en unas condiciones inmejorables.

En el campo-base suena el despertador a las 3 de la mañana. Me cuesta trabajo levantarme. Tengo sueño y un frío terrible y pienso lo bien que estaría en mi casa a salvo del frío y de las incomodidades. Pero la escalada es un veneno que se lleva dentro y que te hace salvar todos los inconvenientes en su afán por practicarla, sobre todo al encontrarme en Kenia, ante la perspectiva del Corredor del Diamante.

Salgo del saco sin pensarlo más y me voy vistiendo. Mi mente empieza a repasar la noche anterior por si metimos

todo el material necesario: guantes, clavos, empotradores, etc. Un olvido puede darte un susto y pasarlo mal en la pared.

Empiezo a escuchar voces en susurros que me indican que mis compañeros se están levantando y lo que más oigo son quejas por el frío que hace.

Preparamos un desayuno potente. Hay que comer bien, porque no sabemos cuánto tiempo tardaremos en comer otra vez. Después, metemos todas las cosas en la mochila y emprendemos el acercamiento, pues estamos acampados justo debajo del Corredor, en una explanada

llamada América Camp, a hora y media de la base del Corredor.

La noche es misteriosa y brillante. Trato de identificar algunas estrellas pero se hace difícil porque el cielo me es totalmente nuevo ya que estamos en el Ecuador y lo único familiar es la Vía Láctea, tan inmensa. Por un momento pienso que si la sigo llegaría a mi casa, ahora tan lejos... Vamos caminando en fila con la luz de los

El Corredor del Diamante





Dos momentos de la escalada del Corredor del Diamante



frontales. Estamos contentos; bromeamos y hablamos de cosas sin importancia y, aún así, me siento inquieto como siempre que voy a escalar algo desconocido y el Corredor del Diamante es una escalada casi totalmente en hielo y con mucha fama. Para tranquilizarme me pongo a repasar mentalmente el itinerario a realizar, compuesto por dos largos claves: mi primer largo con 75 grados y el último largo con 90 grados de inclinación. Los demás largos están entre los 60 y los 70 grados de inclinación. Llegamos a la nieve. Estaba muy dura y nos pusimos los crampones. Es esos momentos empezaba a despuntar el día y llegamos debajo del Corredor al amanecer. Preparamos el material y nos encordamos. ¡Empezábamos a escalar!

El primer largo lo encontramos con un hielo excelente y así continuaría durante toda la escalada. Un largo de 45 metros a tope y reunión en roca. 75 grados de principio a fin usando la técnica del piolet tracción con la que se avanza con una cierta seguridad. (El piolet tracción es una técnica de escalada en hielo relativamente moderna, ya que se empezó a usar en Escocia hace unos 17 años aproximadamente. Consiste en emplear dos piolets, uno en cada mano, y con ayuda de pies y manos se pueden salvar pendientes de 90 grados e incluso extraplomos).

Después del primer largo, la inclinación cede y la escalada se hace más cómoda. Se salva un resalte de 70 grados y aparece el Headwall, donde la inclinación se hace más fuerte y los movimientos más técnicos. Se llega al último largo del muro con 90 grados alucinantes. Es realmente bonito ver a mis compañeros avanzar en ese tramo y disparo mi cámara para plasmar esos momentos.

Al salir del Headwall se coge una rampa de 45 grados que lleva a la Brecha de las Nieblas. La vista es muy hermosa porque estamos entre las dos cumbres de la montaña: la Nelion (5.188 metros) y la Batian (5.199 metros).

La noche se nos echa encima y los últimos metros los hacemos en plena oscuridad. Nos sentimos muy felices y satisfechos y mientras recogemos el material comentamos los detalles de la escalada y todos coincidimos en que ha sido una experiencia muy interesante.

En la cumbre Nelion hay un refugio vivac; una especie de cajón metálico donde nos acomodamos pues estamos cansados y hambrientos. Devoramos la comida que llevamos y mientras afuera hace mucho frío, dentro nos damos calor.

Dentro de mi funda de vivac, mi mente viaja lejos del Monte Kenia. Me acuerdo de mi familia y amigos que, con su estímulo y comprensión, me han ayudado a realizar esta aventura y no me olvido de toda la gente que confiando en nosotros como personas y deportistas nos brindaron su apoyo. Con estos pensamientos me duermo.

Nos levantamos cuando sale el sol. El panorama es impresionante con la selva y la inmensa sabana que se extiende hasta el horizonte. Me siento afortunado de poder estar en la cumbre y sé que no olvidaré nunca este momento.

Preparamos un desayuno frugal y nos disponemos a bajar, no sin antes hacer las fotos de rigor en la cumbre. La bajada se realiza en 14 rapeles que constituyen un descenso bonito e interesante. Y así llegamos sin ningún contratiempo al campo base.

Esta vía fue abierta por Zinder-Mothege el 4 y 5 de octubre de 1973. Dos años después Chouinard y Covington abren el muro llamado Headwall haciendo este itinerario más directo e interesante.



El Grupo Vetusta y el Urriello

Francisco Ballesteros Villar

La creación del Grupo Vetusta estuvo íntimamente relacionada con el Naranjo de Bulnes. El estallido de la guerra civil impuso una forzada paralización de las escaladas al Picu. En dicho año 1936 se registran en el Libro de la cumbre tres ascensiones. El 13 de julio subieron los peñalaros Enrique Herreros, Juan Bautista Mato y Silvino Ronda. Su emocionada despedida al término de la escalada y de su excursión por los Picos de Europa tuvo un especial significado pues combatieron en bandos opuestos. Silvino formó parte del Batallón Alpino que defendió Madrid por el flanco del Guadarrama y los otros dos lo hicieron con el ejército nacional. Los tres se reencontrarían años después y reanudaron su vieja amistad y sus actividades montaÑeras. A finales de ese mes, tuvo lugar la ascensión del vasco Antonio Díez y el 3 de agosto la de Francisco González, de la Sociedad Deportiva Excursionista. Ninguna otra noticia ha quedado registrada durante los años de la guerra civil.

A su término, la primera subida registrada fue la de los peñalaros Leonardo Dangers Nichols y Santiago Fernández Ruau el 16 de julio de 1940. Advertirá el lector que siempre hacemos referencia al "registro" de las subidas y es que todas ellas quedaron recogidas en los libros que sucesivamente fueron depositados y renovados en la cumbre por la Sociedad Peñalara. Pero Leonardo y Santiago bajaron el libro sin conocerse la razón de ello y que fue repuesto posteriormente. Como consecuencia, no aparecen documentadas otras escaladas durante ese año, aunque Juan Tomás me aseguró en una de nuestras múltiples conversaciones que Alfonso y él lo hicieron en varias ocasiones sin poder recordar fechas ni participantes.

Lo mismo ocurre con las que se efectuaron en 1941 y 1942. Sin embargo, pude averiguar que, al menos, en agosto de 1941 subió Alfonso guiando al alemán Gerhard Lepiorz y que en 1942 lo hace el 25 de julio con su herma-

Julián Martín y Alfonso Martínez en Camburero (1935)



Horacio Rivero y Alfonso Martínez en la cumbre (1942)

no Miguel, José Ramón Lueje y Pío Canga, y después, en distintas fechas, con Julio Isusi Delgado, de la Sociedad Deportiva Excursionista, con el peñalero Eduardo Rodríguez Matía, con varios catalanes que participaban en el IV Campamento Nacional de Alta Montaña que coincidió con la inauguración del refugio Diego Mella en Collado Jermoso, y con los santanderinos Fernández Mariñas y Simón Isasi, del Club Alpino Tajahierro.

Estas referencias históricas evidencian que eran contadísimas las escaladas al Urriello y que su subida se tenía como una hazaña montaÑera excepcional. Por ello, cuando en septiembre de 1942 el inquieto y activo montaÑero ovetense Horacio Rivero subió con Alfonso, la noticia se extendió y fue celebrada en los ámbitos montaÑeros de entonces. Hasta tal punto que Francisco Alonso García convocó a una comida de celebración que tuvo lugar el 16 de noviembre de 1942 en los salones de la confitería Machado, en la calle Jesús, de Oviedo, que reunió a una

gran cantidad de montañeros y amigos. Al final de la comida, se entregó un presente a Horacio Rivero y, al hacer el ofrecimiento, Francisco Alonso expuso la conveniencia de crear en Oviedo una asociación de montañeros. Téngase en cuenta que desde hacía años un grupo de amigos salía al monte como actividad complementaria del Orfeón Ovetense porque no existía sociedad propiamente montañera en Oviedo.

La sugerencia no cayó en campo baldío e inmediatamente comenzaron a reunirse unos pocos montañeros en la rebotica de Juan José Collado, gran amante de la naturaleza e instigador constante de la creación del proyectado grupo montañero. Por fin, el 24 de marzo de 1943 tuvo lugar la asamblea constitutiva en el Salón Babel, que a la sazón existía en donde hoy está el edificio nº 2 de la calle Cervantes (en donde tengo mi domicilio). Se eligió la siguiente directiva: presidente, Francisco Alonso García; vicepresidente, Juan José Collado Solís; secretario, Ramón Martínez Fernández; vicesecretario, Jaime Peón de la Vega; tesorero, Horacio Rivero Álvarez; y vocales, Antonio Fernández Tuñón, Francisco Ruiz Tilve y Juan Luis Cabal Valero. Se adoptó un emblema que reproduce la imagen del Naranjo. Horacio pronto se hizo cargo también de la

secretaría, que desempeñó hasta su sentido fallecimiento en diciembre de 1947. En su memoria se acordó grabar la inscripción que se encuentra en la gran roca central de Vega La Piedra, en el camino de Enol a Vega Redonda. Cuantos vetustos pasen por allí y vean la inscripción tengan un recuerdo o una oración para él.

Hemos citado al grupo de amigos del Orfeón Ovetense que salían a recorrer nuestras montañas. Ello me obliga a narrar un acontecimiento que puede considerarse como el antecedente o la prehistoria del Vetusta. Alfonso, hijo del gran Víctor, fue el primero de los once hijos (más un sobrino que apadrinó Víctor al quedar huérfano), a los que cuidó cuando falleció el padre el 23 de enero de 1930 a los cuarenta y ocho años. A todos ellos los inició en la escalada y, ¡cómo no!, en la ascensión del Urriello. A Julio (quinto hermano) le tocó ese bautizo el 4 de agosto de 1935. En la Vega de Urriello se encontraron con la excursión de los montañeros del Orfeón Ovetense, a los que invitaron a que se sumaran a la ascensión diciéndoles: "nos vamos a aburrir los dos solos; queremos compañía". Sólo uno se decidió, nuestro queridísimo y recordado Julián Martín Arroyo, que comentó: "Si ningún ovetense escaló el Naranjo, lo haré yo". Téngase en cuenta que si bien nació en Villaumbrales (Palencia), él siempre se consideró un ovetense puesto que aquí vino a los siete años de edad. Subieron y bajaron destreando por el Paso Horizontal. Fue uno de los que formaron el recién nacido Grupo Vetusta y su vinculación fue intensísima y total. Llegó a ser el escalador vivo más antiguo del Urriello. Falleció el 16

Vetustos en la cumbre del Picu en 1950. A la izquierda, Luis Arana, Jesús Suárez, y Alfonso Martínez. A la derecha, Juan Tomás y Jesús Quintanal



de febrero de 2006. Un emocionado grupo de vetustos llevamos sus cenizas hasta el Mirador de Ordiales.

Volvamos a la historia de las primeras ascensiones del Grupo Vetusta. El 5 de septiembre de 1943, aprovechando una colectiva a la Vega de Urriello subieron Horacio y Luis Pascual con Alfonso. A la vuelta, todos los excursionistas pararon en Bulnes para ofrendar un homenaje a Luis Martínez, El Cuco, primer fallecido en el Naranjo, en el humilde cementerio de ese pueblo. Hemos de decir que hasta ese momento El Cuco no había recibido un homenaje por el trágico final de su aventura, y fue el Grupo Vetusta el primero que se lo rindió. Alfonso guio también en 1944, utilizando la Vía Directa, recién abierta por él y su hermano Juan Tomás, a los vetustos Agapito Casado, Valentín Álvarez, José Pidal y Ramón Martínez Covisa.

El 17 de septiembre de 1946 Julián Martín volvió a subir con el consocio Miguel García, que trabajaba en Deportes Isa, y con Alfonso; y en 1947 lo hizo con el arquitecto y vetusto Leopoldo Escobedo y llevando a Juan Tomás como guía.

En 1948 se registra la importante subida para el Vetusta de su entonces presidente Jesús Quintanal Ruiz de Mendarozqueta, de Luis Rodríguez Arana y Jesús Suárez Valgrande Díaz, acompañados por Félix Rojo, de Cordiñanes, y guiados por Alfonso y Juan Tomás. Aparece así en nuestra historia una de las personas que tuvieron un gran protagonismo en el desarrollo del deporte en Asturias: Chus Valgrande, que había representado a España como esquiador en las pruebas olímpicas celebradas en Alemania en 1936 y que después fue durante muchos años Delegado Provincial de Deportes y creador de la estación invernal de Pajares.

El vetusto Liborio Martín subió al Naranjo con Alfonso el 21 de agosto de 1949 con sesenta años y ocho meses. Salieron de Casa Sara, en Poncebos, ascendieron y regresaron en el mismo día.

En el verano de 1953 programó Liborio una excursión por los Picos de Europa con su hija Carmen. Comenzaron en Covadonga y tenían previsto acabar en Casa Sara. Mientras recorrían la senda del Cares, Carmen pidió a su padre que la llevara al Naranjo. Él le dijo que lo harían si encontraban a Alfonso y dio la casualidad que Alfonso estaba en Casa Sara. Todos intentaron disuadir a Carmen de subir al Naranjo, pero en ese momento llegó María, la nieta del Cainejo, la primera vencedora femenina del Urriello, que apoyó firmemente la pretensión de Carmen. En definitiva, se acordó que al día siguiente subirían al Naranjo. Al pasar por Bulnes, Guillermina, enterada de lo que iban a intentar, les prometió que tendría preparada una sangría a su regreso. Subieron Carmen y Alfonso por la Vía Horizontal, mientras Liborio quedó en el Jou con el alma en los ojos. Bajaron por la Vía Directa, tomaron la sangría en Bulnes y llegaron a Casa Sara de noche. Era el 5 de septiembre de 1953. Carmen se convirtió en la primera mujer ovetense que subió al Urriello y en la segunda asturiana, pues la gijonesa afincada en Madrid y peñalara Isabel Izaguirre Rimmel (descendiente del famoso fabricante del cosmético de pestañas) había ascendido el 3 de julio de ese mismo año.

Con motivo del cincuentenario de la primera ascensión se organizaron diversas actividades, entre las que destacan la inauguración del primer refugio, que lleva el nombre de su arquitecto Delgado Úbeda, en la Vega de Urriello y la entronización de una imagen de la Virgen de

las Nieves, obra del escultor asturiano Antonio Rodríguez Sampedro, en la cumbre del Naranjo el 5 de agosto de 1954. La escultura se dividió en tres partes y fue subida, junto con los materiales para su instalación, por varios montañeros, todos ellos muy significativos y representantes de los grupos participantes. Por el Grupo Vetusta lo hicieron Jesús Quintanal y Chus Valgrande. Dijo la Santa Misa don Rosendo Riesgo Flórez, también activo vetusto. Fue la cuarta misa que se celebró en la cima. Digamos ahora que cuando el 14 de octubre de 1990 se inauguró la segunda ampliación del refugio (la primera la realizó la F.E.M. en 1979), hubo también la celebración de la Misa, que ofició el vetusto don Óscar Iturrioz, con el que compartimos tantas excursiones.

En la década siguiente hace su aparición otro importante guía que tuvo también, como los hermanos Martínez, una gran vinculación con el Vetusta. Me refiero a Epifanio Gonzalo, de Bulnes de Arriba. Tuvo una intensa

Epifanio iniciando la ascensión al Picu el día de su primera subida con Valentín Llorián (1961)





Epifanio en 1961, a punto de completar el descenso. Abajo, Valentín Llorián

pero corta actividad, ya que en 1967 marchó para Bélgica, donde falleció a principios de 1997. Por lo que nos afecta, debemos recordar varias subidas. La del 11 de septiembre de 1961 con los socios del Grupo Vetusta, de su sección de Pola de Siero, Valentín Llorián Helguera (¡mi llorado Valentín!), José María Quirós y Cesáreo Fernández Viejo. También subieron Manuel Castañón, de Pola de Lena, y su hijo Luis, que contaba once años, con otro guía de Bulnes, Emilio Guerra Martínez, primo de Alfonso. La del 10 de septiembre de 1962 también con Valentín, Quirós, Humberto Vallina, Lordas, Castañón y Luis. El 8 de agosto de 1964 guio a Tita González, que llegaría a ser nuestra Presidenta, y a Cesáreo. Y el 15 de agosto de 1966, Cesáreo de nuevo, Ramón Castro Mori, y Juan Quirós Álvarez, con apoyo de Casimiro Argüelles.

Y finalmente, Epifanio dirigió el 12 de octubre de 1963 el ascenso de una figura femenina excepcional en la historia del Naranjo, que fue socia del Grupo Vetusta junto con su marido. Me estoy refiriendo a Carmina Suárez. En esa fecha subió por primera vez con Epifanio por la Vía Directa y le pareció una subida sin mayor importancia, hasta el punto de que el 19 de enero siguiente la volvió a hacer con su marido, Jaime Álvarez, y Epifanio, de manera que realizó la tercera escalada invernal del Pico y la primera femenina. Desde entonces recorrió todas las vías conocidas, excepto las de la cara oeste, destacando otra invernal el 20 de marzo de 1987 por la Vía Teógenes, que fue la quinta absoluta y la primera por este complicado itinerario, así como la primera femenina por la Vía Schulze el 30 de agosto de 1964, siempre con su marido Jaime, del que hemos de decir que ha sido un afamado alpinista y escalador, con actividades de gran renombre que no tuvieron el eco que se merecían por su retraimiento y timidez personal, que lo convertían en enemigo de toda clase de publicidad. Tuvo un aprecio especial de Pedro Udaondo, que buscó en numerosas ocasiones su participación en las cordadas que organizó.

Creo que debo finalizar este recuerdo histórico del vínculo del Grupo Vetusta con el Urriello con la mención de los hermanos Santiago, Tito y Genaro Sánchez Moreno (los dos últimos fueron mis primeros maestros en la escalada).

Santiago, el mayor de los hermanos e iniciador de la saga, ha sido siempre un notabilísimo montañero con quien la gran familia de escaladores estará siempre en deuda. Desde muy niño practicó la escalada y recibió enseñanzas de la E.N.A.M. Pronto se dio cuenta de que para romper el techo de la técnica de los practicantes era necesaria la creación de escuelas de prácticas que permitieran a los alpinistas llegar a las montañas con un buen entrenamiento previo. Buscó lugares en que abrir vías con varios largos y con pluralidad de dificultades y así dio con Aciera, Quirós, donde creó la escuela hoy tan popular. En ella abrió y equipó vías junto con los también vetustos Gabriel

Epifanio y Valentín en Bulnes en 1966





Carmina Suárez en la cima del Urriellu

Un grupo de vetustos descansan en la Collada Bonita camino del Urriellu



Muñoz Pérez y el ya citado Jaime Álvarez. Su colaboración en las actividades ordinarias del Grupo fue siempre muy activa y generosa.

Claudio, Tito, dejó huella imborrable en el Naranjo. De 1980 a 1990 se hizo cargo del refugio Delgado Úbeda, ayudado por sus hermanos Genaro y Gaspar y por su alter ego Nacho Orviz. Dotados de una fuerza y agilidad pasmosa, Tito y Nacho parecía que no pisaban en la pared, por la que ascendían con una rapidez y una seguridad que causaban asombro. Tito practicó el alpinismo extremo en los Alpes, con una invernada en el Eiger, y en los Andes. Conquistó el Cerro Torre por la Vía Maestri, y abrió numerosas vías por todas las paredes asturianas. Por su parte, Nacho Orviz ha terminado siendo un notable himalayista. Juntos recorrieron todas las vías del Naranjo varias veces y el 24 de septiembre de 1983 (tras haber realizado el 8 de septiembre, también juntos y en un solo día, la segunda ascensión de la Vía Sabadell) abrieron y coronaron una de los itinerarios más directos, exigentes y peligrosos de la cara oeste del Naranjo, la Vía Ópera Vertical.

Y Genaro tiene un amplio historial de escaladas en el Urriello durante su estancia como colaborador en la guarda del refugio. En ese período realizó doce ascensiones por la Directa, seis por la Cepeda, tres por la Régil, dos por la Martínez-Somoano (una de ellas, la de agosto de 1979, fue la segunda ascensión de esta vía, que realizó con su hermano Tito y Margolles), dos estivales por la Rabadá-Navarro y una invernada en abril de 1980 con Tito, otra invernada por la Leiva con Tito, una por la Pidal y una por la Nani.

A partir de aquí la presencia de los escaladores en el Naranjo se hizo tan multitudinaria que resulta imposible el registro de sus ascensiones. Deja de tener interés histórico y documental expresar la presencia de vetustos en las paredes del Urriello, por lo que ponemos punto final a este reportaje.



1906. Barrio del Castillo, fotografiado por Gustavo Schulze

Bulnes de ayer a hoy

Elisa Villa

El Vetusta siempre ha tenido una relación muy especial con las gentes de la montaña, como prueban los muchos años en los que, cada 6 de enero, los socios del Grupo guiaban a un Rey Mago para que llegase hasta pueblos que entonces se consideraban remotos, o como prueban igualmente las Jornadas de Convivencia entre montañeros y montañeses. Eran tiempos en los que esos pueblos estaban habitados por una población abundante, con niños corriendo por todos los rincones, pero tiempos en los que muchos no disponían de carretera y alguno ni siquiera de luz eléctrica. Qui-

zá estas circunstancias fueron las que favorecieron la relación de la que hablamos, una relación de la que surgieron casos de auténtica amistad entre vetustos y montañeses.

Aunque todos los pueblos de las alturas fueron especiales para el Vetusta, si hubiese que elegir uno, ese tendría que ser Bulnes. Hasta que el teleférico de Fuente Dé, y más tarde el camino de Pandébano a Urriello, cambiaron por completo las estrategias de acceso a los Picos, Bulnes, situado como está en el cruce de los caminos que suben a los dos joos* Luengos [en contra de lo que habitualmente decimos el plural de jou es joos], era paso obligado para



Proximidades del barrio de La Villa. Obsérvense las caudalosas surgencias, evidencia de fuertes lluvias o deshielo en los días anteriores



Virtudes Mier Pérez lavando en el río (identificada por su sobrino-nieto Rufino). Virtudes era hermana de Rafael, uno de los que en 1935 acompañaron a Teófila Gao en la ascensión al Naranjo

Todas las fotos de esta página son de los años 60



La casa de Esteban Mier en el barrio de El Castillo



Barrio de El Castillo. La casa alargada al lado del camino fue escuela durante un tiempo



Vista del río y la iglesia de La Villa en los años 60. A la izquierda, los muros, ya sin techo, de la Rectoral



1976. Marcelino recibe un presente de manos de Julián con ocasión de una jornada de convivencia entre montañeros del Vetusta y el pueblo de Bulnes

llegar al corazón del Macizo Central; en particular, al Picu y al Torrecerredo, metas máximas del escalador y el montañero.

Nuestra compañera Tita, que conoció Bulnes desde principios de los 60, nos cuenta algunos de sus recuerdos y nos habla de las relaciones que el Vetusta mantuvo con la aldea, en la que el Grupo llegó a disponer de un refugio en Bulnes, gestionado en cooperación con Marcelino, el dueño de la casa. Y antes de que este existiese, los vetustos que pernoctaban en Bulnes tenían el alojamiento resuelto acogiéndose a la hospitalidad de sus habitantes, ya fuese en casa de la tía Amparo o en la de Lucinda y Julián.

Los veteranos del Grupo también recuerdan un lazo especial con Bulnes personificado en la figura de Epifanio, el joven que en los años 60 fue el guía habitual de los vetustos que conquistaron el Naranjo: Valentín, Juan, Tano, Humberto, Castro, Tita, Fito, Cesáreo.... Todos ellos subieron por primera vez en su compañía, y algunos repitieron.

La vida del pueblo permitía entonces ser testigos de escenas sorprendentes, casi surrealistas, como, por ejemplo, aquel día en el que Tita se encontró en Las Salidas a un afilador que bajaba arrastrando penosamente su rueda por tan escabrosa senda después de haber prestado servicios a los campesinos del pueblo. Cuánto esfuerzo, pensamos, y qué escasa tuvo que ser la ganancia que obtuvo el buen hombre...

Un día inolvidable en la aldea fue, sin duda, el 6 de enero de 1960, cuando, guiado por los montañeros del Vetusta, Su Majestad el Rey Melchor (¿o fue Gaspar?) llegó por primera vez a la aldea cargado de regalos. Un año más tarde, el 6 de enero de 1961, Fito Corrales y otros audaces subían por la Canal del Texu luchando con una gran nevada cuando fueron vistos desde lo alto de El Castillo por un grupo de niños. Al verlos, los rapaces echaron a correr alborozados hacia sus casas gritando "¡Vuelven los Reyes, vuelven los Reyes!". Para su desilusión, aquel año no tocaba visita real, pero en 1972 sí hubo una segunda vez.

La caravana de los Reyes de 1960 gozó de una cober-



La iglesia de La Villa en la actualidad



Un rincón del Bulnes actual



Noviembre de 2017. Encuentro de dos antiguas amigas: Rosa y Tita



Charla con Hortensio durante la visita de noviembre de 2017

11 de enero de 2018, día en el que Guillermina Mier cumplió 100 años. Paco y Tita, representando al Vetusta, la felicitan en presencia de sus hijos



tura especial: un joven periodista, becario de La Nueva España, acompañó al Grupo y publicó después en su periódico la crónica que se reproduce en este mismo número. Aquel joven, que sufría de vértigo, y que en el descenso tenía que taparse la cara con la chaqueta para no ver el abismo, es hoy un nombre bien conocido del periodismo: Diego Carcedo.

Como testimonio del Bulnes que fue, y que ya empieza a desdibujarse con el paso del tiempo, publicamos las imágenes que ilustran estas páginas. La más antigua es de octubre de 1906 y fue realizada por Gustavo Schulze en los días que siguieron a su memorable escalada al Naranjo de Bulnes. Otro grupo de instantáneas (fotos del pueblo en blanco y negro) datan de la década de 1960 y son obra de Guillermo Mañana, quien fotografió un Bulnes con aspecto invernal y aparentemente solitario. Es interesante comprobar que entre 1906 y los años 60 del siglo XX no hubo apenas transformaciones. En cambio, algunos rincones del Bulnes actual resultarían irreconocibles para los que vivieron otras épocas.

Dos fotografías más corresponden a noviembre de 2017, cuando varios socios efectuamos una visita en la que hubo momentos de alegría por el encuentro y otros de nostalgia al recordar el pasado y las personas que ya no están. Fue inolvidable la larga charla que en esta ocasión mantuvimos con Guillermina Mier, memoria viva (y esta expresión nunca puede estar mejor aplicada que aquí) de todo un siglo de la vida en Bulnes. Pocas semanas después, el 11 de enero de 2018, Guillermina cumplió 100 años y una representación del Vetusta tuvo el placer de asistir a la celebración.

Ahora, al cumplirse el 75 aniversario de nuestra sociedad, el Grupo de Montañeros Vetusta desea rendir homenaje a Bulnes dejando constancia de su agradecimiento por la hospitalidad que sus socios siempre encontraron en aquel rincón, un agradecimiento que se ha ido transmitiendo a través del tiempo, de unas generaciones a otras.

G. M. VETUSTA 75 ANIVERSARIO

Trofeo «CHEMA ARGÜELLES»

En 2018 el Grupo de Montañeros Vetusta cumple 75 años y para celebrarlo ha preparado, entre otros eventos, el Trofeo “Chema Argüelles”. Este Trofeo tiene por objeto el impulso y la difusión de la actividad montañera y está abierto a la participación de todos los montañeros que lo deseen, aunque no sean socios del GMV. Los objetivos mencionados fueron encarnados de forma magistral por Chema Argüelles, el gran divulgador de la montaña cantábrica. Ya han pasado más de diez años desde su fallecimiento, pero sus rutas permanecen. Quizás no se sea consciente, pero muchas de las rutas que hoy en día caminan montañeros o grupos, son parte de su legado. Este Trofeo, pretende seguir su estela.



Colocación del buzón de La Siella. Enero 1987



Colocación del buzón de Peña Salón. Diciembre 1988



Colocación del buzón de Peña Salgada. Junio 1985

BASES:

Art. 1: Este Trofeo de Montaña se convoca con ocasión de la conmemoración del 75 Aniversario de la constitución del GMV para mantener el impulso y la difusión de la actividad montañera. Está abierto a la participación de todos los montañeros que lo deseen, aunque no sean socios del GMV.

Art. 2: Los montañeros socios del GMV no precisan inscripción.

Art. 3: Los montañeros no socios del GMV para poder participar en el Trofeo deberán inscribirse previamente y satisfacer una cuota de quince euros dirigida exclusivamente a compensar gastos de gestión. La cuota podrá abonarse en mano en la sede social del GMV o mediante transferencia bancaria. Se considerará consumada la inscripción a fecha del ingreso, por lo que no tendrán validez ascensiones anteriores a la inscripción.

Art. 4: Tendrá vigencia entre las fechas del 1 de enero de 2018 y el 31 de diciembre de 2018, ambas inclusive.

Art. 5: El objetivo consiste en ascender, durante el plazo de vigencia de este trofeo, a 14 de los emplazamientos en los que consta que el GMV hubiese instalado a lo largo de su historia un buzón de cumbres o similar, con independencia de que en la actualidad siga existiendo.

Art. 6: Se establecen tres categorías: Oro, Plata y Bronce, y tendrán la consideración de clasificados, y obtendrán el correspondiente reconocimiento en cada una de ellas, los participantes que acumulen las siguientes ascensiones:

Oro:	14 ascensiones
Plata:	10 ascensiones
Bronce:	7 ascensiones

Número	Ascensión	Altitud (m.)
1	Palancas/Paradiella	716
2	Bobia/Filso	1197
3	Peña Salón	1245
4	L'Airúa Naval - Pena Tene	1413
5	Carriá	1432
6	Peña Subes	1480
7	Sen de los Mulos	1505
8	La Siella	1514
9	Jito de Ario	1660
10	Pozúa	1911
11	Yordas	1964
12	Peña Salgada	1979
13	Mocoso	1989
14	Pico Reondo o Pandián	2009

Art. 7: Las ascensiones podrán realizarse por itinerarios de cualquier grado de dificultad y en cualquier modalidad.

Art. 8: El GMV incluirá en la programación anual de excursiones colectivas las catorce ascensiones. Cuando la ascensión se realice en excursión colectiva, no hará falta su acreditación.

Art. 9: Cuando las ascensiones se realicen fuera del ámbito de excursiones colectivas del GMV se acreditará exclusivamente rellenando la Hoja de Declaración Responsable correspondiente que estará disponible en la página web del GMV y se presentará en un plazo máximo de 30 días naturales, desde la realización de la actividad. Todas las Declaraciones entregadas deberán ser validadas por el Jurado del Trofeo.

Art. 10: Se crea un Jurado del Trofeo, integrado por tres socios del GMV. Se comunicará el fallo del Trofeo, a través de la página web del GMV. La participación en el Trofeo conlleva la aceptación de estas bases. Cualquier caso no previsto en este Reglamento lo resolverá el jurado clasificador. Las decisiones tomadas por el Jurado del Trofeo serán inapelables.

Art. 11: EL GMV declina toda responsabilidad sobre posibles accidentes que pudieran ocurrir a los participantes en el transcurso de las ascensiones propuestas en este trofeo, así como las repercusiones económicas derivadas del mismo, cuando las mismas se realicen fuera del ámbito de la programación anual de excursiones colectivas del GMV.

Art. 12: Todos los datos personales que se faciliten al GMV en relación con el concurso en este Trofeo, quedarán protegidos por las disposiciones establecidas en la Ley Orgánica sobre Protección de Datos Personales (Ley 15/1999, de 13 de diciembre) y demás normas reglamentarias de desarrollo.



Colocación del buzón del Yordas. Septiembre 1987

El porqué del trofeo «CHEMA ARGÜELLES»

L. Fernando Collía

Cuando entre los compañeros de la Comisión Organizadora de los Actos del 75 aniversario surgió la idea de llevar a cabo un Trofeo sobre aquellas cumbres que tuvieron o tienen un buzón instalado por nuestro Grupo, y qué nombre debería llevar, no hubo ninguna duda y el acuerdo fue inmediato: CHEMA ARGÜELLES.

Para los que puedan desconocer por edad o por llevar menos tiempo en el mundo de la montaña, trataré, desde estas páginas que se me brindan, de recordar su figura y hacer la mayor justicia posible sobre su persona.

José María García-Argüelles, Chema Argüelles, nació en La Felguera (Langreo) el 15 de marzo de 1914. Licenciado en Ciencias Químicas y Diplomado en Técnicas de Depuración del Medio Ambiente e Ingeniería Ambiental, desarrolló su vida profesional y laboral en Duro Felguera hasta su jubilación.

Empezó en el mundo de la montaña en el año 1932 y, curiosamente, ejerció de árbitro de fútbol desde 1939 a 1942, año en el que fundó el club de montaña Peña Villa (tiempo después Jultayu), que llevaba el nombre de la modesta cima langreana a la que solían subir a ver a escondidas los bombardeos durante el cerco de Oviedo.

Chema dedicó casi toda su vida a caminar por las montañas de su Asturias querida, pero también de manera general a la Cordillera Cantábrica y Picos de Europa en todas sus vertientes y regiones.

Dentro del Grupo de Montañeros Vetusta desempeñó los cargos de vicepresidente y director del antiguo boletín-revista del Club. Fue el primer vocal de senderismo y vicepresidente de la FAM (actual FEMPA), así como director de la revista Enol del mencionado organismo.

Amante de la fotografía, recibió varios premios en diversos Trofeos, y sus conocimientos y estudios le abrieron las puertas del montañismo. Chema escribió su primer artículo en La Nueva España hablando de la contaminación en Oviedo y la explicación de las nubes de "smog". Sus reflexiones despertaron mucho interés y alarma, lo que le llevó a hacerse articulista y cronista de las actividades montaÑeras para fomentar el amor por la naturaleza y los deportes al aire libre; primero en el diario Región y, posteriormente, durante más de 30 años en el de L.N.E., siendo a su vez colaborador radiofónico en Radio Asturias y Radio Nacional de España.

Fueron esos artículos en gran medida, ese deseo de dar a conocer la montaña y transmitir lo que hay más allá,

de gustar todo lo que se ve, lo que a este que os relata y escribe le llevaron a desarrollar una gran admiración por su figura montañera.

Cuando, siendo un joven aprendiz de montañero, lo conocí personalmente en el año 1974 en la antigua sede social de la Avda. de Galicia, me di cuenta por su cálida acogida de que me encontraba ante una persona maravillosa, entrañable, buena y admirable, diría yo, que transmitía todo lo que conocía y sabía. Un gran divulgador y maestro de la montaña asturiana, y una de las personas que más la estaba popularizando a través de sus artículos y enseñanzas.

Publicó tal cantidad de ellos que no puedo sustraerme y dejar sin mostrar en estas páginas algunos párrafos de artículos y crónicas, que juntos llenarían perfectamente un libro. Al desempolvarlos no he podido evitar una sana nostalgia montañera.

Con motivo de ir a presenciar la subida ciclista a la Faya de los Lobos nos relata:

«Fue aquí, una vez pasaron los ciclistas, un amigo mío y yo subimos al cordal de Peña Mayor por unas hermosas praderías y grandes camperas que doblaban la peña,



Chema Argüelles en 1970, recibiendo un trofeo de manos del Presidente de la FAM

hasta dejar ver uno de los panoramas más bellos hasta entonces visto por nosotros, encerrados, siempre, en un valle cubierto de una capa de humos que formaba parte de nuestra vida, de nuestros quehaceres [...]. Al llegar a lo más alto, la grandiosa perspectiva nos dejó mucho tiempo abstraídos. Allá el mar. Al otro lado unos montes a los que no sabíamos darles nombre. Eran tan altos y con tantas agujas que tenían que ser algo extraordinario. Aún conservaban mucha nieve [...]. No conocíamos ningún pico, ni tan siquiera lo que estábamos pisando, pero tenía que ser todo muy importante. Eran los principios del montañismo para nosotros, que habríamos de seguir después, volviendo a Peña Mayor y Breza, andando, incluso desde La Felguera, desde Tiraña o desde Bimenes».

En su apogeo de los años 70 como articulista montañero escribía en el artículo «Los signos externos del paisaje» lo siguiente:

«La montaña se busca, muchas veces por su belleza, y para esto es necesario que se convierta en realidad la esperanza de lo que vamos buscando, es decir, que la naturaleza nos dé ese aire puro y las montañas su grandeza [...]. La montaña es eso que tan de frente se nos presenta. Los signos externos, sus grandes arbolados, sus crepúsculos, su fauna verdaderamente real, los arroyos y torrentes, las cascadas y mirando hacia el cielo sus cumbres erguidas a los pies de las cuales es posible, en los valles, la vida del hombre y de los animales».

Él mismo reconocía que cuando se desplazaba en coche le adelantaban hasta las bicicletas por las carreteras de Asturias porque necesitaba ir contemplando el monte y la naturaleza.

En otro momento también escribió:

«El caminante de la Cordillera Cantábrica se da perfecta cuenta de cómo disminuye nuestra ganadería, de cómo no se construyen cabañas y establos donde se pueda albergar el vaquero y recogerse el ganado. El caminar por la montaña ofrece además del placer de disfrutar de la misma, conversar con los pastores y vaqueros, que en su mayoría, son agradables en el trato y prestos a la conversación. Pueden, además, en muchos casos, orientar al caminante y comentar con él sobre el nombre y lugar de las cumbres, que en muchos casos, no figuran en los mapas del IGN»

Dispensó ayuda y amistad a todos los Grupos, pero muy en particular al nuestro. Desde su página semanal en el periódico siempre se hizo eco y publicitó todas nuestras actividades, bien fueran las excursiones, trofeos de cumbres, Reyes en la montaña, convivencias con los pastores, actos sociales y proyecciones de diapositivas. De estas últimas puedo dar fe personalmente porque durante muchos años, con su divulgación, ayudó a que nuestro local se llenara los jueves de manera continua en tiempos en los que no existía la comunicación por correo electrónico ni la página web.

De entre sus crónicas refiriéndose al Vetusta explícitamente, extraigo una parte de esta:

«Los que fueron a la Cordillera por Tonín encontraron abundante nieve en todo el Valle del Cuadro, y en la dura subida hasta la Estrella de Cuanya, ya próxima a la cumbre del Estorbín. Entre los componentes merece la pena citarse a dos montañeras, una de once años (Amparito la hija de Jesús Robles), que el domingo anterior también subiera al Fariñentu, bien arropada por sus compañeros del Grupo Vetusta [...]. La borrasca detenida en la Cordi-

llera dejó al descubierto todas las montañas del sector, y el sol lució todo el día pudiendo disfrutar de la naturaleza, presentándose las cumbres en todo su esplendor. El cielo con hermosas nubes blancas dejaba ver a lo lejos toda la línea de cumbres...».

En otro momento también escribió algo que dejó una épica inolvidable para alguien como yo que apenas había iniciado mis andaduras, y soñaba y veía como algo inalcanzable todavía las invernales en la Cordillera Cantábrica:

«Los accesos al Brañacaballo son fáciles en la primavera o verano, pero difíciles en el invierno, donde las grandes aberturas del Valle de Garrucha al de Riosol provocan vientos fríos y huracanados, que hielan sus pasos y collados cristalizando la nieve de tal manera, que se hace preciso el uso de crampones y piolet. El pasado invierno varios "vetustos" que intentaron subir, tuvieron que desistir, aunque en honor a la verdad, tendremos que señalar que tres esforzados llegaron a la cumbre casi con el cuerpo al suelo, porque la velocidad del viento y la temperatura eran extremas».

Chema se sentía orgulloso de divulgar la montaña asturiana y de que sus rutas llevaran a los Clubs a programarlas en sus salidas semanales.

Apasionado de las travesías montañeras escribió:

«El mes de mayo ha sido elegido como el de las travesías, porque en él concurren muchas circunstancias favorables. Las altas cumbres presentan un aspecto grandioso; las praderas, su verde colorido y por los arroyos corre el agua a raudales formando, a veces, hermosas cascadas y el suave rumor del agua nos acompaña en todo el recorrido [...]. La mayoría ansía el conocer qué hay más allá de aquella collada, pasar al lado de grandes cumbres, subir o no, contemplar tanta belleza. A veces la sorpresa es grande, la impresión de lo que ni siquiera uno se imaginaba. Esto es el aliciente de las travesías».

Formó parte de la Comisión Organizadora del Grupo de Veteranos de la Montaña de Asturias, participando en todas las Marchas Nacionales y adquiriendo conocimientos de otras zonas de montaña de la geografía española, y llegando incluso años antes a viajar con nuestro Grupo al Alto Atlas marroquí.

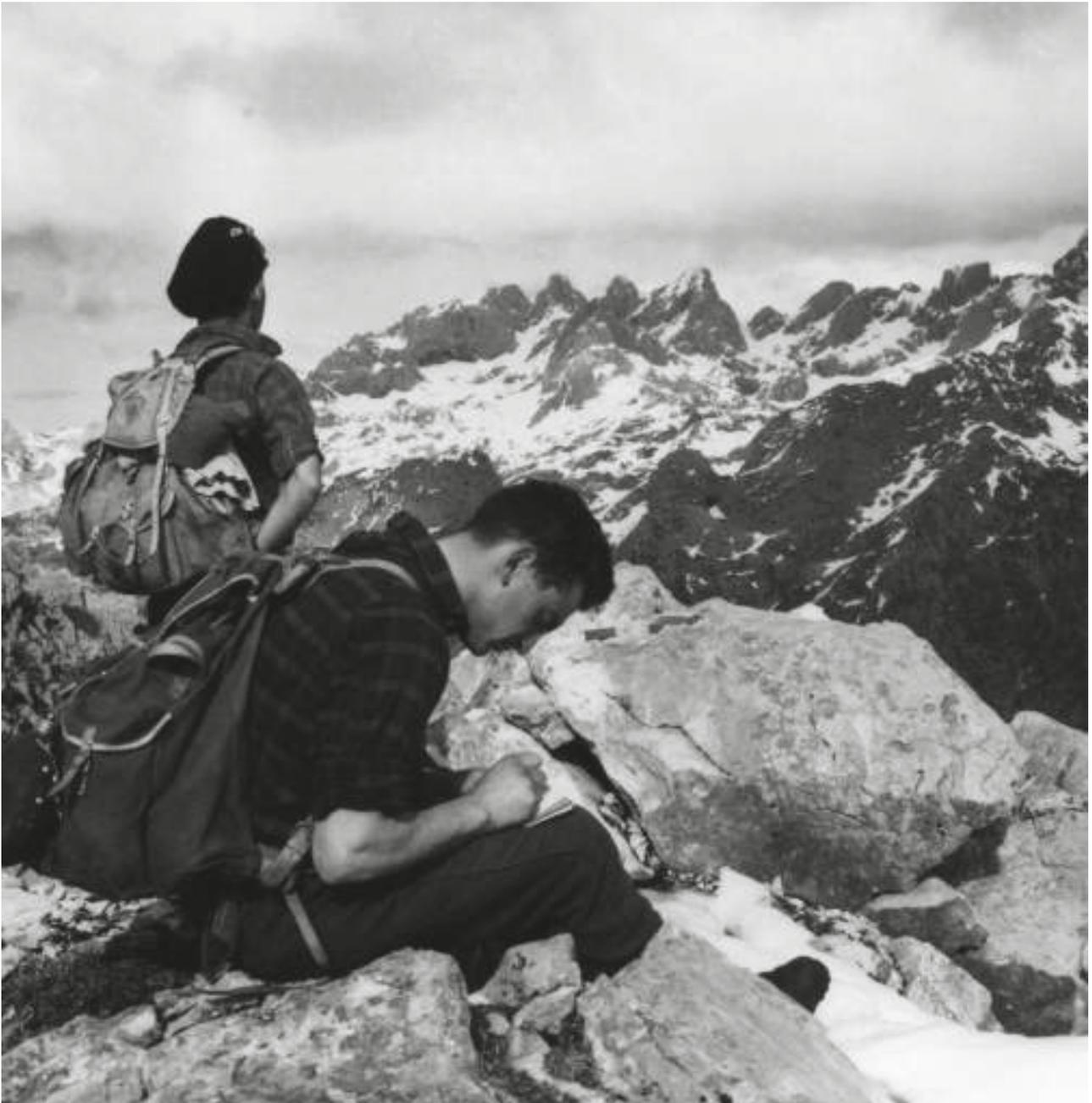
Con casi 90 años publicó el libro «Los pasos históricos de la Cordillera Cantábrica».

Siendo una institución entre el montañismo asturiano recibió entre otras distinciones la medalla de plata de la FEM y el Urogallo del Centro Asturiano por su defensa de la naturaleza.

Recibió diferentes homenajes, como el que le tributó todo el montañismo asturiano en el año 1992, así como el celebrado en el Auditorio de Oviedo a propuesta de la FEMPA en el año 2004 dentro de la «Semana de Montaña Ciudad de Oviedo», por su labor divulgativa del montañismo.

Como final, hago mías las líneas que escribió Melchor Fernández-Díaz a su muerte en mayo de 2007:

«De puro bueno resultaba inmejorable. Bastaba mirarle a la cara. Fue, eso sí, el rostro más amable que pudo encontrar el montañismo asturiano para dar cuenta de su actividad. Y el fedatario más fiel y a la vez más amable y discreto. Siempre estaba dispuesto a ofrecer su colaboración sin pedir nada a cambio. Desde que alcanzó su última cumbre, nos sigue viendo para siempre con su limpia mirada».



Una carta

Para cerrar este volumen extraordinario de Vetusta, dedicado a recordar momentos que tienen que ver con la historia de nuestro Grupo, nada mejor que reproducir una carta que ha llegado a nosotros justo cuando ultimábamos el proceso de composición de la revista. Alguien, en la distancia, ha conectado con el sentir unánime que en este aniversario mueve a los que formamos el Grupo de Montañeros Vetusta: celebrar la larga historia de esta sociedad y hacerlo

con el pensamiento puesto en todos los que la hicieron posible, especialmente en aquellos socios que calladamente pusieron su trabajo y su empeño en mantenerla activa. Cada uno de nosotros puede recordar personas ya desaparecidas que, casi de manera anónima, trabajaron con generosidad y sin descanso por el Vetusta. Pero hay otros muchos que la memoria ya no alcanza a recordar. A todos ellos, nuestro agradecimiento.

Buenos días,

Les escribo en relación con la exposición de fotografía que refleja y recuerda los 75 años del grupo de Montaña Vetusta. Mi nombre es María José Siñeriz y resido fuera de Asturias desde hace bastantes años, pero mi padre, ya fallecido, era miembro de ese Grupo y lo fue durante mucho tiempo; yo misma le acompañé en numerosas ocasiones. Su nombre era Gilberto Siñeriz, más conocido entre sus compañeros como Gil.

Como les digo, he visto en la prensa el reportaje sobre la exposición que preparan y precisamente la fotografía que ilustra dicha noticia, en la que aparecen dos miembros del Grupo en el Cantu Cabronero (uno de ellos de espalda) en el año 1958, es una foto que me resulta sumamente familiar: la mochila, la boina hacia atrás, la camisa... Me recuerdan expresamente otras fotos que yo tengo guardadas de mi querido padre. Entre los recuerdos que guardo de él, tengo la insignia del Grupo Vetusta que habitualmente “colgaba” de su boina o de su gorro de montaña (hoy en mi poder), así como la camisa de montaña con el escudo bordado del Grupo Vetusta. Y mis hermanos aún conservan fotos de diversas épocas de salidas de mi padre con el Grupo, algunas de ellas acompañado por mí (recuerdo, por ejemplo, el campamento anual en la Vega de Sotres), fotos que no sé si les servirían o resultarían de utilidad para sus archivos. Obviamente, no para esta exposición, que entiendo ya está ultimada.

De cualquier modo, mi intención es darles las gracias por anticipado y a la espera de poder desplazarme para ver la exposición en persona, por la decisión de “honrar”, si me permiten la expresión, la memoria de los montañeros de ese Grupo, del que yo particularmente guardo entrañables y cariñosos recuerdos. Y no solo de mi padre, sino de los amigos que le acompañaban y con los que yo me sentía igual de feliz, como amante de la montaña que soy, un amor que primero mi padre y luego sus amigos, me inculcaron y que aún guardo.

Les reitero las gracias y les facilito mi datos de contacto por si precisan o necesitan alguno de los recuerdos o alguna información sobre la figura de mi querido padre. Hasta el final de sus días, él siempre se sintió feliz de su condición de amante de la montaña. Desgraciadamente, ni él ni parte de sus amigos podrán ver esta exposición, pero mi familia y yo sí nos sentiremos felices de acudir.

Les agradezco su atención.

Saludos cordiales

Pepa Siñeriz

Madrid, 26 de febrero de 2018

1 / 6

Este número es indicador del riesgo del producto, siendo 1/6 indicativo de menor riesgo y 6/6 de mayor riesgo.

La Entidad está adherida al Fondo de Garantía de Depósitos Español de Entidades de Crédito. El Fondo garantiza los depósitos en dinero hasta 100.000 euros, por titular.

Echa cuentas

Nunca antes los ceros sumaron tanto en tu nómina o pensión



Programa **“TE LO MEREDES”**

Con el programa **“TE LO MEREDES”** te vamos a poner muchos ceros.

Cero comisiones:



De mantenimiento y administración de cuenta. ⁽¹⁾



En tus operaciones habituales. ⁽¹⁾

Ingreso de cheques
Emisión de transferencias



Por tus tarjetas de crédito y/o débito. ⁽¹⁾



Por la gestión del cambio

en los recibos domiciliados en otras entidades.

Suma ventajas:



Anticipo del abono de la pensión los días 25 de cada mes, o día anterior hábil.



Aviso de ingresos de tu nómina o pensión vía sms o correo electrónico.



Condiciones especiales en préstamos y créditos.



Hipoteca “Te lo Mereces”
Prestamo coche “Te lo Mereces”



Y otros préstamos o créditos, según tus necesidades.

Y más ventajas:



Alta gratuita en nuestro servicio de banca multicanal para llevarte tu sucursal donde tú quieras.

• **Servicio web Banca electrónica gratuita** (www.cajaruraldeasturias.com).

• **APP Móvil/Tablet Ruralvía.**

Podrás acceder a las gestiones más habituales de banca electrónica de una manera más ágil.

• **APP Ruralvía Pay.**

Te permite pagar tus compras directamente con el móvil y enviar dinero de forma inmediata a través de Bizum, a aquellos de tus contactos que estén dados de alta en este servicio.

• **Infomail/Buzón Virtual.**

¡Olvídate del papel! Consulta tu correspondencia bancaria a cualquier hora del día, sin horarios y desde cualquier lugar.

• **Reintegro DIMO - (Dinero Móvil).** Puedes enviar dinero desde ruralvía a quien quieras, incluso a ti mismo, y retirarlo sin tarjeta en cajeros del Grupo Caja Rural.

Porque te lo mereces.

⁽¹⁾ Rentabilidad 0% TAE. Condiciones válidas para aquellas cuentas en las que exista una nómina, pensión o ingreso periódico domiciliado por un importe igual o superior a 600€/mes. Podrán ser objeto de exención de cuota todas las tarjetas Visa Electrón y Visa Classic asociadas a una cuenta en la que se reciba el ingreso periódico. Para que la bonificación de la cuota de las tarjetas sea efectiva el cliente deberá efectuar un mínimo de una operación al año con la tarjeta bonificada. En caso contrario, se le aplicará la cuota correspondiente. Se incluyen las transferencias en euros tanto nacionales como a la UE, y los cheques en euros domiciliados en una entidad financiera europea, con un máximo de nueve operaciones al trimestre por cuenta para cada concepto. Bonificaciones revisables discrecionalmente a iniciativa de Caja Rural de Asturias.

